



La Henriada

Poema épico

Voltaire

LA

HENRIADA,

POEMA ÉPICO

POR M. DE VOLTAIRE.

TRADUCIDO EN VERSO ESPAÑOL,

POR D. B. M.

*

BARCELONA,
LIBRERÍA DE IGNACIO OLIVERES.
Calle Ancha núm. 26.

AÑO 1856.

Idea de la Henriada

La materia de la Henriada es el sitio de París, comenzado por Enrique de Valois y Enrique el Grande, y acabado por este último solo.

El lugar de la escena no se extiende sino de París a Ivri, donde se dio aquella famosa batalla que decidió de la suerte de la Francia y de la Familia Real.

El Poema está fundado sobre una historia conocida, cuya verdad se ha conservado en los sucesos principales, dejando otros menos respetables, o suprimidos, o acomodados a la verisimilitud que exige un poema. Se ha procurado evitar el defecto de *Lucano*, que no hizo más que una gaceta inflada, y se han tenido por garantes de ello los siguientes versos de M. Despréaux.

Loin ces rimeurs craintifs, dont l'esprit flegmatique,
 Garde dans ses fureurs un ordre didactique:
 Qui, chantant d'un héros les exploits éclatans,
 Maigres historiens, suivront l'ordre des tems.
 Ils n'osent, un moment, perdre un sujet de vue.
 Pour prendre Dole, il faut que Lille soit rendue:
 Et que leur vers exact, ainsi que Mezerai,
 Ait fait tomber déjà les remparts de Courtrai, etc.

Afuera esos cobardes rimadores
 De espíritu flemático, que guardan,
 En sus furoros mismos, un calmoso
 Didascálico método: que hazañas
 Cuando cantan ruidosas de algún héroe,
 Secos historiadores, no traspasan
 De los tiempos el orden, y ni un punto
 Perder osan de vista lo que tratan;
 Que para tomar Dole, necesario
 Juzgan que quede ya Lila entregada,
 Y que, cual Mezeré, su exacto verso,
 Los muros de Curtré primero abata.

Nada más se ha hecho en este punto que lo que se practica en todas las tragedias, en que los sucesos se conforman a las reglas del teatro.

Por lo restante, este POEMA no es más histórico que otro cualquiera. *Camoens*, que es el Virgilio de los Portugueses, celebró un suceso de que él mismo había sido testigo. El *Tasso* ha cantado una Cruzada conocida de todo el mundo, y en que no se han omitido, ni los ermitaños ni las procesiones. *Virgilio* ha construido su fábula de la Eneida, de las recibidas en su tiempo, que corrían por la historia verdadera de la venida de Eneas a Italia.

Homero, contemporáneo de Hesiodo, y que por consiguiente vivía cerca de cien años después de la guerra de Troya, podía fácilmente haber visto en su juventud ancianos que hubiesen conocido los héroes de aquella guerra. Lo que más debe agradar en Homero, es que el fondo de su obra no sea un simple romance; que los caracteres no sean obra de su sola imaginación; que haya pintado los hombres tales cuales eran, con sus malas y buenas calidades, y que su libro, en fin, sea un monumento de las costumbres de aquella remota edad.

Compónese la HENRIADA de dos partes, es a saber, de sucesos reales como los que acabamos de indicar, y de ficciones. Éstas son todas tomadas del sistema de lo maravilloso, tales como la profecía de la conversión de Enrique IV, la protección que le dispensa San Luis, su aparición, y el fuego del cielo destruyendo aquellas observaciones mágicas, que eran entonces tan comunes, etc. Las otras, son puramente alegóricas. De este número son, el viaje de la Discordia a Roma, la Política y el Fanatismo personificados, el Templo del Amor, y las Pasiones, en fin, y los Vicios,-

Prenant un corps, une ame, un esprit, un visage.

Tomando un rostro, un cuerpo, un genio, un alma.

Si en algunos lugares, se han dado a estas pasiones personificadas los mismos atributos que les dieron los Paganos, fue por ser dichos atributos alegóricos demasiadamente conocidos para haber de alterarlos. En nuestras obras las más cristianas, en nuestros cuadros, y en nuestras tapicerías, tiene el amor sus flechas, y la justicia su balanza, sin que estas representaciones ofrezcan la menor tintura de paganismo. La palabra *Amfitrite* en nuestra poesía, nada más significa que la mar, y no la esposa de Neptuno. El *campo de Marte*, sólo quiere decir la guerra, etc. Si alguno hubiere de contrario dictamen, es necesario volver a enviarle a aquel gran maestro del arte, M. Despréaux, que dice:

C' est d' un scrupule vain s' alarmer sottement,
Et vouloir aux lecteurs plaire sans agrément.

Bientôt ils défendront de peindre la Prudence,
De donner a Thémis ni bandeau ni balance;
De figurer aux yeux la Guerre au front d' airain;
Ou le Temps qui s' enfuit une horloge a la main;
Et par-tout, des discours, comme une idolâtrie,
Dans leur faux zèle, iront chasser l' allégorie.

Es escrúpulo vano, tontamente

Alarmarse, y querer sin ciertas gracias
Agradar al lector. Ellos, bien pronto
De la Prudencia, harán queden vedadas
Las pinturas: a Thémis, que una venda
Se le dé, privarán, y una balanza:
Que la guerra, de bronce a nuestros ojos
Se figure también con una cara;
O el tiempo, que escapándose, en la mano
Un reloj lleve asido, y en la falsa
Presunción de su celo, por do quiera,
De todos los discursos desterrada
Correrán a dejar la alegoría,
Cual si una idolatría fuese insana.

Habiendo dado cuenta de lo que contiene esta obra, creemos deber decir algo del espíritu con que ha sido compuesta. No se ha intentado lisonjear ni maldecir en ella. Los que encuentren aquí los malos hechos de sus mayores, nada más les resta que hacer, que repararlos por sus virtudes; y aquellos cuyos abuelos son citados con elogios, ningun reconocimiento deben al autor, que no tuvo en ellos otra mira que la de la verdad, y el único uso que deben hacer de tales elogios, es el de merecerlos iguales.

Si en esta nueva edición se han suprimido algunos versos que contenían verdades duras contra aquellos Papas que en otro tiempo deshonraron con sus crímenes la Santa Silla, no ha sido por pensar con injuria de la Corte de Roma, que aun quiere hacer respetable la memoria de estos malos Pontífices. Los Franceses, que condenan las maldades de Luis XI y de Catalina de Médicis, pueden sin duda hablar con horror de Alejandro VI. Si el autor ha descartado aquel trozo de su Poema, fue solo por ser sobradamente largo, y por incluir versos de que no estaba satisfecho.

Con este solo designio ha reemplazado muchos nombres a otros que se hallaban en las primeras ediciones, según los ha juzgado o más oportunos al asunto, o más armoniosos y sonoros. La sola política en un poema es hacer buenos versos. Se ha callado la muerte de un joven llamado Boufflers, que se suponía muerto por Enrique IV, porque dicha muerte en las circunstancias parecía hacer a Enrique un poco odioso, sin presentarlo por otro lado más grande. Se ha hecho pasar a Duplessis Mornay a Inglaterra cerca de la Reina Isabel, porque efectivamente fue enviado allí, y porque aún

se conserva la memoria de su negociación. Se ha hecho así mismo uso de dicho Duplessis en todo el resto del Poema, porque habiendo representado el papel de confidente del Rey en el primer canto, hubiera sido ridículo introducir otro en los siguientes; así como sería impertinente en una tragedia, *Berenice* por ejemplo, que Tito se confiase de Paulino en el primer acto, y de otro en el quinto. Si algunos quisieren dar interpretaciones malignas a estas variantes, el Autor no debe inquietarse por ello, pues sabe que cualquiera que escribe se expone a los dardos de la malicia.

El punto más importante es la Religión, que hace en gran parte el asunto del Poema, y que es su único desenlace. El Autor se lisonjea de haberse explicado en muchos lugares con una precisión tan rigurosa, que no puede dejar pábulo alguno a la censura. Tal es, por ejemplo, este pasaje sobre la Trinidad.

La puissance, l'amour, avec l'intelligence,
Unis et divisés, composent son essence.

De su Divinidad forman la esencia
Poder, saber, y Amor, a un mismo tiempo
Unidos y distintos.....

Henr: Canto 10 cerca del fin.

Y este otro

Il reconnaît l'Église ici-bas combattue,
L'Église toujours une, et partout étendue,
Libre, mais sous un chef, adorant en tout lieu
Dans le bonheur des Saints la grandeur de son Dieu.
Le Christ, de nos péchés victime renaissante,
De ses élus chéris nourriture vivante,
Descend sur les autels à ses yeux éperdus,
Et lui découvre un Dieu sous un pain qui n'est plus.

La Iglesia combatida reconoce,
Una siempre en el suelo, y dél extensa
Por el ámbito todo; Iglesia libre,
Bajo de un Jefe empero; donde quiera,
Y en la perenne dicha de los Santos,
De su Dios adorando la grandeza.

El Cristo renaciente y viva hostia
De los pecados nuestros, que alimenta
Sus caros escogidos, sobre el ara
Desciende, y a su vista absorta y ciega,
Bajo un pan, que no existe, un Dios descubre.

Henr: al fin del Canto 10.

Si el Autor no ha podido explicarse por todo el Poema con esta misma exactitud teológica, el lector razonable debe suplirla. Sería sin duda una extrema injusticia, examinar la obra como una tesis de Teología. Este Poema no respira más que amor a la Religión y a las Leyes. Se detestan igualmente en él la rebelión y la persecución. Es menester no juzgar, por una sola palabra, un libro escrito con tal espíritu.

▽△

Canto I

Enrique III unido con Enrique de Borbón, rey de Navarra, contra la Liga, habiendo comenzado ya el bloqueo de París, envía secretamente Enrique a pedir socorro a Isabel, reina de Inglaterra. Sufre el Héroe una tempestad. Aporta a una isla, donde un anciano católico le predice su conversión y su advenimiento al trono. Descripción de la Inglaterra y de su Gobierno.

El héroe canto, que reinó en la Francia
Por derechos de sangre, y de conquista;
Que a gobernar los hombres aprendiera
Por una larga serie de desdichas;
Que facciones calmando, vencer fuerte
Y a un tiempo perdonar dulce sabía;
Y que de confusión en fin cubriendo
Al Íbero, a Mayena y a la Liga,
De padre y vencedor de sus vasallos

Su nombre señaló con la divisa. 10
 Baja, augusta verdad, del alto cielo.
 Ven; y tu claridad y tu energía
 Sobre los versos míos vierte grata.
 De los Reyes el oído facilita
 De tu escabrosa voz al agrio acento, 15
 Y cuanto aprender deban les intima.
 De tu osado pincel al rasgo toca
 Pintar de las naciones a la vista
 El lienzo criminal de hórridos monstruos,
 Que sus guerras abortan intestinas. 20
 Dí, como sediciosa la Discordia
 De turbación sembró nuestras provincias;
 Y del Pueblo narrando las desgracias,
 Los yerros de los Príncipes publica.
 Llega, tu labio suene; y si es constante, 25
 Que contigo de acuerdo un tiempo unida,
 A tus más fieros tonos su voz dulce
 La Fábula tal vez mezclar sabía;
 Si tu altanera frente de ornamentos
 Sus delicadas manos revestían, 30
 Y el arte prodigioso de sus sombras
 Los rayos de tu luz embellecía;
 Deja que también hoy a compás marche,
 Que conmigo tus huellas siempre siga,
 Y tus gracias no empañe, antes ilustre. 35
 Aún reinaba Valois; aún él hacía¹
 De un zozobrante Estado el gubernalle
 Con mano fluctar trémula e indecisa:
 De su debido honor, sanción y fuerza
 Las santas leyes todas destituidas, 40
 Confusos los derechos y turbados,
 Más bien en caos tanto se diría,
 Que en efecto Valois ya no reinaba:
 Que ya el Príncipe no era, a quien propicia
 Circundara la gloria de esplendores; 45
 A quien desde la infancia a las fatigas
 Adiestrara y las lides la Victoria;
 Cuyos faustos progresos sorprendida
 Y temblando la Europa contemplaba;
 En pos de quien, al fin, la Patria había 50
 De amor y soledad mil tiernos ayes.
 Despedido, plañendo su partida
 Un tiempo, en que del Norte, allá admirando
 Su suprema virtud, las plagas frías
 En poner a sus plantas sus diademas, 55
 Por sufragio común se complacían.
 En un segundo puesto brilla alguno,
 Que al primero elevándose se eclipsa.
 De esta suerte a Valois, al solio alzado,

Con sorpresa pasar la Francia mira, 60
 De intrépido guerrero a Rey cobarde.
 Sobre el trono encumbrado se dormía
 De femenil molicie en hondo seno²:
 De la regia corona el peso abisma
 De su liviana frente las flaquezas 65
 Que lúbricos privados mantenían,
 D' Epernon, San Megrén, Quelús, Joyussa³,
 Jóvenes voluptuosos, que a porfía
 Bajo su augusto nombre, a su albedrío,
 Del imperio las riendas dirigían: 70
 Corruptores políticos de un dueño,
 Que la afeminación gastado había,
 En torpes devaneos y placeres
 Su lánguida existencia sumergían.
 De los Guisas, en tanto, la fortuna 75
 Se elevaba veloz, se engrandecía
 Sobre su humillación y abatimiento,
 Levantando en París la santa Liga,
 De su flaco poder rival soberbia.
 Roto el freno los pueblos se extravían, 80
 Y hechos de la grandeza humildes siervos,
 Doblan a sus tiranos la rodilla,
 Y a su dueño legítimo persiguen.
 De mil falsos amigos turba indigna,
 Que feliz le adorara, ya infelice 85
 Le abandona vilmente, y aturdidas
 Del Luvre le miraron las columnas
 Por sus pueblos expulso y en huida,
 Al paso que acogido el extranjero,
 Al rebelde París ledó corría. 90
 Todo marcha en desorden. Por instantes
 Todo a su fin fatal se precipita,
 Cuando aparece Enrique. Este virtuoso⁴,
 Este insigne Borbón, que fiero ardía
 De un guerrero valor en noble llama, 95
 A su Príncipe ciego se aproxima,
 Y a su aspecto Valois la luz recobra:
 Él su espíritu y fuerzas resucita;
 Sus pasos endereza, y de la afrenta
 A la gloria, del juego a la lid guía. 100
 De París a las pérfidas murallas
 Con coligadas huestes y aguerridas
 Al ver los dos Monarcas avanzados,
 Allí se alarma Roma, y aquí admira
 El Español temblando su alianza: 105
 La Europa toda ya comprometida
 En tan grandes reveses y ruidosos,
 Sobre el muro infeliz clava la vista.
 Viose en París entonces la Discordia,

Que al sublevado Pueblo enfurecía, 110
 Y a la guerra excitando al de Mayena,
 Y a la Liga y la Iglesia, en hostil grito
 Del alto de sus torres el socorro
 Del español soldado requería.
 Esta fiera impetuosa y sanguinaria, 115
 Este inflexible monstruo, infiel respira
 Un eterno rencor contra los mismos
 Que su yugo infernal más esclaviza.
 Su maléfico plan de los mortales
 A infelices desastres sólo aspira 120
 De su mismo partido con frecuencia
 Su mano deja toda en sangre tinta;
 Dentro del corazón que despedaza,
 Cual tirano cruel se domicilia,
 Y el crimen que él inspira, pena él mismo. 125
 Al lado en que del sol la luz declina,
 No lejos de las márgenes amenas
 Por do serpeando el Sena corre, y gira
 Huyendo de París, hoy sitio amable,
 Retiro encantador, mansión tranquila, 130
 Donde el arte sus triunfos nos ostenta,
 Y la naturaleza sus delicias;
 Campo entonces horrísono y sangriento
 De la más ominosa y mortal riña,
 Juntando sus soldados acampaba 135
 El mísero Valois. Allí se alistan
 Los valerosos Héroes, que la gloria,
 Y de Francia el estado sostenían,
 Y a quienes sectas varias dividiendo,
 De una común venganza el celo unía. 140
 De Borbón en las manos victoriosas,
 Acordes y contentos todos libran
 Su causa general y sus destinos;
 Y él, que de conciliarse el don abriga
 De todos el amor feliz, ganando 145
 Los corazones todos, los reunía:
 Que estaban los dos campos tan sumisos
 Dijérase a su voz, que ya no habían
 Más Jefe que él, ni más Iglesia que una.
 Del seno celestial do residía 150
 Luis, padre inmortal de los Borbones⁵,
 Sobre el virtuoso Enrique atento fija
 Sus paternas ojos. De su raza
 El más claro esplendor en él divisa;
 Su ardor, su virtud ama; su error llora: 155
 Con su corona honrarle, al fin quería,
 Y quiere más aún, quiere ilustrarle.
 Avanza en tanto Enrique, y se encamina
 A la suprema cumbre; más por sendas

Que para él mismo ocultas no advertía. 160
 Del alto de los cielos sus auxilios
 Prestábale Luis, pero escondida
 La mano que en su apoyo le tendiera;
 Cuidando que del Héroe siendo vista,
 Ya por demás seguro de sus triunfos, 165
 De un peligro menor fuese a medida
 De sus hechos también menor la gloria.
 Del muro que obstinado resistía,
 Ya finalmente al pie, y en frente puestos,
 Más de una vez de Marte en tentativas 170
 Igual riesgo ensayaran los partidos:
 De la humana feroz carnicería
 Ya el mal genio, del campo desolado
 Al uno y otro mar llevara a prisa
 Un furor implacable, cuando a Enrique 175
 Su atristada palabra, interrumpida
 De frecuentes suspiros y sollozos,
 Le endereza Valois en esta guisa.
 «Ya ves hasta que punto de mi suerte
 El rigor me abatió. No es mi desdicha, 180
 Ni solo mi interés el que va hablarte;
 Tuya es ¡o Borbón! la injuria mía.
 Contra su Rey osando sediciosa
 Su frente al cielo alzar esa infiel Liga,
 A los dos en su rabia nos confunde, 185
 Y a los dos nos persigue y abomina.
 Del pueblo de París enajenado
 El rebelde rencor de que le animan,
 Nos desconoce a entrambos, pretendiendo
 Precipitarme a mí del trono en vida, 190
 Y de su herencia a ti, que en pos te toca.
 No ignoran los Ligados, no, no olvidan
 Que la voz imperiosa de la sangre
 De nuestra anciana augusta dinastía,
 El mérito, las leyes, y en fin todo 195
 Te aclaman a mi muerte de justicia
 Al trono de la Francia, en que vacilo,
 Y del cual darte piensan la exclusiva,
 Ya de hoy mismo temblando a la grandeza
 De tu fortuna y gloria sucesivas. 200
 La Religión terrible en sus enojos,
 Ambiciosa y colérica, fulmina
 Contra la independencia de tus sienes
 Su fatal anatema. Roma erguida,
 Que a do quiera transporta sin soldados 205
 De la guerra el azote, deposita
 De su cruda venganza el sacro trueno
 Del Español en manos. Ya vendida
 De vasallos, de deudos y de amigos

Veo, amigo, la fe. Ya se retira, 210
 Ya de mí huye todo y me abandona,
 O se arma contra mí. Con tropelía
 El avariento Hispano enriquecido
 Por mis pérdidas, fiero se avecina
 A inundar de sus huestes destructoras 215
 Mis desiertas ya míseras campiñas.
 Contra enemigos tantos, que en su furia
 Tal ansia de ultrajarnos acreditan,
 A nuestra vez traigamos a la Francia
 Una extranjera fuerza más benigna: 220
 En secreto ganad de los Britanos
 Esa ínclita Reina, esa heroína.
 Bien sé el odio inmortal, que una alianza
 Permite rara vez franca y sencilla
 Entre el Francés y el Anglo. En todos tiempos 225
 Émula de París, Londres la envidia.
 Más ¿que importa, Borbón? si desde el punto
 En que mi antigua gloria vi marchita,
 Y por ellos mi nombre amancillado,
 Ya ni patria, otros tiempos tan querida, 230
 Ni vasallos conozco. Yo les odio;
 A castigar anhelo sus perfidias
 Y a mis ojos Francés es quien me vengue.
 En tal negociación, poco confía
 Mi supremo interés en las funciones 235
 De ordinarios agentes inactivas;
 Tu eres solo Borbón, el que yo imploro;
 De promediar tu voz es solo digna
 En que a los Reyes mueva mi infortunio:
 Parte a Albión, y allí la causa mía 240
 Patrono tan feliz logre en tu fama,
 Que un ejército aliado me consiga.
 Mis enemigas huestes por tu brazo
 Quiero, Enrique, abatir, y otras amigas
 Por tu sola virtud ganar espero». 245
 Dijo, y el Héroe, que de gloria hervía
 En codicioso celo, y en más manos
 Teme ver que las tuyas repartida
 Del triunfo la palma, un dolor vivo
 Al oírle sintió. Pasados dios 250
 A su gran alma caros echa menos,
 En que él solo y Condé sin más intrigas,
 Ni otro extranjero auxilio que la fuerza
 De su virtud, temblar la Liga hacían;
 Más era necesario ardientes votos 255
 Satisfacer de un dueño. Se resigna:
 Los golpes de su brazo ya suspende,
 Y los laureles, que cogido había
 Del Sena en la ribera, abandonando,

Su valor a partir violento instiga. 260
 Atónito el soldado, que ignoraba
 Sus arcanas empresas, se contrista;
 Y de uno y otro campo los guerreros
 Sus destinos pendientes suponían
 Del regreso feliz del Héroe ausente. 265
 Ya marchaba: aún empero le imagina
 El pueblo criminal siempre delante,
 Y pronto a fulminar sobre él sus iras.
 Su nombre, que del trono la columna
 Más sólida y más firme se apellida, 270
 De todo el bando alzado su enemigo
 El terror en las almas infundía,
 Y por él en su ausencia peleaba.
 Ya del Neustrio saltaba las campiñas,
 Sin que de sus privados otro alguno 275
 Formase que Morné su comitiva⁶:
 Éste su siempre digno confidente,
 Más nunca adulador, fiel le asistía;
 Éste sobrado fuerte y grave apoyo
 Del bando del error y su doctrina, 280
 Éste, a quien en prudencia como en celo
 Señalándose siempre, a par movían
 La causa de su Iglesia y de su Patria;
 Censor del cortesano, y todavía
 En la corte querido, a quien de Roma 285
 Fiero enemigo, Roma propia estima.
 Al través de dos rocas, donde viene
 La cólera del mar rugiendo altiva
 Sus olas a estrellar entre alba espuma,
 A los ojos del Héroe se ofrecía 290
 De Diepe el feliz puerto. Y fogoso
 A bordo el diestro nauta jarcias iza;
 El bajel, que a favor de su maniobra
 Con fiera majestad la mar domina,
 Ya de volar a punto sobre el llano 295
 Del undoso cristal, sus alas infla:
 Amarrado del viento en las regiones
 El furibundo Bóreas se mitiga,
 Y del céfiro al soplo la mar cede.
 Levada el ancla ya, dél impelida, 300
 Surcaba el vasto piélagos la nave
 Lejos ya de la tierra fugitiva,
 Y de la Gran Bretaña las riberas
 Descubriánse ya, cuando del día
 Eclípsase el gran astro en un instante, 305
 Regaña airado el cielo, el aire silba,
 Brama el onda a lo lejos, y los vientos
 Desenfrenados más y más irritan
 Las encrespadas olas; centellando

Entre la negra nube el rayo brilla; 310
 Del relámpago el fuego, y de las olas
 El abismo profundo do quier pintan
 Al navegante pálido la muerte:
 Y aún el Héroe, a quien furias envolvían
 Del undoso elemento, los peligros 315
 De su propia persona no sentía;
 Sus ojos sólo vuelve hacia la Patria,
 Y en su empresa su mente siempre fija,
 Por la sola tardanza en sus destinos,
 A increpar a los vientos se limita. 320
 No tan patriota, no, ni generoso
 Allá César del Epiro a la orilla,
 Cuando del mundo el cetro disputaba,
 Al furioso Aquilón sobre el mar fía
 Del Romano la suerte y de la tierra, 325
 Y a Pompeyo y Neptuno, que se ligan,
 A un tiempo desafiando, su fortuna
 A la borrasca impávido oponía.
 En este instante el Dios del universo,
 Que sobre el viento vuela, que las iras 330
 Subleva de los mares, o las calma,
 Y de cuya eternal sabiduría
 La profunda inefable providencia,
 Forma imperios, los alza, o los derriba,
 Desde el trono inflamado, do preside 335
 A la vida y la muerte, y que allá brilla
 Del celestial empíreo en las alturas,
 Sus ojos abatir al fin se digna
 Sobre el Héroe Francés, y en riesgo tanto
 El mismo es quien le alienta, quien le guía, 340
 Y cuya voz excelsa a la borrasca
 Mandando que a la playa más vecina
 Al punto el bajel lleve, donde Jersei
 Del seno de las ondas parecía
 Ir alzándose: el Héroe ya del cielo 345
 Conducido por fin, aporta a la isla.
 No lejos de su orilla, espeso bosque
 Bajo sus frescas sombras y tranquilas
 Dulce asilo ofrecía. Una gran roca,
 De las airadas olas fronteriza, 350
 A su rigor encúbrela, vedando
 Del regañón a furias que la embistan,
 Y jamás su reposo turbar puedan,
 De esta roca una gruta cerca había.
 Cuya simple estructura de su ornato 355
 Sólo a la mano rústica y sencilla
 De la naturaleza fue deudora:
 En mansión tan obscura y escondida,
 Un anciano habitaba venerable,

Que lejos de la corte, do otros días 360
 Engolfado anduviera, allí buscaba
 La dulce y santa paz; allí vivía
 Del resto de los hombres ignorado;
 Y de inquietudes libre, se ejercita
 En el sublime estudio de sí mismo; 365
 Con lagrimas allí se arrepentía
 De horas en los placeres abismadas,
 Y de amor en delirios consumidas.
 De aquellas toscas fuentes a los bordes,
 Sobre el florido esmalte, que matiza 370
 De aquella soledad los verdes prados,
 A sus pies arrojaba y sometía
 Las humanas pasiones, y sereno,
 De sus votos aguardaba que a medida,
 Viniese, en fin, la muerte para siempre 375
 A unirle con el Dios a quien servía;
 Aquel Dios, que con gracia y bondad tanta
 Su vejez honrar quiso, y su fe viva;
 Que descender mandando a su desierto
 La misma celestial sabiduría, 380
 Y con él prodigando los tesoros,
 De divinos arcanos, a su vista
 Le agradara exponer de los destinos
 El misterioso libro en que se cifran.
 Este favorecido, grave anciano, 385
 A quien Dios revelado el Héroe había,
 Cerca de un onda pura, agreste mesa
 Al gran Príncipe ofrece, a quien no admira
 Lo nuevo del convite. Veces varias
 Bajo un humilde techo, y en faz misma 390
 Del simple labrador todo encantado,
 Del cortesano estrépito en huida,
 Y en busca solamente de sí propio,
 Del diadema depuesto alegre había
 El majestuoso fausto y fiero orgullo. 395
 La turbación ruidosa difundida
 Por el orbe cristiano, vasto asunto
 Del coloquio más útil ofrecía
 Al huésped venerable y peregrinos.
 El virtuoso Morné, que en la doctrina 400
 Vivía de su secta imperturbable,
 ¡Cuán terribles apoyos suministra
 De Calvino al error! Dudoso Enrique,
 De su luz solo al cielo le suplica,
 Que sus ojos illustre un feliz rayo. 405
 «En todos tiempos, dijo, combatida
 Entre febles y míseros mortales,
 Siempre de error cercada y de mentira,
 La divina verdad se vio en la tierra.

¿Fuerza será por tanto al alma mía, 410
 En Dios solo fundando su esperanza,
 De sendas, que hasta él mismo la dirijan,
 Vivir en la ignorancia tenebrosa,
 Que la humana razón jamás disipa?
 Un Dios ¡ha! tan benéfico, y del hombre 415
 El árbitro y Señor, ya dél habría
 Servídose a este fin, si le pluguiera.
 Adoremos, el viejo les replica,
 Los designio de Dios. No le acusemos
 Por faltas de los hombres. Yo vi un día 420
 De Calvino el error nacer en Francia.
 Humilde en sus principios, débil iba
 Arrastrando entre sombras. Desterrado,
 En nuestros muros sin sostén camina
 Por mil lóbregas vueltas y rodeos, 425
 Avanzándose astuto hacia sus miras
 Con un rastrero giro y lento paso;
 Y del seno del polvo y la inmundicia
 Atónitos mis ojos advirtieron
 Como su altiva frente se atrevía 430
 El hórrido fantasma a alzar osado;
 Como al trono abalanza, y sin medida
 Insultando a los hombres, nuestras aras
 Con planta a trastornar se arroja impía.
 Huyendo al punto entonces de la corte, 435
 En esta obscura cueva la ignominia
 De mi sagrado culto a llorar vine.
 Plácidas esperanzas todavía
 Mis postrimeros años lisonjean;
 Un culto tan moderno mal podría 440
 Ser de duranza eterna. De los hombres
 Al capricho su ser deudor se mira.
 Morir se le verá como ha nacido;
 Las obras de los hombres de la misma
 Fragilidad serán, que sus autores. 445
 A su supremo arbitrio Dios abisma
 Sus facciosas empresas. Él es sólo
 El inmutable Ser. Mientras registra
 De unas sectas sin número, la tierra,
 Las implacables guerras, que la agitan, 450
 Del Eterno a los pies en paz reposa
 La celestial verdad, que no ilumina
 Sino muy rara vez al orgulloso,
 Y que solo por fin, podrá ser vista
 Del que de corazón la busque y ame. 455
 Escuchad, Gran Enrique. Dios me inspira:
 Ser queréis ilustrado. Habréis de serlo.
 Elegiros por fin mi Dios se digna
 Al trono de Valois. Su excelsa mano

Por sangrientos combates premedita, 460
 Encaminar triunfante vuestra planta;
 Terrible a la victoria su voz dicta,
 Que las sendas os abra de la gloria
 De laureles ornándolas y olivas.
 Más no ignoréis también, sabed, que en tanto 465
 Que a vuestro espíritu, propicia
 La verdad, de su luz que le ilumine
 Algún rayo benéfico no envía,
 De París por las puertas será en balde
 Que presumáis entrar. Tened bien fija 470
 La atención, sobre todo, en preservaros
 De la común flaqueza, en que se abisman
 Aun las más grandes almas. Atractivos
 Hechiceros huid; huid insidias
 Del más dulce veneno. Precaveos, 475
 Y de vuestras pasiones enemigas
 Habed tan solo miedo, Gran Enrique.
 Sabed al ocio blando y las delicias
 Resistir con vigor, y al amor mismo
 Combatir y vencer. Allá algún día, 480
 Cuando de tal valor, de virtud tanta
 Por una fuerza heroica y divina,
 Gloriosa y felizmente ya llegaréis,
 A triunfar de vos mismo y de la Liga;
 Cuando en un sitio horrible, cuya fama 485
 La más remota edad oiga afligida,
 Todo un inmenso pueblo confundido,
 Por vuestros beneficios sólo exista;
 De vuestro Estado entonces las desgracias,
 Las funestas miserias que lo atristan, 490
 Acabadas veréis. De vuestros padres
 Al Dios entonces vuestra fe rendida
 Los ojos alzaré, y verá entonces,
 Cuan bien, cuan dignamente en él confía
 Un sano corazón. Partid Enrique; 495
 Adiós y no dudéis que él os asista;
 El virtuoso varón, que le asemeja,
 De su apoyo seguro es justo viva».

Dardos fueran de fuego estas palabras,
 Que del sensible Enrique el alma herían, 500
 Hasta su noble fondo penetrando.
 Transportado, creíase al oírlas,
 A aquella edad del mundo tan dichosa
 En que al hombre mortal la Deidad misma
 Con su palabra honrara, y prodigando 505
 Prodigios, la virtud simple y sencilla
 A los Reyes magníficos mandaba,
 Sus oráculos santos profería.
 Llegando al cabo el hora, en que era fuerza

Que ya del justo anciano se despida, 510
 Con dolor estrechándole en los brazos
 De sus ojos las lágrimas corrían.
 Desde aquellos instantes, ya entreviera
 De un día, cuyo sol aún no divisa,
 El precursor lucero. Sorprendido, 515
 Más no tocado aún Morné partía:
 Al árbitro supremo de estas gracias
 Dél pluguiera ocultarse. Vana estima
 En la tierra de sabio el nombre diera
 Al que, de mil virtudes con mancilla, 520
 Hiciera del error su amado fuerte;
 En tanto que el buen viejo así platica
 De Dios iluminado, disponiendo
 El corazón del Príncipe, sumisa
 Del viento la violencia a su voz calma. 525
 De nuevo se aparece el sol, y brilla,
 Sosiéganse las ondas, y bien presto
 Conducido Borbón a las orillas,
 Parte el Héroe volando por las aguas
 De la soberbia Albión a sus marinas. 530
 Cuando en medio del mar de la Inglaterra,
 Aquel flotante imperio Enrique avista,
 La rápida mudanza venturosa
 Reflexivo contempla, atento admira
 De tan ilustre Estado y tan potente, 535
 En que la acción violenta y desmedida
 De tantas sabias leyes, y el abuso
 Que la licencia eterno hacer solía,
 Harto tiempo del Príncipe y vasallo
 Labraran la recíproca desdicha. 540
 Sobre el sangriento teatro, en que cien héroes
 Catástrofe tan triste hallado habían;
 Sobre el solio fatal resbaladizo,
 Del que, de cien Monarcas abatida
 La majestad augusta ya se viera, 545
 Una mujer, al fin, el cetro afirma;
 Y a sus pies los destinos sujetando,
 Nuestro sexo confunde; y ya la rica
 Brillantez de su reino al mundo entero
 Sirve de admiración, terror y envidia. 550
 Era aquella Isabel singular hembra,
 De su esfera y su sexo maravilla,
 Cuyos sabios manejos, de la Europa
 Inclinar a su arbitrio conseguían
 De la balanza el fiel. La que al Britano 555
 De indómita cerviz, que no podía
 Servir ni vivir libre, al fin su yugo
 Llevar, y aún amar hizo. Grato olvida
 Bajo su sagaz mando el Inglés pueblo

Pérdidas, que jamás sufrir creería. 560
 Sus fecundos rebaños, sus llanuras
 Sus montañas y bosques ya cubrían;
 De la esfera los mares, sus bajeles;
 Y sus copiosas mieses, las campiñas.
 Monarca es en la mar, temido en tierra; 565
 Sus flotas imperiosas, que esclavizan
 Por do quier a Neptuno, la fortuna
 Del uno al otro polo se atraían.
 Londres, bárbara un tiempo, centro es culto
 De las útiles artes en el día. 570
 De las gentes del mundo más remotas
 Con frecuencia sus plazas concurridas,
 Emporio es a Mercurio, a Marte templo.
 Los muros de Westminster domicilian
 Tres distintos poderes, que del lazo 575
 Que los une entre sí, los tres se admiran.
 Diputados del Pueblo, Rey y Grandes,
 A quienes intereses dividían
 Y reunía la ley. Los tres sagrados,
 Y miembros inviolables, que organizan 580
 Su invicta institución, tan peligrosa
 A sí misma tal vez, y a sus vecinas
 De tanta alarma siempre, y tan terrible.
 Feliz, mientras el Pueblo en la medida
 De su deber instruido y limitado, 585
 Al supremo poder respetos rinda
 Cuantos le debe fiel; y aún más dichosa,
 Cuando al Pueblo también a su vez rijan
 Reyes justos, políticos y dulces,
 Que acaten cuando deben, y no opriman 590
 Su libertad civil. ¡Ha! cuando, cuando,
 Así exclamó Borbón, cuando podrían
 Unir como vosotros los Franceses
 La gloria con la paz! ¡Testas altivas,
 Príncipes de la Europa cuanto ejemplo 595
 Tenéis aquí patente a vuestra vista!
 Las puertas de la guerra en sus estados
 Una mujer cerrando, la paz fija;
 En tanto, que a los vuestros, con desdoro
 Del pecho varonil que los domina, 600
 El horror y discordia relegando,
 De un pueblo que la adora, hace la dicha.
 Va entretanto arribando, y tierra toma
 En la inmensa Metrópoli, do brilla,
 Y por do quiera reina la abundancia, 605
 Que de la libertad tan solo es hija.
 Del vencedor aquí de los Ingleses
 La célebre y antigua torre mira,
 Y allí más a lo lejos de la Reina

El alcázar agosto ya registra. 610
 De su amigo Morné sólo seguido,
 A encontrar a Isabela se encamina,
 Sin nada de aquel fausto y pompa vana,
 Que encanta en su interior la fantasía
 De los Grandes, por grandes que ser puedan, 615
 Más que héroes verdaderos no codician,
 Antes desdeñan siempre. Borbón habla,
 Y en sola su franqueza el fondo cifra
 De su elocuencia toda. De la Francia
 Las cuitas en secreto a Isabel fía: 620
 Y si es, que de su patria en fiel obsequio,
 Su corazón y lengua al ruego humilla,
 Su elevación a un tiempo y su grandeza
 En la sumisión misma descubría.
 «¡Pues qué! ¿a Valois servís?» la Reina dice 625
 ¿Es Valois, le repite sorprendida
 Quien a Borbón envía, quien le manda
 Del Támesis venir a las orillas?
 Qué! ¿De sus implacables enemigos
 Tornado en protector, por ellos lidia, 630
 Y con tanta eficacia Enrique viene
 A emplear hoy sus ruegos y fatigas
 Por el Príncipe aquel, que aún ayer mismo
 Perseguirle de muerte parecía?
 Aun desde las riberas del poniente 635
 Hasta las puertas de la aurora, grita
 De vuestros largos choques y discordias
 La voladora fama peregrina;
 ¡Y en favor de Valois armada veo
 Esa mano, esa mano dél temida 640
 Tan repetidas veces!»... «Sus desgracias
 Sofocaron ¡o Reina! le replica,
 Nuestros antiguos odios. No era libre
 Valois; se hallaba esclavo. Ya en el día
 Sus cadenas rompió. Otro su estado, 645
 Otra fuera su gloria, otra su dicha
 Si siempre de mi fe más bien seguro,
 Otro arriesgado apoyo y otras ligas
 Que su valor y el mio no buscarse;
 Pero usó de artificio e hipocresía: 650
 Por flaqueza y temor fue mi enemigo:
 Más, en fin de sus riesgos a la vista
 Sus faltas se me olvidan y mi injuria.
 Le he vencido, Señora, e ya de prisa
 A vengarle tan solo corro ahora. 655
 Vuestra bondad, gran Reina, bien podría
 En tan alta querella, en lid tan justa,
 Labrar un nombre eterno a la gran Isla,
 Y a un tiempo coronar vuestras virtudes,

Si de nuestros derechos grata auxilia 660
 Vuestra potente mano la defensa,
 Y conmigo vengar tal vez se digna
 Esta de los Monarcas común causa».

Con impaciencia entonces la heroína,
 Que la historia le cuente, pide a Enrique 665
 De tanta turbación como afligía,
 Y la Francia asolaba. Los resortes,
 El encadenamiento y las intrigas,
 Que en el triste París causar pudieran

Tanta revolución, saber quería; 670
 Y a este fin, su palabra dirigiendo
 Al augusto enviado, así le invita:
 «Ya con frecuencia ¡Príncipe! la fama
 Voladora y parlante me tenía,
 De esos sangrientos lances e infortunios 675
 Dada muy de antemano la noticia;
 Pero en su ligereza, siendo siempre
 Tan necia e infiel su lengua, que prodiga
 Con la verdad mil veces el engaño,
 Sus vagas relaciones de fe indignas 680
 Desechado hube siempre. Vos Enrique,
 Que de tan prolongadas, fieras lidias
 Célebre parte fuisteis y testigo;
 Y vos, que de Valois la alternativa
 De apoyo, o vencedor seguisteis siempre, 685
 Explicadme ese nudo que ya os liga:
 Tan extrema mudanza descifradme.
 Vos tan solo, Borbón, sois quien podría
 De voz mismo tratar de un digno modo.
 Vuestras faustas proezas y desdichas 690
 Que me pintéis, os ruego, y creed Enrique,
 Que es lección de los Reyes vuestra vida».

«¡Ha! replica Borbón ¿y será fuerza
 Que vuelva a renovar la lengua mía
 De días tan funestos y menguados 695
 La infanda narración, la atroz herida?
 Pluguiese al cielo airado, ilustre Reina,
 Al cielo, que testigo de allá arriba
 De mi acerbo dolor fue veces tantas,
 Que de un eterno olvido la cortina 700
 Para siempre escondiese a nuestros ojos
 Cuadros de tanto horror ¿Porqué me obliga
 Vuestra bondad, Princesa, a que mi labio,
 De Reyes de la sangre que me anima,
 Cuento el furor y afrenta? Se estremece 705
 Mi corazón aún, cuando se excita
 Su recuerdo cruel: más lo mandasteis;
 A obedeceros voy. Quizá sabría
 De algún otro la astucia, al daros cuenta,

Sus enormes delitos, sus perfidias 710
 Disfrazaros aún. Con labio diestro
 Aún tal vez sus flaquezas cubriría;
 Pero en mi franco pecho al artificio,
 A la doble cautela no hay cabida.
 Oíd, Señora, pues. Es el soldado, 715
 Más que el embajador, el que se explica».

FIN DEL CANTO I

▽△

Canto II

Enrique el Grande cuenta a la reina Isabel la historia de las desgracias de la Francia. Se remonta hasta el origen de ellas, y entra en el detalle de la carnicería ejecutada la noche de San Bartolomé.

«De males el exceso a que la Francia
 Entregada se mira, horrible es, Reina;
 Y horrible tanto más, cuanto es sagrada
 Su fuente comunal. Celo inhumano, 720
 Furor de Religión fue, quien la daga
 En la mano libró del Francés Pueblo.
 Entre Ginebra y Roma jamás nada
 Decidir osaré; más por divinos
 Que los renombres sean, a que a entrambas, 725
 De uno y otro partido los secuaces
 Con extremos hipérboles exaltan,
 Yo, no obstante, el furor, yo el sutil dolo
 Vi que a los dos denigran y difaman.
 Si del error es hija la perfidia, 730
 Si entre las controversias, que desgarran
 Y la Europa sumergen, las traiciones,
 Los alevos puñales, las cábalas
 Infame sello son, que la mentira
 Tan cruel como pérfida contrastan, 735
 Ambos partidos pérfidos y crueles,
 Iguales en los crímenes y manchas,
 Del ominoso error entre tinieblas
 Ambos, al parecer, iguales andan⁷.
 Francés, soldado y Rey, solo adoptando 740

Del trono la defensa y de la patria,
 Su venganza dejando al cielo solo,
 Nunca se habrá notado que violada
 De mi poder legítimo la línea,
 Con una mano osase temeraria 745
 Profanar del levita el incensario.
 Perezca para siempre, si, mal haya
 La perversa política, que intenta
 Un despótico imperio sobre el alma:
 Que racionales pechos solicita 750
 Convencer por la fuerza de las armas:
 Que de herética sangre los altares
 De un culto dulce y puro, feroz mancha;
 Y de intereses sórdidos del mundo,
 O frenesí fanático guiada, 755
 De paz a un Dios benigno solo sangre,
 Solo homicidios bárbaros consagra.
 «Pluguiera a este Dios mismo omnipotente,
 Cuya ley busco yo, que así pensara
 La corte de Valois; pero a ambos Guisas⁸, 760
 Los escrúpulos míos no embarazan.
 De esos jefes de un crédulo gentío
 La profunda ambición, sagaz disfraza
 Su profano interés con el del cielo.
 Cae un furioso pueblo en su vil malla, 765
 Y contra mí, los pérfidos, el odio
 De su cruel piedad concitan y arman.
 Yo vi correr por celo a degollarse,
 Volar vi mis patriotas con la llama
 Al combate empuñada y al incendio, 770
 Por vanos argumentos que no alcanzan.
 Vos conocéis el pueblo, ilustre Reina;
 Cuál es su arrojo, cuál su audacia,
 Desde el terrible punto en que le imbuyen
 Y a persuadirse llega que es la causa 775
 Del ultrajado cielo la que venga.
 De la fe con la venda densa y sacra
 Ceñidos ya sus ojos, desde entonces,
 De la obediencia rompe el freno y valla.
 De vos, gran Isabel, estas verdades 780
 Conocidas muy bien, bien meditadas,
 Vuestra sabia cautela de antemano
 Oportuno remedio al mal prepara,
 Prontamente ahogándole en su cuna.
 La tempestad, apenas fue formada 785
 En los Estados vuestros: la previera
 Vuestro espíritu pródigo, y la calma
 Vuestras prendas, por fin, vuestros talentos:
 El fruto ya gozáis de virtud tanta.
 Vos, Señora, reináis: Londres es libre, 790

Y vuestras leyes florecientes campan.
 Rumbos siguió la Médicis diversos⁹.
 De narración tan mísera tocada
 Mandaréisme, tal vez, que un fiel retrato
 Del carácter de Médicis os haga. 795

Oídlo ya de un labio ingenuo al menos:
 Muchos, Reina, de Médicis parlaban;
 Pocos empero bien la conocieran:
 Sondaron pocos bien las enseñadas,
 Los oscuros secretos y repliegues 800
 De sus ondas malélicas entrañas.
 Yo, que de cuatro lustros por espacio,
 De sus hijos criado en cortes varias,
 Bajo sus mismos pies, por tanto tiempo
 Ir formándose he visto las borrascas, 805
 Con demasiado riesgo a conocerla
 Aprendido he, por fin, y a descifrarla.
 «La aventurera muerte de su esposo,
 Que de su edad la flor segó temprana,
 Dejó precipitado y libre curso 810
 A toda su ambición, y sujetada
 De sus hijos, el uno en pos del otro,
 La regia educación a su tirana
 Tutelar dictadura: al que sin ella
 El cetro ya empuñar, reinar osaba, 815
 Desde aquel mismo instante le persigue,
 Por odioso enemigo le declara.
 Alrededor del solio derramando
 De discordia y de envidias la cizaña,
 Oponiendo incesante y harto astuta 820
 A los Condés los Guisas, Francia a Francia,
 Con sus mismos contrarios más discordes
 Pronta siempre a ligarse, y en mudanza
 De enemigos perpetua, de rivales,
 De intereses, de bandos y de causas, 825
 Del deleite y placer, si bien no tanto¹⁰
 Como de la ambición, sensual esclava,
 Y para colmo, además, supersticiosa¹¹,
 Y a su culto también mil veces falsa;
 La Médicis, Señora, por decirlo 830
 Sin explicarme más, en dos palabras,
 Poseía, por fin, del sexo propio
 Con muy poca virtud todas las faltas...
 Se deslizó mi lengua. La franqueza
 Perdonadme, gran Reina. Computada 835
 No sois ya sobre todo en ese sexo.
 Déj no tiene Isabel más que las gracias.
 El cielo, que os formó porque supieseis
 Imperios dirigir, nos echa en cara
 A todos vuestro ejemplo, y en la lista 840

Ya la Europa os admira numerada
 De los hombres más célebres y grandes.
 «De una imprevista suerte fiera saña,
 De Francisco segundo, con Enrique
 La reunión en la tumba ejecutara. 845
 Francisco, niño feble, que de Guisa
 Los caprichos seguía y adoraba;
 Joven, cuyas virtudes, cuyos vicios
 Igualmente secretos, se ignoraban.
 Carlos, más mozo aun, tan solo el nombre 850
 Poseía de Rey. Solo reinaba
 Médicis a placer, y a su ley sola
 Todo se humilla ya, todo se espanta.
 En dejar su poder asegurado
 Bien presto su política afanada, 855
 De un hijo, en demasía blando y dócil,
 La infancia al parecer eternizaba.
 De la voraz discordia por su mano
 En la Francia encendiendo la atroz hacha,
 Con sangre, de su nuevo y duro imperio 860
 Los principios la Médicis señala.
 De dos furiosas sectas enemigas,
 La cólera y los celos mueve y arma.
 Las campañas de Dreux, que al viento vieron
 Sus funestas banderas desplegadas, 865
 Primer teatro infausto, campo horrible
 De los trofeos fueron de sus tramas.
 En tan triste jornada, Montmorenci¹²,
 Caudillo que peinaba antiguas canas,
 Del luctuoso paraje poco lejos 870
 Do el panteón de los Reyes se levanta,
 Alcanzado, por fin, y mal herido
 Del mortífero plomo que arrojara
 Una guerrera mano, de cien años
 De marciales trabajos terminada 875
 Su carrera vio allí; y de Orleans cerca
 Fue asesinado Guisa. Por desgracia¹³,
 La vida de mi caro infeliz padre¹⁴,
 Siempre a la aleve corte encadenada,
 Siempre, y a su pesar, sirviendo humilde 880
 A la cruel Catalina su tirana,
 Siempre sobrado feble, entre ignominias
 Su indecisa fortuna tras sí arrastra;
 Y siempre por su mano preparando
 Sus desdichas él propio y sus infamias, 885
 Ha combatido y muerto de sus mismos
 Fieros perseguidores por la causa.
 Condé, que tierno vástago me mira
 Que de su hermano huérfano restara,
 Oficioso adoptandome, sirviome 890

De padre y de señor. De sus campañas
 El suelo fue mi cuna. Entre guerreros
 Allí criado y en fatigas varias,
 De la corte, a su ejemplo, desdeñando
 Una indolencia obscura, a tantos grata, 895
 Y del verde laurel de amargo fruto
 Prefiriendo gozar la sombra clara,
 De juegos a mi infancia y de recreos
 Sirvieron desde entonces sus batallas.
 «¡O llanos de Jarnac! ¡o en demasía 900
 Inhumana, alevosa y vil espada!
 Bárbaro Montesquieu, que de asesino¹⁵,
 Más bien que de soldado nombre alcanzas!
 Condé, que moribundo, que cubierto
 De gloriosas heridas ya encontraras, 905
 De tu golpe cayó bajo la furia.
 Yo descargar lo vide. Yo segada
 Su vida he visto allí... ¡ah!, que harto joven
 De flaco brío aún y estéril saña,
 No pudo ¡ay Dios! no pudo allí mi brazo, 910
 Ni prevenir su muerte, ni vengarla.
 «El cielo, protector de mi flaqueza,
 De héroes al celo ardiente y vigilancia,
 Mi débil juventud, siempre piadoso,
 Confiar felizmente decretara; 915
 Y de Condé, por fin, sucesor digno,
 La defensa, Coliñi, al punto abraza¹⁶
 De mi persona a un tiempo y de mi bando.
 Yo se lo debo todo, si. Tan grata
 Confesión de mi deuda, es bien forzosa; 920
 Pues si la Europa ve, si acaso alaba
 De virtud en mis hechos algún rasgo;
 Si esa Roma procaz, que me amenaza,
 Si aun esa Roma misma, muchas veces
 El mérito apreció de mis hazañas, 925
 ¡Vos sois, vos sombra ilustre, a quien lo debo!
 «Crecí bajo sus ojos. Allí hallara
 Mi juvenil ardor por tiempo largo,
 De la guerra la escuela dura y brava.
 Él mismo, a cada paso, de los héroes, 930
 Con su ejemplo el gran arte me enseñara.
 Yo he visto a este guerrero encanecido
 En trabajosas lides y hechos de armas,
 Sobre sus fatigados nobles hombros,
 A una vez sostener con fuerza y calma, 935
 De la causa común, contra la Reina
 Y la fortuna infiel toda la carga.
 En su bando querido, y del adverso
 No menos respetado, injurias agrias
 De la fortuna a veces soportando; 940

Más siempre, a su pesar, por su constancia
 Igualmente temido y peligroso;
 De destreza, por fin, no menos sabia
 Al mandar retiradas que combates;
 Y en sus mismas derrotas, harto infaustas 945
 Más grande, más glorioso, y más temible,
 Que Dunois o Gastón serlo logaran,
 En el triunfante curso de la dicha,
 Que coronó el suceso de sus armas.
 «Al cabo de dos lustros ya cumplidos 950
 De prósperas empresas y desgracias,
 Médicis, que a ver torna renaciente
 Un partido que crédula contaba
 Para siempre deshecho, y cuyas tropas
 Ya de Francia los campos inundaban, 955
 De infructíferos triunfos y combates
 Dados en guerra abierta al fin cansada,
 Por último maquina, intenta aleve,
 Sin más vanos esfuerzos en campaña,
 En el seno apacible de los pueblos, 960
 Y en su mísera sangre, sufocada
 De un golpe dejar ya la civil guerra.
 La corte, desde entonces, de sus gracias
 Seductores halagos nos ofrece.
 De vencernos, por fin, desesperada, 965
 Engañarnos procura, y con propuestas
 De una paz lisonjera nos aplaca;
 Más! que paz, justo Dios a quien atesto!
 ¡Cuanta sangre, gran Dios de las venganzas,
 Presto inundó, manchó su infausta oliva! 970
 ¿Y será fuerza ¡cielos! que la raza
 De los supremos jefes de los hombres,
 Del delito las sendas allanadas
 A sus súbditos deje con su ejemplo?
 «Allá en su corazón fe le guardaba 975
 Coliñi a su señor. Lágrimas tiernas
 De profundo dolor le cuesta Francia,
 Aun cuando, a su pesar, por su bien solo
 En combatir Franceses se empleara.
 De este bien arrastrado, abraza, acepta, 980
 Y aún la ocasión previene, que ostentaba
 Asegurar propicia del Estado
 La concordia común tan suspirada.
 En el pecho del héroe, raras veces
 Halla abrigo la vil desconfianza. 985
 Coliñi, entre alevosos enemigos,
 De una seguridad sobrado incauta
 Conducido por fin, a París viene,
 Y allí fija su fúnebre morada.
 Del Louvre a un tiempo mismo allá hasta el fondo 990

Mis pasos dirigió. Médicis falsa,
 Recíbeme llorando entre sus brazos;
 Ternezas me prodiga, me agasaja
 Cual madre largo tiempo, y a Coliñi
 La más fina amistad le protestaba. 995
 Que a lo adelante quiere por su sabio
 Consejo gobernarse, le declara;
 Cólmale de favores, y a sublimes
 Dignidades sus méritos exalta.
 Muestra a los míos todos, deslumbrados 1000
 De dulces lisonjeras esperanzas,
 Fascinantes y astutas apariencias
 De las gracias del Rey más señaladas.
 Esperábamos ¡ha! creído hubimos,
 Gozar de ellas en paz edad más larga. 1005
 «Sospecharon no pocos la perfidia
 De estos presentes, si. Se recordaran
 Cuan temible era el don del enemigo;
 Más siempre a sus recelos igualaban
 Del Rey los artificios. Poco hacía, 1010
 Que de un secreto obscuro allá a la capa,
 Al perjurio, la Médicis, y al fraude
 Iba el hijo formando. Preparaba
 A crímenes atroces de aquel joven
 El fácil corazón, y por desgracia, 1015
 El Príncipe infeliz, a sus lecciones
 Dócil en demasía, y a observarlas
 Por su genio feroz hartó excitado,
 En su culpable escuela aprovechaba,
 Y excesivos progresos consiguiera. 1020
 «Porque, a un misterio vil de horrible cara,
 Hermoso y noble velo astuto echase,
 Su hermana me concede, y ya me llama
 Su hermano ¡O falso nombre, y cuán funesta
 Ha sido tu ilusión, tu fe cuán vana! 1025
 O himeneo fatal, primer presagio
 De nuestros males todos! Turbias llamas
 De tu antorcha, soplada y encendida
 Del cielo por las iras, de mi amada,
 De mi infelice madre ¡o amarga pena!¹⁷ 1030
 A estos mis propios ojos alumbraban
 La tumba funeral. Ligeró, injusto
 No intento ser, Señora, en esta causa.
 Yo de imputar no acabo a Catalina,
 De mi madre la muerte acelerada. 1035
 Su misteriosa muerte, no pretendo
 Sin más pruebas cargarle. Tal vez, varias
 De legales indicios de mí aparto.
 Es bien inútil ¡Reina! es excusada
 La pena de buscar a Catalina, 1040

Más número de crímenes y faltas.
 Murió, Señora, al fin murió mi madre...
 Perdonadme unas lágrimas, que arranca
 A mi dolor, tan tierno y fiel recuerdo,
 Todo se apresta en tanto. Ya es llegada 1045
 Del desenlace cruel la fatal hora,
 Que Médicis muy antes reservara.
 «A favor de las sombras de la noche,
 Sin estrépito fue la seña dada.
 De aquel mes, de memoria a Francia horrenda 1050
 La nuncio desigual que retirara
 A la tierra de espanto, parecía,
 De su manchada faz la luz plateada.
 Del reposo en los brazos dulcemente
 El incauto Coliñi se entregaba, 1055
 Y un sueño engañoso, de adormidera
 Sus órganos con flores recargara.
 Más de alaridos, pronto, un rudo estruendo
 Interrumpió, turbó tan dulce calma,
 Y a arrancar vino de ella sus sentidos. 1060
 Arrójale del lecho las alarmas.
 Escucha: observa atento, y por do quiera,
 Sólo mira asesinos, que con rabia,
 Que con paso veloz todo lo corren.
 Brillando ve mil teas y mil armas. 1065
 Arder ve su palacio: un pueblo inmenso
 Vagando ve entre undosas asonadas:
 Sangrientos sus sirvientes ahogarse
 Mira entre fuego y humo: en cruel matanza
 Verdugos de tropel ve encarnizados, 1070
 Y en voz alta gritando «perdonada
 Una vida no sea, que es Dios mismo,
 La Médicis y el Rey, quienes lo mandan».
 Resonar de Coliñi el nombre siente;
 Y allá al joven Teliñi, a una distancia, 1075
 Divisa al mismo tiempo; aquel Teliñi¹⁸,
 A quien la mano fiel de su hija cara
 Amor librara en premio; aquel Teliñi,
 Horror el más precioso de su casa,
 Y de su bando todo, a un tiempo mismo, 1080
 El lisonjero apoyo y la esperanza;
 A quien, todo sangriento y desgarrado,
 Los asesinos bárbaros arrastran,
 Y al amoroso padre en tanta angustia,
 Su socorro pidiéndole y venganza, 1085
 Ensangrentados brazos le tendía.
 Más el héroe infeliz, inerme se halla;
 Y en tan duro conflicto templando,
 Que es fuerza perecer, sin que alcanzara
 Dignamente vengarse, quiere al menos 1090

Morir como viviera, siempre intactas
 Su gloria y su virtud. Ya numerosa
 Cohorte de asesinos amenaza
 Romper con insolente tropelía,
 Las puertas del salón que le encerraba. 1095
 Él mismo se las abre. Se presenta;
 Y sobre todos tiende unas miradas
 De tanta calma llenas, y con frente
 No menos majestuosa y sosegada,
 Que cuando, allá algún día en los combates 1100
 Dueño de su valor, con dócil saña,
 O el degüello, benigno detenía,
 O con rigor guerrero apresuraba.
 «A su aire venerable y faz augusta,
 Sorprendida de súbito, y cambiada 1105
 En confusión no menos que en respeto,
 De aquellos carniceros la arrogancia,
 Por una fuerza oculta suspendieron
 Inmóviles sus pasos y su rabia,
 «¡Camaradas! les dice, ¿que os detiene? 1110
 Vuestra obra dejad presto acabada;
 Y con la yerta sangre de mis venas,
 Manchad, inexorables, estas canas,
 Que en la larga carrera de ocho lustros,
 La suerte respetó de las batallas. 1115
 Vuestra misión cumplid. Vuestros aceros
 Descargad; herid ya. No temáis nada.
 Coliñi os lo perdona. Poco importa,
 Leve cosa es mi vida. A vuestra saña
 La abandono. Perderla más quisiera 1120
 Por vosotros lidiando en las campañas.
 A estas razones, los sangrientos tigres
 Caen atolondrados a sus plantas.
 Del uno, aquí, el espanto saltar hace
 El puñal, que a su pecho ya tocaba, 1125
 Allí postrado en tierra, los pies otro
 De Coliñi abrazando, en llanto baña,
 Y rodeado en tal lance aquel gran hombre,
 De una banda confusa y humillada
 De sus mismos brutales enemigos, 1130
 A un poderoso Rey se asemejaba,
 De su pueblo querido y adorado.
 Pero el malvado Besma, que aguardara¹⁹
 En el patio su víctima, impaciente
 De que tal lentitud le dilatara 1135
 Su meditado crimen, indignado,
 Sube, corre afanoso, y la tardanza
 Del alevoso golpe resolviendo
 Remediar por su mano, a los pies halla
 De aquel héroe, sus propios asesinos 1140

Temblando y consternados. En tan blanda
 Tan patética escena, a Besma solo,
 Al inhumano solo no embargaban
 Sentimientos de lástima, a que siempre
 Su pecho inaccesible se mostrara; 1145
 Desagradar creyendo con un crimen
 De alta traición a Médicis, si su alma,
 De algún remordimiento el más liviano,
 Sorprendida en tal caso se notara.
 Por entre los soldados pasa, corre 1150
 Hacia el bravo Coliñi, que le aguarda
 Con sereno semblante; y de repente,
 El furibundo monstruo con su daga
 Le atraviesa, desviando dél la vista, 1155
 Llevado del temor, de que una ojeada
 De aquel augusto rostro, su vil brazo
 Estremecer hiciese, y su villana,
 Su selvaje fiereza congelase.
 «Tal del hombre más grande de la Francia,
 La funesta catástrofe a ser vino. 1160
 Con sevicia feroz, con ciega rabia,
 Después que ya por tierra yace yerto,
 Aún le insultan impíos y le arrastran.
 De heridas traspasado su cadáver,
 Sin común sepultura le colgaran, 1165
 De los voraces buitres por vil pasto.
 Su cabeza a la Médicis regalan
 Y a sus plantas ofrecen, cual trofeo
 Digno de la impiedad de sus entrañas,
 Y del índole fiera de un Rey hijo, 1170
 Que por desgracia en ellas se formara.
 Con tan fría indolencia la recibe,
 Que no gozar la pérfida indicaba
 De su aleve venganza el fruto inicuo.
 Como de largo tiempo acostumbrada 1175
 A presentes iguales, ya sin gustos,
 Ya sin remordimientos, dominara
 Las impresiones todas del sentido,
 Que afligirla pudieran, o turbarla.
 «¿Quién podría fielmente los estragos, 1180
 Cuya imagen tristísima ostentaba
 Aquella noche atroz, decir bastante?
 La muerte de Coliñi aunque harto infausta
 Primicia de horror tanto, ensayo débil
 De sus crueldades era y sus venganzas. 1185
 De un pueblo de asesinos, ya sin freno,
 La vil haz en matar encarnizada
 Por deber y por celo, allí corría
 Mortal hierro blandiendo, y vivas brasas
 De furor fulminando de sus ojos, 1190

Por rimas de cadáveres, formadas
 De sangrientos hermanos, con pie impío
 Los verdugos, trepando, caminaban.
 Guisa estaba a su frente. Guisa, hirviendo
 De cólera, con sangre que derrama 1195
 De cuantos encontraba de los míos,
 De su padre los manes aplacaba.
 Nevers, Gondí, Tavanne, por su parte²⁰,
 Sus dagas empuñando, ardor más daban
 De su inhumano celo en los transportes; 1200
 Y llevando delante pregonada
 La lista de sus crímenes, conducen
 A la muerte, y sus víctimas marcaban.
 «Pintaros no pretendo, ilustre Reina,
 Los raudales de sangre, que arroyaba, 1205
 El tumulto, los gritos, los gemidos,
 Los horrores, las muertes y las llamas,
 Que del triste París, por todos lados,
 Se vieron en tal noche. Asesinada
 La hija de su madre sobre el cuerpo; 1210
 Bajo el del hijo el padre que expiraba;
 Al lado del hermano, boqueando
 Aún caliente el cadáver de la hermana;
 Esposos abrazados, bajo el techo
 Del desplomado hogar agonizaban; 1215
 Desde las altas torres y azoteas,
 Sobre la dura piedra ensangrentada
 Estrellados ¡que horror! niños de cuna...
 Del odio humano, sí, de su cruel saña
 Tanto es lo que esperarse puede y debe. 1220
 Más lo que no podrán sin repugnancia
 Creer los venideros, lo que apenas
 Aún ahora vos misma, en mi palabra,
 Podréis creer, Señora, es, que los monstruos,
 Ferozmente sedientos en su rabia, 1225
 Cebándose insaciables a porfía
 En la mísera y triste sangre humana,
 Que a derramar concita en todas partes
 La voz del sacerdote sanguinaria;
 Al Señor invocaban fervorosos, 1230
 Mientras que sus hermanos degollaban,
 Y con mano alevosa y parricida,
 En sangre de inocentes tan manchada,
 Esta ofrenda, este incienso abominable,
 Consagrar en su altar a Dios osaban. 1235
 ¡Cuantos héroes envueltos allí fueron
 En las lúgubres sombras de la parca!
 Renél, y Pardellán, allí bajaron²¹
 A habitar de los muertos las estancias.
 Allí, tú pereciste ¡bravo Guerchi!²² 1240

Y tú ¡Lavardín sabio, de más larga²³
 Y más próspera vida y suerte digno!
 Entre tanto infeliz, víctima tanta,
 Que noche tan sangrienta en los horrores
 De una eterna dejado ha sepultada, 1245
 Subissa, y Marsillac, ambos proscritos²⁴
 De su vida los días con audacia
 Aun defender supieran tiempo largo;
 Más sangrientas, al fin, acribilladas,
 Ya respirando apenas, y a empellones, 1250
 Sus personas acosan, las arrastran
 Del Luvre abominable hasta las puertas,
 Y del palacio odioso las entradas
 Con su sangre regando, en vano imploran
 Un Rey cuya traición les inmolará. 1255
 «Tempestad tan horrenda de la altura
 Del palacio excitando, contemplaba
 A su sabor la Médicis su fiesta.
 De diversión curiosa con miradas,
 Sus dignos e inhumanos favoritos, 1260
 De sangre ven las olas, que resaltan,
 Que a sus ojos bullendo aun humo elevan;
 Y de todo París, envuelto en llamas,
 Los míseros despojos y ruinas,
 A estos héroes triunfal pompa labraban. 1265
 «¿Pero qué digo? ¡o crimen! ¡o vergüenza!
 ¡O de los males nuestros extremada,
 Fiera y nefanda suerte! El Rey, Señora²⁵,
 Él mismo, entre verdugos se mezclaba,
 Y el tropel persiguiendo fugitivo 1270
 De míseros proscritos, torpe mancha,
 De sus propios vasallos en la sangre,
 Una mano a guardarla consagrada.
 Y ese mismo Valois, a quien hoy sirvo,
 Ese Rey, que hoy, Señora, vuestra gracia 1275
 Implora por mi labio, parte habiendo
 De su bárbaro hermano en unas tramas
 Tan negramente alevos y afrentosas,
 Su cólera excitaba a la venganza;
 No porque de Valois impías fuesen, 1280
 A pesar de hechos tales, las entrañas:
 En sangre rara vez tiñó su mano;
 Más ejemplos del crimen le sitiaron
 En su primera edad. Su crueldad misma,
 De flaqueza de espíritu no pasa. 1285
 «Entre la multitud de asesinados,
 Algunos el furor burlar lograran
 Del asesino acero. Prodigiosa,
 Célebre será siempre, y trasladada
 A la futura edad de labio en labio, 1290

De Comont, tierno niño, la más rara²⁶
 Favorable aventura. Su buen padre,
 Que el peso de los años abismaba,
 Entregárase al sueño, y a su lado
 Dos tiernos caros hijos acostara. 1295
 Un solo común lecho, aquella noche,
 Al padre y ambos hijos cobijaba.
 Fogosos matadores forajidos,
 A quienes cruel cólera cegara,
 Sobre ellos velozmente descargaron 1300
 Un granizo feroz de puñaladas.
 Por el lecho al azar la muerte vuela.
 En sus potentes manos sólo guarda
 La suerte de los hombres el Eterno:
 Él sobre nuestros días, si le agrada, 1305
 Velar sabe, al momento en que las furias
 Del sangriento homicida ciegas andan.
 Ningun golpe a Comont hiere ni toca.
 Un invisible brazo le amparaba
 En su defensa armado, y de las iras 1310
 De tanto matador libra su infancia.
 A su lado su padre moribundo
 Y de heridas cubierto, le tapaba
 Con su cuerpo, expirando, todo entero;
 Y del Rey y del Pueblo así engañada 1315
 La bárbara crueldad, a su hijo ha dado
 Segunda vez la vida con su maña.
 «¿Y qué hacía, qué hacía yo en momentos
 De tanto horror colmados y desgracia?
 De juramentos ¡ha! los más solemnes 1320
 Por demás entregado a la fe santa,
 Del Louvre allá en el fondo descansando,
 Muy distante del ruido de las armas,
 Aún del dulce reposo mis sentidos
 Los encantos pacíficos gozaban. 1325
 ¡O sueño el más funesto! ¡O noche horrenda!
 Lúgubres aparatos de la parca,
 Al despertar mis ojos perturbaron.
 Mis más caros domésticos se hallaban
 Asesinados ya. Por todos lados, 1330
 Mis pórticos la sangre ya inundaba;
 Y mis ojos abrí para ver solo
 Mis míseros sirvientes, que acababan
 De ser bárbaramente degollados,
 Tendidos sobre el mármol de su estancia. 1335
 Los sangrientos verdugos ya se acercan
 A mi lecho furiosos; ya se avanzan.
 Sus parricidas manos, atrevidos,
 Contra mi pecho y cuello ya levantan.
 Ya el momento llegara en que debía 1340

Mí suerte terminar; ya presentara
Mi cabeza al cuchillo; ya la muerte
Resignado por puntos esperaba;
Cuando, o fuese tal vez porque el respeto,
Que de antiguo a la sangre tributaran 1345
De mis regios abuelos, sus Señores,
A mi favor entonces aún hablara
De aquellos alevosos asesinos
Al brutal corazón, o que la rabia
Ingeniosa de Médicis, por dulce 1350
Para mí por demás consideraba
Una rápida muerte; o porque un puerto
En tanta tempestad se reservara,
Guardándome por rehenes la prudencia
De su sagaz furor, yo preservadas 1355
Para nuevos reveses vi mis horas;
Pues mi muerte cambiar Médicis manda,
Más que la muerte dura, en cadenas.
«Con suerte, a la verdad, menos amarga
Y de envidia más digna, aquella noche, 1360
Expirando Coliñi, al menos, nada
En ella más perdiera, que la vida.
Su libertad y gloria inmaculadas,
Le han seguido al sepulcro... Vos, Señora,
Vos, os estremecéis a tan ingrata 1365
Bárbara narración. Horrores tantos
Os sorprenden, sin duda, y os espantan.
Hasta aquí, sin embargo, solo oísteis
De ellos la menor parte. Se pensara,
Que del Luvre fatal desde las torres, 1370
La seña Catalina diera infausta²⁷
Aquella propia noche al Reino entero.
Todo imita a París. La muerte asalta,
Sin resistencia cubre a un tiempo mismo,
La vasta superficie de la Francia. 1375
Cuando un Rey quiere el crimen, ya lo impera
Y obedecido es harto. Su cruel saña,
Por cien mil asesinos fue servida;
Y las sangrientas enturbiadas aguas
De los ríos de Francia, al mar pasmado, 1380
Solamente cadáveres rastraban».

FIN DEL CANTO II

Canto III

Continúa el Héroe la historia de las guerras civiles de Francia. Funesta muerte de Carlos IX. Reinado de Enrique III. Su carácter. El del famoso Duque de Guisa, conocido por el apodo de Balafré. Batalla de Cutrás. Asesinato del duque de Guisa. Extremos a que se vio reducido Enrique III. Mayena Jefe de la Liga. De Omala su Héroe. Reconciliación de Enrique III con Enrique Rey de Navarra. Socorros prometidos por la Reina Isabel. Su respuesta a Enrique de Borbón.

«Cuando fúnebres días se cumplieran,
En que a tanta crueldad, del hado impío
Libre curso el decreto permitiera;
Y de asesinas turbas, fatigadas 1385
De incendios y homicidios, a la fiera,
Ya embotada cuchilla del degüello,
Más inocentes víctimas no restan;
El obcecado pueblo, cuyo brazo
Con bárbara impiedad armó la Reina, 1390
Abre por fin los ojos, y el fiel lienzo
Hace de sus delitos, que suceda
Fácilmente su lástima a sus iras.
De la Patria el clamor hiere su oído;
Y bien presto de horror el mismo Carlos 1395
Sobrecogido todo, se sublevan
Allá en su corazón remordimientos,
Que áspides lo devoran y envenenan.
Del Rey la educación, aunque infelice,
Aunque a él mismo y sus pueblos tan funesta, 1400
En sus primeros años de su genio
El nativo carácter corrompiera:
Nunca en él, sin embargo, sufocara
Aquella voz del cielo y la conciencia,
Que sobre el solio mismo logra oírse, 1405
Y a los Reyes espanta y atormenta.
Y si bien, torpes máximas y ejemplos
De su madre nutriéranle en la escuela,
Todavía en los crímenes y vicios
Su corazón no estaba, cual el de ella, 1410
Irreparablemente empedernido.
De sus mejores días la flor llegan
A marchitar tristezas y pesares,
Y mortal languidez su aliento abrevia.
El formidable Dios de las venganzas, 1415
Desplegando, por fin, la más severa,

A este Rey moribundo, de su enojo
 Con patentes y horribles marcas sella;
 Aterrar meditando, en su escarmiento,
 Cualquiera que en pos dél, osado fuera 1420
 Por sus huellas marchar. Vile expirando;
 Y su asombrosa imagen aún creyera
 Delante aquí tener de estos mis ojos,
 Que el recuerdo entenece de su pena.
 A gruesos borbotones, por los poros 1425
 De su cuerpo, la sangre de las venas
 Lanzándose copiosa, la francesa,
 Que con tanta impiedad el rigor fiero
 De sus atroces órdenes vertiera,
 Parecía querer dejar vengada. 1430
 Herido se sentía y se confiesa
 De una invisible mano; y aturdido
 De catástrofe el Pueblo tan horrenda,
 Lloro una juventud, gime una vida
 En su abril agostada; un Rey que viera 1435
 Por perversos al crimen arrastrado,
 Y que indicios, al fin, de penitencia,
 De un imperio más dulce, a lo adelante
 Tal cual feble esperanza prometieran.
 «Allá del Norte helado desde el fondo, 1440
 De su muerte al fragor, que allí resuena,
 Impaciente Valois, rápido parte,
 Precipitadamente al punto llega
 A apoderarse al suelo, en que aun bullía
 Del carnicero estrago sangre fresca, 1445
 De la sangrienta herencia de su hermano.
 «Por común elección, con la diadema
 De su Reino, aquel tiempo, la Polonia,
 Del dichoso Valois la sien ciñera;
 De Jagellon al trono le llamara, 1450
 De su primera edad marciales prendas,
 Que, sin duda, más célebre y temible
 De Enrique de Valois el nombre hicieran,
 Que los más fuertes Príncipes, los votos
 De cien vastas provincias le granjean, 1455
 Y al solio le proclaman con aplauso.
 ¡O lisonjera fama, y cuánto pesas
 Cuando sobradamente eres temprana!
 Tan peligrosa carga, no supiera
 Sobrellevar Valois. Jamás de Enrique 1460
 Su disculpa se espere. Norabuena
 Sacrifíqueme yo vida y reposo.
 Todo le inmolaré, mientras no sea
 La verdad, que amo más, y le prefiero.
 Mi corazón le llora y le reprueba 1465
 Al paso que le auxilio y soy su apoyo.

«Como sombra fugaz, pasada fuera
 De Enrique de Valois la primer gloria.
 Mudanza grande, sí; pero no nueva.
 Visto se ha más de un Rey, de nuestra vida 1470
 En la siempre voluble y leve rueda,
 De un vencedor pasar en la campaña,
 A un esclavo en la Corte. Sólo ¡o Reina!
 En el humano espíritu fundado
 Está el digno valor. No recibiera 1475
 Del Cielo, sino en parte, las virtudes
 El infeliz Valois. No se le niega
 La insigne de animoso; pero feble,
 Y más que Rey, soldado, en él firmeza
 Solo en días se ha visto de combates. 1480
 Adulando vilmente su indolencia,
 Vergonzosos y pérfidos privados,
 A su antojo gobiernan, doquier llevan
 De un corazón tan débil la inconstancia.
 De palacio en el fondo le reservan; 1485
 Y allí con él cerrados, y allí sordos
 Al clamor de los pueblos, que la pena
 De su opresión arranca, por su labio
 Su voluntad maléfica y funesta
 A su arbitrio dictaban. Del tesoro 1490
 De la Francia, y su pública opulencia,
 Los restos y despojos miserables,
 Pródigos dilapidan en torpezas;
 Y consumiendo al pueblo, que suspiros
 Al viento exhala en vano, se lamenta 1495
 De su lujo, y pagaba sus placeres.
 «Mientras que bajo el yugo, que impusieran
 Sus codiciosos dueños, así oprime
 Al Estado Valois, así exaspera
 Con enormes tributos, llega Guisa. 1500
 El inconstante pueblo, a su presencia,
 Los ojos vuelve al punto sobre un astro,
 Que espléndido y propicio se le muestra.
 De su padre la gloria, sus hazañas,
 Su bravura, sus gracias, su belleza, 1505
 Y de agradar, al fin, el don dichoso,
 Que más que la virtud, se enseñorea
 Del corazón del hombre, por encanto
 Los populares votos tras sí llevan.
 »Nadie mejor que Guisa el feliz arte 1510
 Supo de seducir. Nadie obtuviera
 Sobre toda pasión igual imperio.
 Ninguno con más maña ni destreza,
 Bajo exteriores supo más falaces,
 Abrigar de las miras más inmensas 1515
 La obscuridad más lóbrega y profunda.

De un índole imperiosa, altiva y fiera,
 Más popular, afable y dulce a un tiempo,
 Las graves vejaciones, las miserias
 De los pueblos en público declama. 1520
 El rigor de las cargas que le aquejan,
 Con horror maldecía. Todo pobre
 Venturoso a su hogar de verle llega.
 Sabía prevenir del vergonzante
 Ciudadano la tímida pobreza. 1525
 Su mano liberal, sus beneficios,
 En París anunciaban su asistencia.
 De los Grandes, que le eran más odiosos,
 Ganábase el amor como por fuerza;
 Terrible y sin regreso, desde el punto 1530
 En que alguno era herido de su ofensa:
 Harto astuto y prudente en sus ficciones;
 Audaz y temerario en sus empresas;
 Brillante en sus virtudes y en sus vicios;
 Conocedor del riesgo que desdeña; 1535
 Príncipe grande, en fin, feliz soldado,
 Mal ciudadano, empero, Guisa fuera.
 «Cuando ya su poder por algún tiempo
 Ensayado tenía, y cuando piensa
 Fija del ciego pueblo la inconstancia, 1540
 Ya no se oculta más; ya osado ostenta
 De su ambición rebelde el atentado;
 Y con resolución firme y abierta,
 El fundamento mismo, los cimientos
 Del trono de su Rey minar intenta. 1545
 En París, a este fin, forma la Liga,
 Que fatal y veloz, recorre e infesta
 De Francia el resto todo: monstruo horrendo,
 Que los Grandes y Pueblos alimentan,
 En tiranos fecundo, y que en carnaje 1550
 De humanales cadáveres se ceba.
 «Desde entonces, la Francia desgarrada,
 Con dolor en su seno a mirar llega
 Dos Monarcas; el uno, que de serlo
 Insignias solo frívolas conserva; 1555
 Y el otro, que el terror y la esperanza
 Por doquier inspirando, tiene apenas
 Necesidad del título, que solo
 Llevaba aquél de Rey en apariencia.
 Aunque sobrado tarde, finalmente, 1560
 Conmuévase Valois. Valois despierta
 Del seno de embriaguez en que yacía.
 El inminente riesgo, que le cerca
 El soberbio aparato y estampido,
 Sus recargados ojos entreabrieran; 1565
 Más de una nueva luz, que le importuna,

Deslumbrada su vista, aún en la fuerza
 De la extrema borrasca, no divisa
 El rayo, que amagaba a su cabeza,
 Que sobre ella tronaba; y de un momento, 1570
 Cansada de vigilia su indolencia,
 Nuevamente arrojándose en los brazos
 Del perezoso sueño, de halagüeñas
 Delicias y privados entre arrullos,
 Con mayor languidez todo se enerva, 1575
 Y al borde espantador del precipicio,
 Adormida de nuevo su alma queda.
 «En tan mísero estado, en tal conflicto,
 Aún de Enrique el amor y fe le restan.
 Pronto ya a perecer, yo soy tan solo 1580
 El único socorro con que cuenta.
 Sucesor de Valois, era de Francia
 El trono, a falta de él, mi augusta herencia:
 Mi afecto y mi interés súbito armaron
 Mi brazo, sin dudar, en su defensa. 1585
 Un necesario apoyo, que le libre,
 Apresúrome a dar, a su flaqueza,
 Y con paso veloz a vencer corro,
 O con él a morir en la palestra.
 «Pero, para dañar por demás hábil, 1590
 Allá en secreto, Guisa, astuto inventa
 Al uno por el otro derribarnos.
 El seduce ¡que digo! a Valois fuerza
 Del único socorro a enajenarse,
 De salvarle capaz. Al fin, maneja 1595
 De Religión pretextos ordinarios,
 Políticos pretextos, con que piensa
 Tender del vil misterio sobre horrores
 El más honroso velo. Al pueblo inquieta,
 La hoguera de sus iras encendiendo 1600
 Aún no bien apagada. Le recuerda
 De sus padres el culto, los ultrajes,
 Que de las nuevas sectas extranjeras,
 De sufrir acababan templos y aras,
 Que de antiguo adoró la grey francesa: 1605
 Y a mí me pinta, en fin, como a un profano
 Enemigo de Dios y de su Iglesia.
 Sus errores, les dice, a cualquier parte
 Que su planta dirige, tras sí lleva.
 Ejemplos de Isabel sigue arriesgados. 1610
 Templos mil a su culto alzar proyecta,
 De ruinas y escombros sobre montes,
 Que maquina abatir de iglesias vuestras;
 Y esas predicaciones criminales,
 Presto en París veréis como resuenan. 1615
 De su hipócrita celo a estas palabras,

El Pueblo se enfurece, el Pueblo tiembla
 Por su altar en peligro, y al palacio
 Del Rey corre alarmado. Miedo afecta
 La fanática Liga, que insolente, 1620
 En voz alta de Roma a nombre llega
 Intimando a su Rey, que ya por Roma
 Toda reunión conmigo se le veda.
 Feble el Rey por demás ¡ah! de la Liga
 A tan audaz insulto se doblega; 1625
 Sin réplica obedece, y cuando vuelo
 A vengar sus injurias, tristes nuevas
 A conocer me dan que ya mi hermano
 A la Liga sumiso, se aviniera
 Para perderme a mí con su enemigo. 1630
 A su pesar sus tropas de la tierra
 Ya los campos cubrían, y de miedo
 Declárame una guerra injusta y necia.
 «Con lágrimas sinceras lamentando
 De su mísero acuerdo consecuencias, 1635
 Sin nada contemplar, corro a batirle
 En lugar de vengarle. Ya en diversas
 Ciudades de la Francia, y por cien lados,
 De la Liga el alarma produjera
 Contra mí gruesas haces; y ministro 1640
 Precipite Joyeuse de flaquezas
 Indignas de su Rey, rápidamente
 Sobre mí con ardor caer intenta.
 Guisa, por otra parte, nada menos
 Prudente que esforzado, me dispersa, 1645
 Cortándoles el paso, mis amigos.
 Numerosos en Francia, por doquiera,
 Enemigos y ejércitos me oprimen;
 Más, sin embargo, yo, todas sus fuerzas
 A un tiempo desafiando, me apresuro 1650
 A tentar decidido de la guerra,
 Propicia a los audaces la fortuna.
 «Yo allá en Coutrás busqué, y hallar quisiera
 Al soberbio Joyeuse. Ya sabríais²⁸
 La rota, que en Coutrás sufrió completa. 1655
 De aquel Caudillo intrépido la muerte,
 Sin duda no ignoráis. No debo, Reina,
 Con vanas relaciones molestaros».
 «Yo no os admito, Enrique, esas modestas
 Delicadas excusas, le replica; 1660
 ¿Queréis, dice Isabel, negar con ellas
 A mi curioso anhelo, narraciones,
 Que igualmente me ilustran, que interesan?
 No; de Coutrás el día, aquel gran día
 En olvido no echéis, y de las penas, 1665
 De los trabajos vuestros, y virtudes,

De Joyeuse y su muerte dadme cuenta.
 Vos, ¡insigne Guerrero! el autor solo
 De hazañas de tal brillo, y tal grandeza
 Contarlas podrá bien, y quizá digna 1670
 De escucharlas soy dél». Dijo: a tan bella
 Lisonjera demanda, sintió el Héroe,
 Que de un noble sonrojo era cubierta
 De su frente la tez, y a pesar suyo
 A hablar ya de sus glorias y proezas 1675
 De la Reina obligado, el hilo sigue
 De la historia fatal de esta manera.
 «De cuantos caballeros en la corte
 Del infatuado Rey ídolos eran,
 Entre cuantos adulan su molicie, 1680
 Y le imponen la ley con insolencia,
 Por su estirpe, Joyeuse, en Francia ilustre,
 De favor y privanza tan suprema
 Era el menos indigno. Le adornaban
 Virtudes diferentes, y si adversa, 1685
 No cortase la parca en aquel día
 De sus más florecientes la carrera,
 Con un alma, sin duda, ya formada
 A grandiosas e intrépidas empresas,
 A su tiempo, Señora, del de Guisa 1690
 Igualado la gloria y nombre hubiera;
 Más en medio criado de una corte,
 Entre la femenil delicadeza,
 En el seno ablandado de placeres,
 Y en brazos del amor, solo conserva 1695
 Excesos que oponerme de bravura,
 Peligrosa ventaja, que acelera
 Tal vez de un joven héroe la desgracia.
 A su suerte adherida, gran caterva
 De nobles cortesanos, que de abismos 1700
 Salían de deleites y flaquezas,
 Galante se avanzaba hacia la muerte.
 Por prendas en sus trajes de terneza,
 Con amorosas cifras, de sus Damas
 Señalados los dulces nombres llevan. 1705
 Relumbraban sus armas entre rayos
 De diamantes, que adorno inútil eran
 De brazos, que enervara un muelle lujo.
 Fogosos y desnudos de experiencia,
 En tumulto conducen al combate 1710
 Su fiereza imprudente y altanera.
 Con su pompa orgullosos, y pagados
 De un numeroso campo, sin más regla,
 Sin más orden, avanzan y se arrojan
 Con impetuoso paso a la pelea. 1715
 «De distinto esplendor hiere sus ojos

De mi ejército el campo. Sus hileras,
 En silencio extendidas a su vista,
 Solo por todos lados les presentan
 Ásperos combatientes, al trabajo 1720
 Endurecidos ya, que envejecieran
 En las marciales lides, a la sangre
 Avezados de lejos, y de feas
 Cicatrices y heridas matizados;
 De hacer gala se corren, se desdeñan 1725
 De otro adorno, que espadas y mosquetes.
 Yo, como ellos vestido, sin riqueza,
 Yo sin pompa, y de un hierro igual armado,
 Polvoroso conduzco a la refriega
 Mi sufridor soldado, y de mil muertes 1730
 La tempestad horrísona y sangrienta
 Arrostrando como él, dél me distingo
 Sólo en marchar al frente. Yo desechas,
 Yo tan brillantes huestes vi rendidas;
 Expirando las vi; vilas por tierra 1735
 Bajo el golpe mortal de nuestro acero.
 En horrible desorden vi dispersas
 Sus reliquias en fin, y a pesar mío,
 En sus senos clavé daga, que fuera
 Mejor haber manchado en sangre hispana. 1740
 «Confesaros aquí forzoso es, Reina,
 Que entre los cortesanos que ha abatido
 De su edad en la flor la segur nuestra,
 Ninguno herido fue sino de golpes
 De militar honor, gloria y braveza. 1745
 Todos allí impertérritos y firmes,
 De heroica constancia dieron pruebas.
 Todos allí en su puesto imperturbables,
 Con magnánimo pecho y faz serena
 Hacia ellos la muerte correr vieron 1750
 Sin que ni un solo paso hacia tras dieran,
 Ni sus ojos alguno hacia otro lado
 En el mayor peligro revolviere.
 Este el carácter es ¡Princesa ilustre!
 Esta la nacional fiera nobleza 1755
 Del Francés cortesano. No afemina
 Su ordinario valor la paz. Él vuela
 Del sombrío reposo a los combates;
 Y el vil adulator en París, llega
 En los campos de Marte a ser un héroe. 1760
 «Entre el confuso horror, con que era envuelta,
 La encarnizada lid, en balde mando
 Cuartel dar a Joyeuse. Me lo llevan
 Bien pronto los soldados, ya cubierto
 De la lúgubre sombra y macilenta 1765
 Palidez de la muerte; cual se mira

Tierna flor, que nacer alegre viera
 La mañana, de llantos de la aurora
 Y de besos del céfiro; que bella
 Brilla y luce un momento a nuestra vista, 1770
 Y cae antes de tiempo a la violencia
 De los vientos, o al corte de un acero.
 «¿Más, a qué recordar tristes escenas
 De triunfo tal? ¡Que yo de la memoria
 De este horrible suceso, antes no pueda 1775
 Borrar los sanguinarios monumentos!
 Hasta ahora mi brazo de francesa,
 De patria sangre sólo se ha teñido.
 Nada tiene de grata y lisonjera
 Mi grandeza a tal precio. De mi duelo, 1780
 Mi sangriento laurel lágrimas riegan.
 Este infeliz combate, el triste abismo
 De que en vano Valois salir intenta,
 No hizo más que excavar. Más despreciado
 En sus reveses fue. Menos le presta 1785
 Su sumisión París. La fiera Liga
 Su orgullo más exalta y su protervia,
 Y su amargo dolor más agravando
 Del de Guisa la gloria, sus afrentas
 No menos redobló, que sus desgracias. 1790
 Con más dichosa mano, Guisa venga
 De Vimori en los campos, sobre huestes
 Que el Germano en mi pro marchar hiciera,
 De Joyeuse la muerte, que las mías,
 Si bien a mi pesar, en Coutrás dieran. 1795
 Abismando en Onó mis auxiliares,
 De laureles cubierto, se presenta
 En París vencedor, y allí aparece
 Cual un Dios tutelar. Valois observa
 De su enemigo audaz los altos triunfos, 1800
 Y éste insultando siempre con fiereza
 Al Príncipe abatido, más vencerle
 Que servirle en tal lance osado muestra.
 «Siempre, al fin, la vergüenza irrita y punza
 Al pundonor más feble. De la mengua 1805
 El apático Rey por fin se siente,
 Y refrenando al cabo la insolencia
 De un vasallo felón, en París quiere
 Su autoridad probar; más ya, ya no era
 El oportuno tiempo. En sus vasallos 1810
 Ya su temor y afecto se extinguieran.
 Su audaz Pueblo, al motín siempre propenso,
 Desde el punto en que el Rey reinar decreta,
 Tiénele por tirano. Se hacen juntas,
 Se conspira, y veloz la alarma vuela. 1815
 Todo habitante entonces fue soldado;

París todo fue ya campo de guerra.
 Mil vallas, de un momento raro aborto,
 Amenazan del Rey, las guardias cercan²⁹.
 «Tranquilo entonces Guisa, fiero, ufano, 1820
 En medio la borrasca, o bien refrena,
 O del Pueblo las furias precipita.
 Él, de la sedición es quien gobierna
 Los secretos resortes, y a su antojo
 Mueve la enorme masa. Se endereza 1825
 Con furor a palacio el Pueblo todo.
 A un acento de Guisa no existiera
 La vida de Valois; y de sus ojos
 Cuando una imperceptible leve seña
 A abismarlo en la nada bastaría, 1830
 Se satisface solo, se contenta
 Con hacerlo temblar, y deteniendo
 De los amotinados la carrera,
 Él mismo, para huir, a Valois libre,
 De lástima, el poder y paso deja. 1835
 Cualquiera que el plan fuese del de Guisa,
 Para vasallo, al fin, sobrado atenta,
 Más poco por demás para tirano.
 Cualquiera audaz mortal, que por fin llega
 A forzar al temor a su Monarca, 1840
 Todo temerlo debe, si se queda,
 Y hasta violarlo todo no se arroja.
 Sostenido ya Guisa con firmeza
 En sus grandes designios, desde entonces,
 De ofender y mostrarse solo a medias 1845
 Que ya el tiempo pasara, reflexiona,
 Y con sagaz audacia de ver echa,
 Que remontado, en fin, a altura tanta,
 Más sobre un precipicio, ya era fuerza,
 O subir presto al solio, o al cadalso. 1850
 Despótico ya dueño de la ciega
 Revolución de un Pueblo; de esperanza
 Y de temeridad el alma llena;
 De Roma en sus empresas apoyado;
 En ellas socorrido de la Iberia; 1855
 Ídolo el más querido de la Francia,
 Y ayudado, además, de la influencia
 Que sus hermanos logran sobre el Pueblo,
 Aquel vasallo altivo presumiera
 Haber antiguos tiempos renovado, 1860
 En que de la primer estirpe regia
 Indignos y cobardes descendientes,
 Cuasi al nacer caídos de la esfera
 Del supremo poder, bajo lo odioso
 De una capilla hundían sus diademas, 1865
 Y por violentos votos entre sombras

Lamentando de un claustro su flaqueza,
 En las tiranas manos de opresores,
 Del Gobierno las riendas depusieran.

Sin embargo, Valois, que la venganza 1870
 De Guisa allá en su pecho difiriera,
 Estados de la Francia generales
 Convoca para Blois, y allí celebra.
 De esta asamblea, Reina, la noticia

Bien puede ser que ya nueva no os sea. 1875
 De mejora y reformas harto urgentes,
 Varias leyes allí se propusieran,
 Que sin ejecución al fin quedaron,
 Y la pomposa estéril elocuencia

De diputados mil, detalle inútil 1880
 De los abusos nuestros hizo en ella;
 Pues de asambleas tantas y consejos
 El frecuente suceso que se observa,
 Es el de revistar los males todos,

Pero sin reformar ni uno siquiera. 1885
 «En augusta sesión de estos estados,
 Del altanero Guisa la soberbia,
 Con desdén de su Príncipe abatido,
 La regia majestad a insultar llega.

Asiento va a tomar cerca del trono, 1890
 Y bien asegurado de su empresa,
 En cada diputado ve un vasallo.
 Ya sus indignas tropas, con vileza
 Del tirano vendidas a intereses,

De un imperio absoluto se aceleran 1895
 A poner en su mano el duro cetro;
 Cuando de su temor y su indulgencia
 Hacia el soberbio Guisa fatigado,
 Medita ya, por último, y se arresta

Valois a reinar libre, y dél vengarse. 1900
 Su rival cada día más se esmera
 En mover y exaltar su justo enojo,
 E insolente enemigo, le desdeña,
 Sin que ni aún sospeche su arrogancia

En el Príncipe airado, la firmeza, 1905
 Que a un vil asesinato era bastante.
 Ciégale su destino. Se le acerca
 Su hora al deslumbrado, y con indigna,
 Con villana perfidia, de sorpresa,

A sus ojos el Rey manda inmolarle. 1910
 Su cuerpo allí traspasan y laceran
 De acerados puñales mil heridas;
 Más su orgullo al morir no se abatiera.
 La frente, que aún Valois temía acaso,

Toda pálida ya, toda sangrienta, 1915
 Su dueño al parecer aún amenaza.

Esta fue la final trágica escena
 De aquel vasallo infiel, omnipotente,
 Que un cúmulo brillante en sí reuniera
 De virtudes y vicios. El Rey débil, 1920
 A quien la autoridad robó suprema,
 Cobarde en demasía le ha sufrido,
 Y no menos cobarde dél se venga.
 «Corre presto en París el caso horrible,
 Y el asombrado Pueblo el aire atruena 1925
 De horrísonos clamores. Los ancianos
 De pesar abatidos, y las hembras
 Lágrimas arrojando, cual perdidas,
 A abrazar, por do quiera, corren, vuelan
 Del desgraciado Guisa las estatuas. 1930
 Y de ilusiones lleno París piensa,
 Que en situación tan crítica, tenía
 Que vengar a su padre, y de su Iglesia
 La causa sostener. Mayenne, entonces,
 Digno hermano de Guisa, se acelera, 1935
 Del Pueblo airado en medio, a transportarle
 A la feroz venganza de su ofensa,
 Y más por su interés que por su duelo,
 De aquel enorme incendio con violencia
 Rápido discurriendo por cien lados, 1940
 Soplaba la voraz horrible hoguera.
 Mayenne, largo tiempo ya de Marte³⁰
 En alarmas nutrido, por sus sendas
 Bajo el soberbio Guisa audaz trepara.
 Que en su gloria, por tanto, y sus empresas 1945
 Le suceda resuelven. De la Liga
 Pasa el cetro a sus manos. Tal grandeza,
 Dulce a su corazón e ilimitada,
 Fácilmente la pérdida consuela
 De un hermano inolado. A pesar suyo, 1950
 A Guisa por su jefe obedeciera,
 Y aunque en triste ocasión de tanto luto,
 Ya vengarle le agrada y lisonjea
 Mucho más que servir bajo su mando.
 Heroico valor el jefe alienta. 1955
 Se lo confieso, sí. Feliz y sabia
 Su conducta política, a ver llega
 Bajo su sola ley servir unida
 Esa turba de espíritus inmensa,
 De su dueño enemiga, y de tiranos 1960
 A un tiempo torpemente esclava ciega.
 Él, con sagacidad distinguir sabe
 Los variados talentos que en sí encierra,
 Y con crítico tino de ellos todos
 En oportunos casos se aprovecha. 1965
 De los mismos reveses, sus ventajas

Sacar a veces logra su destreza.
 Con aura más brillante y seductora,
 De admiración la Francia dejó llena;
 Los ojos fascinara el otro Guisa, 1970
 Que más grande y más héroe en verdad fuera;
 Pero no que su hermano, más temible.
 Tal, señora, es Mayenne, y tal su fuerza.
 Cuanto de lisonjeras esperanzas
 Funda esa altiva Liga en su prudencia, 1975
 Otro tanto de orgullo y de bravura
 De todos en los ánimos subleva,
 De ese joven Aumale el presuntuoso³¹
 Soberbio corazón. Es su fiereza
 El broquel del partido, que hasta el día 1980
 De invencible el renombre le conserva.
 Mayenne, que a las lides le conduce,
 De la Liga es el alma que proyecta;
 Aumale, empero, el brazo, que ejecuta.
 «Ese opresor político del Belga, 1985
 Ese vecino, en tanto, peligroso,
 Católico tirano y Rey, que encierra
 Su principal apoyo en su artificio;
 Ese enemigo vuestro, gran Princesa,
 Y aún más mío, Felipe, voluntario³² 1990
 De Mayenne abrazando las querellas,
 De los rivales nuestros torpemente
 La causa criminal insta y fomenta,
 Y Roma, que apagar de males tantos
 Debía el voraz fuego, Roma misma 1995
 La tea atiza más de la discordia.
 El que de los cristianos nombre lleva
 Todavía de padre, entre las manos
 De sus hijos libró daga sangrienta.
 Del un término al otro de la Europa, 2000
 Registraron mis ojos con sorpresa,
 Que a un tiempo las desgracias todas juntas
 De tropel a París sobrevinieran.
 Rey, por fin, sin vasallos, perseguido,
 Sin tener quien le asista ni defienda, 2005
 Vese Valois por último forzado
 A implorar el socorro de mis fuerzas.
 Creyome generoso, y no se engaña.
 Del estado desastres solo aquejan
 Mi corazón, Señora, y de su trono 2010
 Los peligros mi cólera sosiegan.
 Ya no he visto en Valois más que un hermano:
 Mi deber lo ordenaba. Se sujetan
 A su ley mis enojos, y Rey, vuelo
 A vengar de otro Rey cetro y diadema. 2015
 Sin guardias, pues, sin rehenes, sin tratados,

A hablar llevo a Valois. La suerte vuestra,
 Está, señor, le digo, en vuestro aliento.
 Que a vencer o morir vengáis es fuerza,
 Del rebelde París en las murallas. 2020
 Súbito de Valois el alma eleva,
 Sus espíritus hinche un noble orgullo.
 Yo no me lisonjeo de que hubiera
 Capaz sido mi ejemplo, de inspirarle
 De un guerrero valor llama tan bella. 2025
 Las desgracias, sin duda, a fuertes golpes
 Su dormida virtud, al fin, despiertan.
 El reposo lamenta que a tal punto
 Abatídole había. A Valois era
 Tan penoso infortunio necesario. 2030
 La suerte muchas veces más adversa,
 Es a los soberanos muy precisa».

Tal ha sido de Enrique a aquella Reina.
 La simple narración, mientras promueve
 Del Britano el socorro. Ya altaneras 2035
 Voces de la victoria, de las torres
 Del rebelado muro al Héroe apremian
 Porque a su campo torne. Tras sus pasos
 Mil jóvenes isleños, con presteza,
 De los mares el seno a hendir se alistan, 2040
 Y los combates de la Francia anhelan.
 A su frente al de Essex llevan ufanos;
 Al de Essex, cuyo espíritu y braveza³³,
 De los fieros y altivos castellanos
 Confundir supo un día la prudencia: 2045
 Al de Essex, que orgulloso mal podría
 Creer que un hado indigno se atreviera
 A marchitar laureles que su mano
 Ya consagrado había a su cabeza.

Enrique activo jefe, cuyo impulso 2050
 Nada parar podía, a Essex no espera.
 De lidiar y vencer todo impaciente,
 Por regresar a Francia se desvela.
 «Id, Héroe digno, andad, la Reina dice.
 Bien presto, a la voz mía, vuestras huellas 2055
 Siguiendo mis guerreros, esos mares
 Atravesando irán; más no los lleva
 El servir a Valois; a vos os siguen.
 Mi amistad solamente los dispensa
 A vuestras generosas inquietudes. 2060
 Vos les veréis correr a las peleas,
 Por socorremos menos que imitaros.
 Hechos, a vuestro ejemplo, de la guerra
 Al gran arte, y sus riesgos y fatigas,
 Ya bajo vuestra sombra, en vuestra escuela 2065
 A servir se instruirán gloriosamente

Y con mayor ventaja a la Inglaterra.
 Quiera el cielo que a golpes de este brazo
 Prontamente la Liga a expirar venga.

Al caudillo Mayenne, de la España 2070
 Ese ambicioso Rey, astuto obsequia,
 Vuestra enemiga es Roma. Nuevos triunfos,
 Id a ganar, Enrique, de la Iberia;
 Más pensad que, a un gran hombre, vanos rayos
 Temer de Roma ya gran mengua fuera. 2075
 Vengada por vos quede de los Pueblos
 La libertad violada. La fiereza
 De Felipe abatid, y de ese Sixto.
 «Felipe, de su padre en la violencia
 Tirano sucesor, menos que él grande, 2080
 Menos bravo también; pero en empresas
 Y en política igual; de sus vecinos
 La división tramando, falso intenta
 Sus cadenas echarles, y del fondo
 De su alcázar el orbe domar piensa. 2085
 Desde el polvo hasta el solio alzado Sixto³⁴,
 Con un poder menor, un alma encierra
 Todavía más fiera. De Montalto
 Pastor humilde un tiempo, regias testas,
 Príncipes formidables rivaliza. 2090
 Dar la ley en París osado piensa,
 No de distinto tono que allá en Roma,
 Y de un triple magnífico diadema
 Bajo el pomposo fausto y sacro brillo,
 Avasallar todo osado intenta, 2095
 Y hasta al mismo Felipe. Ese violento,
 Pero en engaños hábil y en cautelas,
 Enemigo celoso de los fuertes,
 Y opresor de los débiles se ostenta.
 Cábalas y manejos, aquí en Londres, 2100
 Y aun en mi misma corte mil urdiera;
 Y el mundo, a quien engaña, se halla lleno
 De la intriga y la trama en que lo enreda.
 «De vuestros enemigos, Gran Enrique,
 Tal es la condición y alta ralea, 2105
 Que mirar es en vos un deber digno
 Con el desdén que yo. Ambos quisieran
 Alzarse contra mí; más uno, en balde
 Con borrascas luchando y la Inglaterra,
 Hizo ver al Océano en su fuga 2110
 Sus míseros naufragios. Las riberas³⁵
 De esos mares aún cubren los despojos,
 Teñidas aún se ven con sangre fresca
 De sus famosas huestes. Allá en Roma
 Mudo, el otro, me teme y me respeta. 2115
 «Vuestros nobles destinos, a sus ojos

Seguid Enrique, pues, con entereza.
 Sabed, que si una vez el marcial brío
 De ese Mayenne audaz domado queda,
 Presto a Roma en pos dél veréis sumisa. 2120
 El favor o rencor de esta soberbia
 En los campos podéis reglar vos solo.
 Inflexible al vencido, y placentera
 Con todo vencedor; siempre a absolveros
 Como a anatemizaros tan dispuesta; 2125
 Encender o apagar, en vuestra mano
 Tenéis, de sus diplomas las centellas».

FIN DEL CANTO III

▽△

Canto IV

De Aumale se hallaba a punto de apoderarse del campo de Enrique III, cuando volviendo el Héroe de Inglaterra, bate a los Ligados, y hace cambiar la fortuna. La Discordia consuela a Mayenne, y vuela a Roma en busca de socorros. Descripción de Roma, donde reinaba al tiempo Sixto V. La Discordia encuentra allí la Política. Vuelve con ella a París. Subleva la Sorbona. Anima a losDez-y-seis, y arma a los frailes. Entréganse al brazo del verdugo magistrados del partido del Rey. Turbaciones y confusión horribles en París.

Mientras Felipe y Sixto, con descanso,
 Sus secretos discursos prolongaban;
 Mientras que allá, entre sí, de los estados 2130
 Intereses midiendo tan grandiosos,
 De hacer la guerra al mundo, de turbarlo,
 De vencerlo, y al fin, su ley dictarle
 Toda la hondable ciencia apuran ambos;
 De la funesta Liga los pendones, 2135
 A discreción del viento desplegados,
 Sobre sus tristes márgenes sangrientas,
 Mirando estaba el Sena con espanto.
 Lejos Valois de Enrique, de inquietudes
 Sobrecogido todo y agitado, 2140

Con flaca indecisión, de los combates
 Sobradamente teme inciertos hados.
 A sus fluctantes votos y designios,
 Era siempre un apoyo necesario. 2145
 Esperaba a Borbón, de la victoria
 Sobre él únicamente asegurado.
 La inacción, entre tanto, y la tardanza,
 Atrevimiento dan a los Ligados.
 De París salir osan sus legiones;
 Y del soberbio Aumale bajo el mando, 2150
 El feroz de San-Pól, Namur y Chatre³⁶,
 Brisác y Canillác, del bando alzado
 Delincuentes e intrépidos apoyos,
 Al sitiador ejército cargando,
 Con frecuentes y rápidos progresos, 2155
 De Valois el espíritu asombraron;
 Y al arrepentimiento en demasía
 Propenso el débil Rey, de haber enviado
 De sí lejos al Héroe, le pesaba.
 Entre estos combatientes, declarados 2160
 Émulos de su Rey, ya largo tiempo,
 De Joyeuse un ligero y feble hermano³⁷
 Osara parecer. Carácter débil,
 A quien viera París pasar voltario
 Desde el siglo, de un claustro al fondo obscuro, 2165
 Y del claustro a la corte. Relajado,
 Y luego penitente. Anacoreta,
 Y no menos de pronto cortesano,
 Toma, deja, y recobra en un instante
 El cilicio y coraza. Del santuario, 2170
 Que sus devotas lágrimas inundan,
 A animar va las furias de su bando,
 Y en el seno a clavar de nuestra Francia
 Colmada de aflicción, la misma mano,
 Que consagrado había al Ser Eterno. 2175
 Más de tanto adalid, el más bizarro,
 Aquel, cuyo valor en las legiones
 Infundía del Rey más miedo y pasmo;
 Aquel, que un corazón más fiero tiene,
 Y más fuerte también y fatal brazo, 2180
 Vos sois ¡Príncipe joven impetuoso!
 ¡Vos, De Aumale, nacido y animado
 De la Lorena sangre, en héroes fértil!
 ¡Vos, el émulo siempre y el contrario
 De los Reyes, las leyes y el reposo! 2185
 De jóvenes guerreros alentados
 La flor, en todo tiempo le acompaña;
 Y sin cesar, con ella, sobre el campo
 Lanzábase enemigo; ya en silencio,
 Ya con enorme ruido, ya a lo claro 2190

De los cielos abiertos, ya a la sombra
 De la cerrada noche; y atacando
 Al sitiador, do quiera sorprendido,
 De su sangre infeliz deja inundado
 Su mano atroz el suelo. Así en la frente 2195
 Del Caúcaso, o la cima allá del Athos,
 Do los ojos divisan a lo lejos
 Del cielo, mar y tierra los espacios,
 Las águilas y buitres, suelta el ala,
 Con un rápido vuelo, atravesando, 2200
 En un momento hendiendo densas nubes,
 De la atmósfera inmensa por los campos,
 Las peregrinas aves arrebatan;
 En los amenos bosques y los prados
 Las reses despedazan y aprisionan; 2205
 Y de sangrientas rocas, do bajaron,
 A las entrañas fétidas volviendo,
 En sus garras opresos y gritando,
 Aún vivientes transportan sus despojos. 2210
 Lleno ya de esperanzas, y embriagado
 De gloriosos sucesos, a las tiendas
 Penetraba del Rey; y redoblando
 Las sorpresas y alarmas con la noche,
 Toda cedía ya, todo de espanto
 Replegaba temblando ante sus armas; 2215
 Cual de una tempestad torrente inflado,
 De desbordarse a punto, con un choque
 Feroz y tenebroso, ya a inundarlo
 Iba todo de un golpe el fiero Aumale;
 Y del alba el lucero, ya rayando 2220
 De la noche rasgaba el negro velo;
 Cuando el grave Morné, que breve espacio
 De Borbón el regreso precediera,
 Y que de cerca estaba ya mirando
 Del soberbio París las altas torres, 2225
 De un confuso rumor, de horror mezclado,
 Sorprendida su oreja, mira, y nota
 En extremo desorden los soldados
 De Valois, y aun con ellos los de Enrique.
 «¡Que veo justos Cielos! ¿Así, bravos, 2230
 Así nos aguardáis? Ya Enrique viene,
 Ya llega a defenderos, y entregados
 A la fuga os encuentro ¡Camaradas!
 A la fuga!...». A este acento de su labio,
 No de distinto modo, que allá un tiempo, 2235
 Del Capitolio al pié, cuando apretado
 De Roma el fundador por los Sabinos,
 La fuga refrenó de sus Romanos
 De Júpiter en nombre; así al de Enrique,
 De vergüenza rehácense inflamados 2240

Sus dispersos franceses, y al combate
 Revolviendo de nuevo, exclaman alto:
 Que venga el Héroe: llegue; que a su vista,
 Nada nos desalienta, que a su mando
 Nuestra será sin duda la victoria. 2245
 Súbito se aparece a todo el campo
 Tan refulgente Enrique, como en medio
 Del temporal más negro suele el rayo.
 A las primeras filas corre, avanza;
 A su frente combate denodado; 2250
 Siguen todos su ejemplo, y los destinos
 De repente por él vense trocados.
 Contra el campo su mano muertes lanza,
 Rayos sobre él sus ojos fulminando.
 Siguiéndole sus jefes en contorno, 2255
 Con ánimo se empeñan esforzado;
 Retorna la victoria, y a su aspecto,
 Desaparecen ya los coligados;
 Al modo, que del día, que amanece,
 Los rayos, que se avanzan, de los astros 2260
 De la noche disipan los fulgores.
 Sobre aquellas riberas, ha logrado,
 Sus huestes, que asombradas van huyendo,
 Detener el de Aumale; pero en vano.
 Su grito animador algún momento 2265
 A la lid las ordena, más sus pasos
 La voz del gran Enrique precipita.
 Su amenazante frente, con espanto
 Las trastorna y deslumbra; y si su jefe
 Aplegarlas consigue, un pronto pasmo 2270
 Las aturde y dispersa, y en su fuga
 Revuelto el mismo Aumale va arrastrando;
 Al modo, que de un monte allá en la cumbre,
 De cristalina escarcha coronado,
 En medio de mil nieves derretidas, 2275
 Y de témpanos mil, un gran peñasco,
 Que a las nubes altivo amenazaba,
 Cayendo va rodando y tropezando.
 Pero ¿qué digo? Aumale aún se detiene:
 Aumale aún hace cara, y muestra osado, 2280
 Y aún a su sitiador la frente muestra,
 Que dél temida fuera tiempo largo.
 Despréndese fogoso de los suyos,
 Que tras sí le arrastraban, y afrentado
 De vivir todavía, entre el degüello 2285
 Aún la muerte otra vez vuelve buscando,
 Y al vencedor un rato admira y para:
 Más de un tropel confuso de mil bravos
 Comprimido al momento, la audaz furia
 De su imprudente arrojo y despechado 2290

A refrenar la Parca a vengar iba;
 Cuando en riesgo de vida tan cercano
 La Discordia le ve, y al verle, tiembla.
 Por bárbara que fuese, sabe cuanto
 Sus días necesita. Presurosa 2295
 Se remonta en el aire; y a su amparo
 Arrójase veloz. Llega, y opone
 Al tropel, de que a Aumale ve cercado,
 De hierro el broquel vasto e impenetrable,
 Que acompaña al horror, que impera infracto 2300
 Sobre la misma muerte, y cuya vista
 El terror y la rabia va inspirando.
 ¡O hija inexorable del infierno!
 Éste ¡o Discordia! ha sido el primer caso,
 En que de dar socorro capaz fuiste. 2305
 Un héroe salvas, pérfida, y sus hados
 Con la mano prolongas formidable
 De la muerte ministra, con tu mano
 Tan bárbara y en crímenes experta,
 Que hasta esta vez, jamás perdón ha dado 2310
 A sus víctimas propias. Ella arrastra
 De París a las puertas, en un baño
 De su sangre al de Aumale, y de unos golpes
 Que no sintió cubierto. Ella reparos
 A sus males aplica saludables: 2315
 Ella su sangre estanca, prodigado
 Por complacerla solo; pero mientras,
 Que a su cuerpo vigor va recobrando,
 Su espíritu, con pócimas mortales
 Deja míseramente envenenado; 2320
 No de distinto modo que pudiera
 La alevosa indulgencia de un tirano,
 Que cruel en su lástima, de un triste
 Tal vez suspender quiere el mortal fallo,
 Porque en útiles crímenes secretos 2325
 Aprovecharse pueda de su brazo,
 Y aquellos consumados, al suplicio
 Tórnale a abandonar pérfido e ingrato.
 Supo Enrique, entretanto, aprovecharse
 De la insigne ventaja, con que al hado 2330
 De los combates plugo, en aquel día,
 Su valor coronar y sus cuidados.
 Conocía Borbón, y precio daba
 Del tiempo a los instantes en los campos.
 Al absorto enemigo, de sorpresa, 2335
 Busca, ataca y acosa sin descanso.
 A campales batallas, que ganara,
 Que sucedan ordena los asaltos,
 Y hace trazar su pérdida en contorno
 De sus muros, trincheras avanzando. 2340

De Valois el espíritu, a este tiempo,
 Del de su hermano Enrique confortado
 Lleno ya de esperanzas en su auxilio,
 El ejemplo presenta a sus soldados,
 Que de aquél recibía. Los ataques, 2345
 Las alarmas sereno despreciando,
 No descuida del campo las acciones,
 Y del sitio sostiene los trabajos.
 El afán sus placeres, y el peligro
 Tiene también a veces sus encantos. 2350
 Todos los jefes se unen, y sucede
 Según sus votos todo. En breve espacio,
 El terror, que marchaba a su vanguardia,
 Las consternadas huestes disipando,
 Del trémulo sitiado ya a los ojos, 2355
 De un lánguido despecho perturbados,
 Las puertas a romper, a abatir iba.
 Y en tan grave peligro, aprieto tanto,
 ¿Que puede hacer Mayenne? Sus legiones,
 Un pueblo son hundido en duelo amargo. 2360
 Con lágrimas, aquí, le pide un hijo
 El padre, que la muerte le ha robado.
 De un hermano infeliz sobre la tumba,
 Allí se ve plañir al triste hermano.
 Gime por lo presente sin consuelo, 2365
 Desfallece abatido el ciudadano.
 Teme, en fin, cada cual por lo futuro.
 Alarmado aquel cuerpo grande y vasto,
 Reunirse no puede. Se hacen juntas;
 Se consulta y se agita el duro caso 2370
 De entregarse a la fuga o al enemigo.
 Perplejos se hallan todos y embargados;
 Y nadie resistir osa más tiempo:
 Así el ligero vulgo suele vario,
 De la temeridad más altanera 2375
 Al temor más rastrero dar un salto.
 Mayenne, que sus haces desmayadas
 Está viendo, de cólera bramando,
 Entre opuestos designios vacilante,
 Revolvía en su mente planes varios; 2380
 Cuando allí la Discordia al héroe absorto
 De repente se acerca; entre sus manos
 Silbar hace irritadas sus serpientes,
 Y de agrado en un tono aleve y falso,
 Su acento le dirige en esta forma. 2385
 «¡O tú, digno heredero procreado
 De un nombre a los Franceses formidable!
 ¡Tú, a quien de tu venganza el cruel conato
 Unió conmigo siempre; tú, que fuiste
 A mis ojos nutrido, y que formado 2390

Has sido por mis leyes! oye, escucha
 Tu protectora fiel, y de mi labio
 Conoce el bronco acento. Nada temas
 De aquese pueblo imbécil y voltario, 2395
 Cuyo reciente ardor, en un momento,
 Una leve desgracia ha congelado.
 Poseo sus espíritus ¡Mayenne!
 Sus corazones tengo entre mis manos.
 Bien presto observarás con cuanto celo
 Nuestros designios todos ayudando, 2400
 De mi hiel embriagados, y hechos presa
 De mi horrible furor, van denodados
 A combatir audaces, y a la muerte
 Alegres a arrojar por tus lauros». 2405
 Esto habló la Discordia: y al momento,
 Más pronta que el relámpago, cortando
 Con vuelo firme y rápidos los aires,
 Gira de toda Francia los espacios;
 Y el rencor, el estruendo, y las alarmas,
 Que sus ciudades turban y sus campos, 2410
 De la Discordia ofrecen a los ojos,
 Objetos de delicia y de regalo.
 Su pestífero aliento, en mil lugares
 Inspira la aridez. Inficionado
 En su germen el fruto, al nacer muere. 2415
 Abatida la mies, mustio su grano,
 Yace lánguida en tierra. El sol se eclipsa;
 Vélese al verla pálidos los astros;
 Y el rayo, entre relámpagos, que truena
 Bajo sus pies, de muerte mil presagios 2420
 A los pueblos ofrece confundidos.
 Llévala un torbellino, voltejeando,
 A las orillas fértiles, que baña
 Con sus ondas el rápido Erídano.
 Ya su vista cruel a Roma alcanza: 2425
 Roma, un día su templo; Roma, pasmo,
 Terror de los mortales, cuya suerte,
 Hala en todas edades exaltado
 A ser en paz, no menos que en la guerra,
 Del mundo la señora, y cuyo brazo, 2430
 Si triunfante en los campos, entre hierros,
 Sobre tronos sangrientos vio temblando
 Todos los fieros Reyes, y abatidas,
 Bajo el sacro estandarte, en que volaron
 Sus águilas terribles por el orbe, 2435
 Las fuerzas todas dél, otro más blando
 Más apacible imperio ejerce hoy día,
 En que a su yugo rinde y poder sacro
 Sus mismos más airados vencedores:
 En que con un poder de Dios vicario, 2440

Governa los espíritus y tiene
 Los corazones todos a su mando.
 Sus dictámenes solos, son sus leyes
 Y sus solos diplomas sus soldados. 2445
 Cerca del Capitolio, donde alarmas,
 Otros tiempos tan grandes dominaron,
 Sobre pomposas ruinas de Belona,
 Y de Marte, un Pontífice, sentado
 De Césares se ve en augusto solio. 2450
 Sacerdotes no menos fortunados,
 Con planta huellan firme y faz serena,
 Las cenizas, aquí, de Emilios Paulos,
 Y allí, de los Catones los sepulcros.
 Sobre el altar el trono levantado,
 De un Señor, ya celeste, ya terreno, 2455
 En la misma profana y sacra mano,
 El poder absoluto, a un tiempo mismo,
 El cetro colocó y el incensario.
 Allí fundó Dios mismo su sagrada
 Su primitiva Iglesia, en tiempos varios 2460
 Perseguida y triunfante. Allí condujo
 Aquel primer su Apóstol, con lo santo
 De la verdad, lo cándido y sencillo.
 Felices sucesores le imitaron
 Cierta dichosa edad, en que respetos 2465
 Y elogios de los hombres han captado,
 Cuanto más se humillaban. Revestida
 Aun no estaba su frente de algún vano
 Frívolo resplandor. Su humildad sola,
 Su rígida pobreza, preservaron 2470
 La santa austeridad de sus costumbres,
 Y celosos tan solo del estado,
 De las glorias, honores y riquezas,
 A que votos aspiran de un cristiano,
 Del fondo de las chozas que habitaban, 2475
 Simplemente al martirio van volando.
 El tiempo, que lo altera y gasta todo,
 Bien presto estas costumbres ha cambiado.
 Para castigo nuestro, ya grandezas
 Diole el cielo, y potente a lo profano, 2480
 Desde este tiempo, Roma, abandonada
 A consejos se vio de los malvados.
 De su nuevo poder, bases horribles
 Traición, eran, veneno, asesinato.
 Los que de Cristo fueron sucesores, 2485
 En el fondo interior del santuario,
 Sin pudor ni vergüenza, el adulterio
 Y el incesto, insolentes, colocaron,
 Y Roma, que cansaran finalmente,
 Roma, que han oprimido y abismado 2490

De su execrable imperio con el peso,
 De sus sacros tiranos bajo el mando,
 A echar menos llegó sus falsos Dioses.
 Máximas más prudentes se escucharon
 En la edad posterior, en que se supo 2495
 El crimen excusar, o bien velarlo
 Con artificio y maña menos torpes.
 Del pueblo y de la Iglesia más reglados
 Los derechos se han visto, y de los Reyes
 Árbitra, al fin, fue Roma, no el espanto. 2500
 La modesta virtud, vuelve ella misma
 A aparecer de nuevo, con el fausto,
 El brillo imponente y augusta pompa
 De su triple diadema regio y sacro:
 De manejar, empero, de los hombres 2505
 La pasión e interés, el arte raro,
 Vino, por fin, a ser, en estos tiempos,
 La virtud capital de los Romanos.
 De la Iglesia era, entonces, y de Roma
 Cabeza, Sixto quinto y soberano. 2510
 Y si el ser, en verdad, de un hombre grande
 Con el título ilustre decorado,
 Consiste en ser falaz, temido, austero,
 Inscribirse en el número más claro
 De los más grandes Reyes, debe Sixto. 2515
 Él, a los artificios de quince años
 Debió de su destino la grandeza.
 Ocultar ha sabido tiempo tanto,
 Sus virtudes, no menos que sus vicios;
 Y huir el mismo puesto aparentando, 2520
 Que con ardor ansiaba, porque pueda
 Por más fáciles medios alcanzarlo,
 Hace que dél le tengan por indigno.
 De su brazo despótico al amparo,
 La pérfida Política, reinaba 2525
 Del pontificio alcázar en lo arcano.
 Hija de la ambición y el interese,
 Que seducción y fraudes abortaron,
 Este ingenioso monstruo, en mil revueltas
 Tan fértil, de zozobras abismado, 2530
 Simple y sereno a un tiempo parecía.
 Sus ojos, en sus órbitas ahondados,
 Vigilantes, agudos, y enemigos
 De la tranquilidad y del descanso,
 Jamás, en dulce sueño, los vapores 2535
 De la blanda amapola disfrutaron.
 Con doblez y cautelas refinadas,
 Con disfraces astutos y estudiados,
 De la confusa Europa, sagaz, burla
 La expectación atónita; y el falso, 2540

El sutil artificio del embuste,
 Que sus discursos guía, decorando
 De la misma verdad con los adornos,
 Del Dios vivo marcó con sello sacro
 Sus torpes imposturas, e hizo al cielo 2545
 Servir a las venganzas de su agravio.
 La Discordia ve apenas, cuando corre
 Con aire misterioso hacia sus brazos;
 La acaricia y halaga dulcemente,
 Con maligna sonrisa y agasajo; 2550
 Pero súbitamente transportada,
 Un lúgubre semblante, un tono infausto
 De tristeza fingiendo «Yo, la dice,
 No estoy ya en aquel tiempo afortunado,
 En que pueblos inmensos, seducidos, 2555
 Sus votos me ofrecían, y a mi mando
 Toda la Europa crédula sumisa,
 Las leyes de su Iglesia y culto santo³⁸
 Confundió con las mías. Yo, en tal tiempo,
 Hablaba, y al instante prosternados 2560
 Trémulos los monarcas, de sus tronos
 A mis pies descendían. A mi agrado,
 Declaraba mi voz al mundo guerras,
 Y de la cumbre aquí del Vaticano,
 Mis formidables truenos fulminaba. 2565
 Vida y muerte pendían de mi agrado.
 Regalaba, quitaba, y devolvía
 Las coronas y cetros soberanos.
 Ya no existen, amiga, ya se huyeron
 De una vez para mí, de esplendor tanto 2570
 Esos caducos tiempos tan dichosos.
 De la altanera Francia, ese Senado,
 Ya sin temer mi enojo, se ha atrevido
 Mis rayos a apagar, cuasi en mis manos.
 Por la Iglesia de amor no menos lleno, 2575
 Que contra mí de horror, su grito alzando,
 Con fiera libertad, de las naciones
 La venda del error hizo pedazos.
 Él ha sido el primero, que a mi rostro
 La máscara arrancó, desagraviando 2580
 La verdad, cuya imagen me encubría.
 ¿Yo no podré, ¡Discordia! que me abraso
 En ansias de agradarte, seducirlo,
 O con rigor, al menos, castigarlo?
 Vamos pues. Tus antorchas, nuevamente 2585
 Enciendan de mi trueno ardientes rayos.
 Empecemos, amiga, por la Francia,
 A desolar la tierra. Sus estados,
 Otra vez, y su Rey, a caer tornen
 En nuestros hierros». Dijo; y como un rayo, 2590

Lánzase rechinando por los aires.
 A pesar de estos males, entre tanto
 Con espíritu opuesto, allá distante
 De las mundanas pompas, y del fausto
 De Roma, y de sus templos, a indecentes 2595
 Humanas vanidades consagrados,
 Cuyo profano brillo, cuyo lujo,
 Y opulenta soberbia y aparato
 Al necio mundo imponen, se escondía,
 En desiertos del hombre poco hollados, 2600
 La humilde Religión, do santamente
 Reposaba, con Dios en paz morando;
 En tanto que su nombre y su decoro,
 Con sacrílego crimen profanados,
 Pretextos daba santos en el siglo 2605
 Al sangriento furor de los tiranos,
 Y siendo al mundo venda que lo ciega,
 Del desprecio de Grandes era el blanco.
 Sufrir y resignarse, es, en la angustia
 Su destino más plácido y más caro: 2610
 Bendecir, es su sacra y rica herencia.
 Ella, en secreto ruega por ingratos,
 Que vilmente la ofenden y maltratan.
 Sin la pompa del siglo y fausto vano,
 Sin adornos, sin arte, sin afeite, 2615
 Y bella por su gracia y propio encanto,
 Su modesta hermosura oculta siempre
 A los ojos hipócritas de tantos,
 Como importunos corren en sus aras
 A adorar la fortuna, cual paganos. 2620
 Se inflamaba su espíritu, y ardía
 Por Enrique de un celo y amor santo.
 Esta hija del cielo no dudaba,
 Que un día, al fin, feliz fuese llegado,
 En que de sus altares abatidos 2625
 El legítimo culto vindicando,
 Con júbilo por hijo adoptaría
 Al magnánimo Héroe ya ilustrado.
 Digno, por sus virtudes generosas,
 De acogerle le juzga entre sus brazos, 2630
 Y sus fervientes votos, hasta el cielo
 Desde sus puras aras exhalados,
 Un momento apresuran tan glorioso,
 Que por demás sus ansias hallan tardo.
 La Política impía y la Discordia, 2635
 Asaltan y sorprenden de rebato
 A su augusta enemiga, que sus ojos
 Inocentes, en lágrimas bañados,
 Alzaba hacia su Dios, quien su constancia
 Por poner más a prueba, la ha entregado 2640

De las dos implacables enemigas
 Al bárbaro furor y juicio insano.
 Estos horribles monstruos, cuya injuria,
 La santa Religión ha profanado
 En todas las edades, su vil frente 2645
 Cubriendo con su velo sacrosanto,
 Su traje, respetado de los hombres,
 Insolentes usurpan, y volando
 Parten hacia París, do acabar piensan
 Sus perversos designios comenzados. 2650
 Mañosa la Política y astuta,
 Con insinuante rostro y sutil paso,
 De la antigua Sorbona se entromete,
 Sin sentir, en el seno ilustre y vasto.
 Congregábanse en ella al mismo punto, 2655
 Aquellos venerados graves sabios,
 Que de oscuros oráculos del cielo
 Misteriosos intérpretes sagrados,
 Y de remota edad, árbitros justos,
 Modelos de la grey de los cristianos, 2660
 Adictos a su culto, y a sus Reyes
 Sumisos con lealtad y honor intacto,
 Hasta tan triste día y tenebroso,
 Un varonil valor han conservado,
 A flechas del error impenetrables; 2665
 Más ¡cuán pocas virtudes los asaltos
 Burlan constantemente a cualquier hora!
 De aquel astuto monstruo disfrazado
 Acentos los más dulces y halagüeños,
 A alterar sus espíritus llegaron. 2670
 Él, a los más tocados y devotos
 De la ciega ambición, lisonjeando,
 Honores y grandezas les promete,
 Y con el interés y esplendor claro
 De una mitra, deslúmbrales los ojos. 2675
 Allá, por otro medio, negociando
 Con secreta y venal inteligencia,
 Los sufragios compró del vil avaro.
 Arrobado también y sorprendido
 Por un elogio diestro, se vio el sabio, 2680
 Que la augusta verdad, pérfido, vende,
 Por el precio de un poco incienso vano;
 Y al grito aterrador de la amenaza,
 El feble queda, al fin, amilanado.
 Congréganse en tumulto; de tumulto 2685
 Se examina y decide el alto caso,
 Y de en medio de estrépitos, de gritos,
 Y empeñadas contiendas, con espanto
 Del confuso congreso escapa al punto
 La apacible Verdad, mustia y llorando. 2690

A voz común, entonces, y en el nombre
 De todos los Doctores, un anciano
 Esto dijo. «La Iglesia hace los Reyes;
 Los absuelve o castiga degradando. 2695
 La Iglesia y su doctrina existen puras
 En los que aquí reunidos nos hallamos.
 Su ley en ellos solos se conserva.
 A Enrique de Valois, aquí, por tanto,
 Reprobamos formal, solemnemente,
 Decaído del trono declaramos, 2700
 Y Enrique de Valois, ya no es Rey nuestro.
 ¡Juramentos, un tiempo tan sagrados!
 Vuestras duras cadenas ya rompemos».

Apenas esto el viejo ha pronunciado,
 Con caracteres hórridos de sangre, 2705
 La inhumana Discordia, el temerario,
 El bárbaro decreto, que dictara,
 A dejar apresúrase estampado.
 Por ella cada cual jura en seguida,
 Y lo firma al momento de su mano. 2710
 Remóntase veloz, y en alto vuelo,
 A todos los facciosos partidarios,
 Empresa tan grandiosa y atrevida
 Va de iglesia en iglesia pregonando.

Bajo el hábito, a veces, de Agustino, 2715
 Y otras, del de Francisco, tosco y basto,
 Resonar su voz hace, y altamente
 Llama a aquellos austeros cuanto varios
 Espectros, de su yugo riguroso
 Voluntarios e imbéciles esclavos. 2720
 «De vuestra Religión amancillada
 Reconoced, les dice, aquestos rasgos.
 Yo soy la que a vos vengo; la que en nombre
 Del Señor, que servís, por despertaros,
 A vuestro religioso atento oído 2725
 Acaba de pulsar. Él me ha mandado.
 Esta espada mortífera y tremenda,
 Que en mi vibrante pulso está brillando,
 Este acero, que veis, acero horrible

A nuestros enemigos, empuñado, 2730
 Para vengar su causa, entre las mías
 Ha sido de Dios mismo por la mano.
 Acércanse ¡hijos míos! se cumplieron,
 Los oportunos tiempos ya llegaron,
 En que sombras dejéis de esos retiros, 2735
 Y la paz suspendáis de esos santuarios.
 Partid de ellos a dar ilustre ejemplo
 Del celo más intrépido y sagrado;
 Y a los crédulos pueblos de la Francia,
 En su fe vacilantes y turbados, 2740

Intimidado dejad, id a enseñarles,
 Que abatir a su Rey, que asesinarlo,
 Hacer es a su Dios un gran servicio.
 Pensad bien, caros míos, recordaos,
 Que de Leví la antigua electa tribu, 2745
 De vuestro ministerio augusto y santo
 Mereció por Dios propio ser honrada,
 Con manos, a sus aras regresando,
 En la sangre bañadas de los hijos
 Del pueblo de Israel: pero ¿qué he hablado? 2750
 ¿Donde aquel tiempo está, do aquellos días
 A la muerte propicios, y a mí gratos,
 En que vi degollar tantos franceses,
 Por el pío furor de sus hermanos?
 En tan felices días ¡ha! vosotros, 2755
 ¡O santos sacerdotes! su cruel brazo
 Al incendio y degüello condujeráis.
 Por vosotros tan solo asesinaron,
 Arrastraron, colgaron a Coliñi.
 Yo ya en sangre nadé. La que ha restado 2760
 Vuelva a correr aún. Que os vea el mundo
 A pueblos, que me adoran, inspirando».

Dijo el horrible monstruo: y al instante,
 Haciendo la señal, emponzoñados
 Quedan todos los míseros oyentes 2765
 Del veneno infernal que le ha inspirado.
 La hueste monacal iba en su marcha;
 Hasta París él mismo encaminando.
 De la Cruz sacrosanta el estandarte
 En medio de ella flota. Cantan salmos, 2770
 Frenéticos entonan sacros himnos;
 Y con devotos gritos destemplados,
 Los cielos parecían asociarse
 A su rebelde arrojo. Entre sus cantos,
 Con fanáticos votos se les oía 2775
 La imprecación mezclar y augurio infausto
 A las públicas preces. Sacerdotes
 Atrevidos, imbéciles soldados
 Del mosquete y el sable vanamente
 Sus inexpertos brazos recargaron. 2780
 Las pesadas corazas relumbrantes
 Penitentes cilicios van tapando;
 Y de París al muro, en su socorro,
 Batallón tan infame al fin llegado,
 De un pueblo impetuoso entre mil ondas, 2785
 A Cristo va siguiendo, a aquel Dios blando,
 De paz al manso Dios, que de tal modo
 Los devotos guerreros profanaron,
 Llevándole, sacrílegos, al frente.
 Mayenne, que a placer está mirando 2790

Tan insensata empresa, allá a lo lejos,
 Despréciala en secreto, al mismo paso,
 Que en público teatro la autoriza.
 Político Mayenne, advierte, y sabio,
 Cuanto el imbécil vulgo, ciegamente 2795
 Sin límites sumiso a un celo falso,
 Con la fiel Religión el fanatismo
 Suele, rudo, mezclar, unir incauto.
 Entendía Mayenne, contemplaba
 El gran arte a los Reyes necesario, 2800
 De nutrir los errores y flaquezas,
 Que el pueblo sacrifican al tirano,
 Y a este irrisorio escándalo piadoso,
 Da por tanto acogida y aun aplauso.
 Con grave indignación, vélo el prudente, 2805
 Y con burla mayor, lo ve el soldado.
 Más la estólida plebe, hasta los cielos
 Mil gritos levantaba de entusiasmo,
 De gozo y de esperanza; y así como
 Suciedera a su audacia un miedo fatuo, 2810
 Este, en un solo instante, el lugar cede
 Al furor y transporte más insano.
 Así en el seno undoso de Anfitrite;
 De los mares el ángel, a su agrado,
 Las olas tal vez calma, tal, irrita. 2815
 Dez y seis sediciosos, señalados³⁹
 Por sus feos delitos, entre todos
 Los más viles facciosos, ha nombrado
 Y en gobierno erigido la Discordia.
 Estos hombres oscuros y malvados, 2820
 De su nueva y condigna soberana
 Insolentes ministros, en su carro
 Barnizado de sangre, al punto montan,
 Y la marcha batiéndoles al paso
 La villana traición, y el fiero orgullo, 2825
 El frenesí, la muerte, y el estrago,
 Por sangrientos torrentes, que arroyaban,
 Van de su fiera ronda el rumbo guiando.
 En baja oscuridad todos nacidos,
 De sórdida bajeza alimentados, 2830
 Su rencor a los Reyes les servía
 De blasón de nobleza el más realzado.
 Bajo el dosel traídos por el pueblo,
 Ya Mayenne con él les ve temblando
 Sentados a la par. Tal es la insania, 2835
 Tales son los trastornos ordinarios
 De la inquieta Discordia y sus caprichos.
 Ella, frecuentemente nivelados
 Deja en suerte a los cómplices que induce;
 No de distinto modo, que allá cuando 2840

Fuertes vientos, tiranos de las aguas,
 Que su corriente turban y descanso,
 Las olas revolviendo con su soplo
 Del Ródano o del Sena, hacen, que el bajo
 Sucio y grosero lodo, que abatido 2845
 En sus profundas grutas yace, alzado
 Se mire a borbollones de las ondas
 Sobre la superficie; así en los raros
 Furores de un incendio, que devora
 Y una ciudad convierte en yermo campo, 2850
 El hierro, el plomo, el bronce, que liquida
 El fuego entre las llamas, van mezclados
 Con el oro más puro, que oscurecen.
 De sedición en medio y motín tanto,
 Temis tan solo, Temis resistiera, 2855
 Librárase del público contagio.
 Ni sed de engrandecerse, ni temores,
 Ni esperanzas, ni nada, de sus manos
 Consiguiera torcer la fiel balanza.
 Consérvase su templo inmaculado; 2860
 Y la simple equidad, cual fugitiva,
 Cerca de ella un asilo va buscando,
 Habitaba el recinto de este templo,
 El venerable cuerpo de un senado,
 Azote formidable del delito, 2865
 De la inocencia amparo y tutor nato,
 Que de apoyo del Rey, y de instrumento
 De la ley, el carácter conservando,
 Entre el Pueblo y el Príncipe marchaba
 Con intrépido, igual y firme paso. 2870
 De unos Reyes benignos y accesibles,
 En la equidad más dulce confiado,
 A sus pies ¡cuantas veces trasladara
 De la Francia las quejas, los agravios!
 Era el público bien, únicamente, 2875
 De toda su ambición objeto caro.
 Lo tirano, en los Príncipes no odiaba
 Menos, que lo rebelde en el vasallo.
 De un supremo respeto dirigido,
 Y de un noble valor siempre inflamado, 2880
 En las causas del Rey y de su Pueblo,
 Lo súbdito distingue de lo esclavo.
 Por nuestras libertades y franquezas
 Siempre a armarse dispuesto, en cualquier caso,
 Conoce a Roma bien; como piadoso 2885
 Hónrala, y la reprime como sabio.
 De los torpes tiranos de la Liga
 Una horrible cohorte, puesta al mando,
 De aquel templo de Temis majestuoso,
 A cercar llega el pórtico sagrado. 2890

Bussi, vil gladiador, es quien la guía⁴⁰,
 A honor tan criminal, a poder tanto,
 Por su audaz arrogancia promovido.
 Entra del templo augusto al santuario;
 Y este negro torrente de palabras, 2895
 A la ilustre asamblea, cuyo labio
 Del ciudadano regla la fortuna,
 Osado le dirige: «¡Mercenarios
 Apoyos de ese dédalo de leyes!
 ¡Plebeyos, que a la usanza del Romano 2900
 Os tenéis de los Reyes por tutores!
 ¡Almas en fin serviles, hombres bajos,
 Que en la perturbación, y entre cábalas,
 Que afligen y desolan al estado,
 Pretendéis, que consista, y se alce fiero 2905
 El afrentoso honor de vuestros cargos
 Y venales grandezas! En la guerra
 Tímidos, y en la paz fieros tiranos,
 Al Pueblo obedeced, en cuyo nombre,
 Vengo ¡orgullosos jueces! a intimaros. 2910
 Escuchad sus edictos liberales.
 Antes hubo sin duda ciudadanos,
 Húbolos antes, sí, que hubo señores.
 Fueros, que nuestros padres prodigaron,
 O más bien les usurpó tirana fuerza, 2915
 Sus despojados hijos recobramos.
 Sobrado tiempo el Pueblo por vosotros
 Al terror fue sujeto y al engaño.
 Cansose ya del cetro, y lo ha rotpido.
 Borrada ya para siempre ¡Magistrados! 2920
 De plena potestad los grandes nombres
 Tan temidos, odiosos, y aun ingratos
 A vuestro mismo oído; e ya del Pueblo
 Libre y supremo a nombre, dad los fallos,
 No la plaza del Rey, bajo ese solio 2925
 Manteniendo, sino la del Estado.
 La Sorbona imitad. Sino lo hicieréis,
 Sobre vos los rigores fulminados
 Ver, temed, de mi enojo y mi venganza».

Fieles y acordes todos, contestaron 2930
 Con un noble silencio; a la manera,
 Que en los muros ardiendo ya asolados
 De la sitiada Roma, allá otro tiempo,
 Sus graves senadores, de los años
 Ya por el peso corvos, sin turbarse, 2935
 En sus curules fijos, aguardaron
 Fieramente los galos y la muerte.
 A espectáculo tal, tan no esperado,
 Lleno de mayor rabia, embravecido
 De más brutal furor, más no sin pasmo, 2940

«Obedeced al punto, dice Bussi,
O mis pasos seguid, fieros tiranos».
Súbite alzado Harlay, el digno jefe⁴¹
De tan justo impertérrito senado, 2945
Al de los Dez y seis va a presentarse,
Y con la misma frente y grave labio,
Con que a aquellos malvados damnaría,
Las cadenas les pide. Déj al lado,
De justicia otros jefes se admiraban,
Que de participar en el cadalso 2950
Del honor del primero, ardiendo en votos,
Víctimas de la fe que al Rey juraron,
De los tiranos tienden a los hierros,
Sus generosas e inocentes manos.
Vuelve ¡o Musa! a contarme tantos nombres, 2955
A la Francia tan caros, y héroes tantos,
A quienes oprimió licencia infame,
Dígnate consagrar. El probo, el bravo
De Thou, con Scarrón, y sus colegas⁴²
Molé y Bayoul también, con el honrado 2960
Potier, hombre el más justo y más constante,
Y tú ¡ilustre Longuél! tú, joven claro,
En quien por abreviarte más la gloria
De tan bello destino, se avanzaron
La virtud, el espíritu, y la ciencia, 2965
Al curso de los años ordinario.
De tan dignos ministros de justicia,
Todo aquel grave cuerpo, condenado,
Al través de un vil pueblo, que le insulta,
Como en público triunfo van llevando 2970
Al famoso castillo y espantable⁴³,
De la venganza alcázar, do mezclados
Veces tantas hundir, gemir se han visto
La inocencia y el crimen. El anciano
Orden de nuestro reino, así trastornan; 2975
Del Estado la paz así turbaron
De un golpe los rebeldes y facciosos.
La Sorbona cayó. Ya no hay Senado...
¿Más a que tal concurso y alaridos?
¿A qué esos instrumentos y aparatos 2980
Del infame suplicio de culpables?
¿Quiénes son esos dignos magistrados,
Que manos de verdugos, a la tumba
Por orden precipitan de tiranos?
En París, las virtudes, el destino 2985
De los crímenes sufren... ¡Desgraciados
Brissón, Lachér, Tardif, víctimas nobles!⁴⁴
Tan afrentosa muerte, no ha manchado
Vuestro honor generoso ¡Puros manes!
No tenéis porque de ella avergonzaros. 2990

Célebres para siempre vuestros nombres,
 Viven en la memoria. En el cadalso
 Quien muere por su Rey, muere con gloria⁴⁵.
 En medio de los pérfidos alzados,
 La Discordia, entretanto, se aplaudía 2995
 Del suceso feliz, que al fin lograron
 Sus sangrientos y bárbaros designios.
 Con aire satisfecho y sosegado,
 Su tranquila crueldad, fiera contempla
 De la guerra civil los crueles daños; 3000
 Y muy a su sabor, pasa revista
 Sobre un muro de sangre ya inundado,
 A los míseros pueblos, que en la Francia
 Contra su Rey legítimo ligados;
 Y entre sí divididos y discordes, 3005
 Juego vienen a ser desventurado
 Del furor de contiendas intestinas,
 Y en tumulto interior y riesgo extraño,
 De su turbado suelo y mustia patria
 La perdición fatal apresurando, 3010
 Por do quier no presentan más que muertos,
 Carnicería, escombros, y fracasos.

FIN DEL CANTO IV

▽△

Canto V

Apriétase vivamente a los sitiados. La Discordia excita a Jacobo Clemente a salir de París, para asesinar al Rey. Llama del profundo de los infiernos al Demonio del Fanatismo, que dirige el parricidio. Sacrificio de los ligados a los espíritus infernales. Enrique III es asesinado. Sentimientos de Enrique IV. Este es reconocido Rey por el Ejército.

Avanzáranse, en tanto, se aprestaran
 Las máquinas mortales, que en su seno,
 De los tercios rebeldes abrigaban 3015
 La fatal perdición; y por do quiera,
 Volando el hierro y fuego, que arrojaran
 Por bocas cien de bronce, con estruendo

Sus murallas batían y aterraban.
 Ni de los Dez y seis sañosas iras, 3020
 Ni la sagaz prudencia, que inspiraba
 Al astuto Mayenne, ni de un Pueblo
 Con insolencia alzado la arrogancia,
 Ni de escándalo llenos los discursos,
 Que de la ley Doctores divulgaran, 3025
 Otros contra Borbón débiles menos
 Menos vanos auxilios ministraban.
 A agigantados pasos la victoria
 Del Héroe por las huellas se avanzaba.
 Sixto, Felipe, y Roma, por su parte, 3030
 Hórridos anatemas fulminaran:
 Roma, empero, por fin, dichosamente,
 De ser terrible al mundo ya dejara.
 Ya impotentes sus rayos, en el aire
 Con la razón chocando, se exhalaban. 3035
 Por otro lado, a un tiempo, la indolencia,
 La pesadez maligna y ordinaria
 Del vicio castellano, a los sitiados,
 Un urgente socorro retardaba.
 Errantes sus soldados por el Reino, 3040
 Sus ciudades, en tanto, desolaban,
 Sin que a París jamás socorro dieran.
 El pérfido político esperaba,
 Que ya exhausto el Ligado, una conquista
 A su brazo ofreciese poco cara. 3045
 El peligroso apoyo, el lazo astuto
 De su falsa amistad, le preparaba
 En vez de un aliado un señor fiero,
 Cuando de un furibundo empresa infanda,
 Cambiar con mano aleve parecía 3050
 La suerte por un tiempo de la Francia.
 ¡Tranquilos habitantes, que los muros
 De la ilustre París hoy circunvalan!
 Vosotros, que del Cielo merecisteis
 A la predilección, la insigne gracia 3055
 De nacer en más prósperas edades,
 De perdonarme habréis, si aquí empeñada,
 Renovase mi pluma a la memoria,
 La historia criminal, do negras llanas
 Ocupan vuestros padres seducidos. 3060
 De sus atrocidades feas manchas
 Sobre vos no recaen, no os denigran.
 Todas las cubre al fin, todas las lava
 Vuestro leal amor a vuestros Reyes.
 Procreado ha la Iglesia, en eras varias, 3065
 Solitarios varones, que reunidos
 Bajo severas reglas, se miraban
 Cual en todo distintos y arredrados

Del resto de los hombres, y en las aras
 Votos solemnizando rigurosos, 3070
 Al servicio de Dios se consagrarán.
 Unos en soledades se sumían,
 Gozando de la paz profunda calma.
 En su ascética vida inaccesibles
 A atractivos del mundo y pompas vanas, 3075
 Celosos de un reposo dulce y blando
 Que robarles no pueden, de la humana
 Mundanal sociedad, que bien pudieran
 Útilmente servir, huyen las cargas.
 De ellos, otros no pocos, sus funciones 3080
 Haciendo de más pública importancia,
 De la Iglesia a las cátedras subiendo,
 No poco la sirvieran e ilustraran:
 Pero bien prontamente, por desdicha,
 Embriagados e ilusos con el aura 3085
 Que sus talentos captan lisonjeros,
 En el siglo esparcidos, sus profanas
 Costumbres adquiriendo, no ignoraron
 De una sorda ambición arteras ansias,
 Y ya de sus intrigas y manejos 3090
 Más de un país a veces se quejara.
 Así entre los mortales, el abuso
 Del más perfecto bien, en desgraciada
 Fatal fuente del mal llega a tornarle.
 Los que la vida y regla profesaran 3095
 De Domingo en España, largo tiempo
 Viéranla florecer, y de la plaza
 Más obscura de empleos harto humildes,
 A los regios palacios de monarcas
 Remontada bien presto la miraron. 3100
 No con menos fervor, si limitada
 A influencia menor y poderío,
 Prosperó con respeto en nuestra Patria,
 Asaz bien de los Reyes protegida
 Apacible, y al fin afortunada, 3105
 Si en su materno seno, por ventura,
 Nunca al traidor Clemente cobijara⁴⁶.
 Desde edad juvenil, llevado había
 Al retiro, Clemente, en que habitaba,
 Los tétricos accesos y fiereza 3110
 De una virtud selvaje y arriesgada.
 Feble, y crédulo simple, lleno siempre
 De devoción frenética e insensata,
 Su espíritu sombrío, rudo y triste,
 De la facción rebelde y desbordada 3115
 El torrente seguía. Sobre joven
 Vertiendo tan insano, en abundancia,
 La funesta Discordia el cruel veneno

De su boca infernal, tanto le exalta,
 Que al pié de los altares prosternado, 3120
 Con criminales votos y plegarias,
 Cada día más turbido y ferviente,
 Los Cielos importuno fatigaba;
 Y aunque cubierto, dicen, y manchado
 De polvo y de ceniza, a Dios orara 3125
 Un día en esta horrible impía forma.
 «¡Dios, que a tu Iglesia vengas, y las tramas
 De opresores castigas y tiranos!
 ¿Habrá de verse siempre, que abismada
 De tus hijos la raza así consientas, 3130
 Y de un Rey que te insulta, que te ultraja,
 La sacrílega mano armando impura,
 El perjurio bendigas por su causa,
 Y el bárbaro homicidio favorezcas?
 Con dureza ¡Gran Dios! desmesurada, 3135
 Los rigores nos prueban de tu azote.
 Harto ya nos afligen y maltratan.
 Contra tus enemigos levantarte
 Dígnate ya Señor. Suspende, aparta
 De nosotros la muerte y la miseria. 3140
 Líbranos de ese Rey, sobre la Francia
 En tu montada cólera arrojado,
 Y del airado Cielo el furor calma.
 Ven, Señor: y ante ti marchando venga
 Del Exterminador la horrenda espada. 3145
 Ten clemencia ¡mi Dios! Llega: desciende:
 Ármate, y tus centellas inflamadas,
 A nuestra vista hieran, quemén, hundan
 Su sacrílega hueste. Ambos monarcas,
 Sus jefes y soldados, expirando, 3150
 Caigan cual hojas leves dispersadas
 A discreción del viento; y los valientes
 Católicos, que lidian por tu causa,
 Salvos de tu justicia y tu clemencia
 Por el poder inmenso y virtud santa, 3155
 De ese ejército infiel sobre los mismos
 Cadáveres sangrientos, de alabanza
 Eucarísticos himnos te enderecen».

Cruzando por los aires, escuchaba
 Estos impíos ecos, la Discordia. 3160
 Recógelos al punto: entre ellos baja
 Del Tártaro a los lóbregos imperios,
 De donde la maléfica no tarda
 En tornar, conduciendo de ellos todos
 Al más cruel azote y atroz plaga. 3165
 Llega ya: Fanatismo, horrible nombre,
 El tirano diabólico se llama.
 Hijo desnaturalado de la misma

Religión apacible dulce y mansa,
 Armado de ella en pro, su ruina intenta, 3170
 Y en su piadoso seno ya lograda
 Una incauta acogida, al mismo tiempo
 Que en sus brazos la estrecha, la desgarró.
 El fue, quien en Rabá, sobre los bordes
 Condujo del Arnón, feroz guiaba 3175
 Del desgraciado Ammón los descendientes
 Cuando a su Dios Moloc, toda bañada
 En lágrimas la madre, del hijuelo
 Palpitando ofrecía las entrañas.
 El de Jephthé dictando el duro voto, 3180
 Inhumano llevó la fiera daga
 De su hija al corazón. Él mismo ha sido
 Quien en Aulida abriendo del cruel Calcas
 La despiedada boca, por su acento
 De Ifigenia la muerte audaz reclama. 3185
 Él, allá en lo sombrío de tus selvas,
 Habitó largo tiempo ¡o antigua Galia!
 De tus patrios aromas ha incensado
 De Teutatés la horrible Deidad vana.
 Tú quizá, todavía, no olvidaste 3190
 Los sacros homicidios que en las aras
 De tus indignos Dioses, frecuentaron
 Los sanguinarios Druidas. En voz alta,
 Del Capitolio augusto allá en la cumbre,
 Herid, a los Gentiles les gritaba, 3195
 Desgarrad y acabad a esos Cristianos.
 Más luego que abjurando las paganas,
 Y del Hijo de Dios la ley siguiendo,
 De Roma la cerviz le fue postrada,
 Del Capitolio hundido ya en cenizas, 3200
 A la triunfante Iglesia veloz pasa,
 Y su furor frenético inspirando
 En las devotas almas que infectara,
 Sus ídoles, de mártires piadosas
 Cambia en perseguidoras y tiranas. 3205
 La secta turbulenta formó en Londres⁴⁷,
 Que sobre un Rey imbécil mano armada
 Ensangrentar osó; y allá en Lisboa,
 No menos que en Madrid, fiero atizaba⁴⁸
 Los solemnes braseros, do anualmente 3210
 Sacerdotes serenos arrojaban
 En magnífica pompa a los hebreos,
 En quienes la firmeza castigaban
 De no querer jamás de sus mayores
 El culto renegar y fe heredada. 3215
 En sus disfraces, de ornamentos sacros
 De ministros del cielo se adornaba,
 Revestíase siempre: pero adopta

Del Infierno, esta vez, en la morada
 De una noche eternal, la forma nueva 3220
 Que a su nuevo delito acomodaba.
 La Audacia y Artificio, los disfraces
 Con oportuno amaño le preparan.
 De Guisa, con el talle, toman luego
 Los rasgos, que a aquel héroe más marcaban; 3225
 De aquel soberbio Guisa, en quien se viera
 Del Estado al tirano, y al monarca
 De su propio Señor, que en todos tiempos,
 Y aun después de su muerte desastrada,
 Poderoso y terrible, de la guerra 3230
 A los horrores todos y desgracias
 Nuestra Francia inducía, y de los suyos
 A ambiciosas empresas arrastraba.
 De un casco espantador arman su frente,
 Y empuñan en su mano lucia espada 3235
 Siempre a la muerte pronta. En su costado
 Las mortales heridas también graban,
 Con que a aquel jefe un día de facciosos
 En la ciudad blesense asesinaran;
 Y por tales heridas de la sangre, 3240
 Que corría abundosa, la voz agria,
 Acusar a Valois aún parecía,
 Y reclamar sobre él cruda venganza.
 Tal el lúgubre fue ficto aparato,
 Con que entre la amapola, que derrama 3245
 El dulce y blando sueño, y en el fondo
 Del lóbrego retiro de su estancia,
 Vino aquel disfrazado horrible espectro
 A traer a Clemente su embajada.
 De la fe religiosa el cielo falso, 3250
 Que una encendida cólera inflamaba,
 Con la Superstición, su fiel amiga,
 Y la inquieta y maléfica Cábala,
 Unidos en su guarda de continuo
 A Clemente asistían de su estancia 3255
 Velándole al cancel, por el que al punto
 Al feroz Fanatismo dan entrada.
 Llega; y con voz altiva y majestuosa,
 «Dios tus votos acepta y tu demanda:
 ¿Pero acaso, le dice, ni otro culto, 3260
 Ni otro incienso al Señor tu fe consagra,
 Que un voto estéril y un perpetuo llanto?
 Otras ofrendas más, son necesarias
 Al Dios que nuestra Liga ampara y sirve.
 Él exige de ti, de ti demanda 3265
 Lo mismo que le pides. Si allá un tiempo,
 Para salvar Judith su nación cara,
 Lágrimas solo a Dios, solo clamores

Consagrado le hubiera, si alarmada
 Por el mal de su pueblo, por sus días 3270
 Temblado a un tiempo hubiese, las murallas
 Abatir de Betulia Judith viera.
 He aquí, he aquí, Clemente, las hazañas,
 Las sagradas empresas cuyo ejemplo,
 Cuyo digno valor y ofrenda grata 3275
 Debrías imitar... más ya, ya miro
 Que te avergüenzas, si, de la tardanza.
 Vuela, pues; y tu mano, con la sangre
 Salvando del Ungido nuestra Patria,
 Vengue Roma, París, a mí, y al mundo. 3280
 Por un asesinato vio segada
 Mi vida ese Valois. Vengada quede
 Por otro golpe igual su aleve saña.
 De asesino el vil nombre no te espante.
 En ti será, Clemente, virtud clara, 3285
 Lo que en Valois fue crimen. A quien venga
 La Iglesia, todo es justo. Entonces nada
 De malo tiene y cruel el homicidio.
 El Cielo lo autoriza ¡qué! lo manda.
 Él por mi voz te intima, que tu brazo 3290
 Para dar ha elegido en su venganza
 Pronta muerte a Valois ¡Cuánta, Jacobo,
 Cuánta tu dicha fuera, tu honra cuanta,
 Si en seguida o de un golpe al mismo tiempo,
 Al tirano pudieses de la Francia 3295
 El Navarro juntar; si de ambos Reyes
 Tu Religión y Patria viendo salvas,
 Te pudiesen!... más no, no son llegados
 Esos tiempos aún. Vida más larga
 Disfrutar debe Enrique. El Dios, que impío, 3300
 Que insolente persigue, reservada
 Al brazo de otro tiene tanta gloria.
 Tú, de este Dios celoso, que en mí te habla,
 El gran designio cumple, y dél recibe
 El don que por mi mano te regala». 3305
 Al decir esto, ostenta y vibrar hace
 Una daga brillante aquel fantasma,
 Que del Averno en aguas por el odio
 Fuera al intento bárbaro templada.
 Y el don fatal poniendo de Clemente 3310
 En la mano feroz, súbito escapa;
 Y en la infernal morada se rehunde.
 Del solitario joven deslumbrada
 La gran facilidad, depositario
 De intereses del Cielo se juzgaba. 3315
 Besa el fatal presente con respeto.
 De rodillas hincado, sus plegarias
 Del Todo-poderoso el brazo imploran,

Y del terrible monstruo que le hablara,
Guiado del furor, con aire y tono 3320
De santificación, se preparaba
Al pérfido y horrendo regicidio.
¡A cuanto error sujeto e ilusión vana
Está del hombre el ánimo! Clemente,
En horas y ocasión tan desdichadas, 3325
De la paz disfrutaba más dichosa.
A su espíritu iluso confortaba
Aquella confianza leda y dulce,
Que de los hombres justos en el alma,
Afirman el candor y la inocencia. 3330
Místicamente grave el furor marcha
Del devoto traidor, bajos los ojos.
Su sacrílego voto al Cielo alzaba.
Su sosegada frente, marcas ciñen
De una austera virtud, y la vil daga 3335
Del parricida atroz cubre el cilicio.
Seguros sus amigos de tan alta
Tan celestial empresa, con mil flores,
Que su celo fanático derrama
Bajo sus pies, de aromas perfumando 3340
El camino cubriendo por do pasa,
A las puertas le guían, llenos todos
De la veneración más pía y santa.
Sus designios bendicen: le reaniman:
Instrúyenle, y por fin, su nombre exaltan 3345
Al número de tantos, como Roma
En sus perpetuos fastos consagrara.
De Francia el vengador, en altas voces,
Con furioso entusiasmo le proclaman;
Y ya con incensarios en las manos, 3350
A invocarle propicio se adelantan.
No transportados tanto ni fervientes,
De la muerte solícitos con ansia,
Los primeros cristianos, que de apoyo
De la fe de sus padres se gloriaban, 3355
Allá en más simples tiempos sus hermanos
Con placer al martirio acompañaran,
Y de fin codiciando tan felice
Las celestes dulzuras, de sus plantas
Las venerables huellas tiernamente 3360
Con mil devotas lágrimas besaban.
El iluso, el fanático más ciego,
Ostentar, brillar hizo, veces varias,
Un carácter igual al del cristiano
Más cándido y sincero. De igual gracia, 3365
De igual valor entrambos pruebas dieron.
Tiene el error sus mártires, sus palmas.
Sus héroes tiene el crimen, y sus glorias.

¡Cuán vanos de los hombres, en las causas
 Del falso y veraz celo, son los fallos! 3370
 A los más grandes hombres se equiparan
 Muchas veces los más facinerosos.
 Cual zahorí Mayenne, que las tramas
 Descubría más hondas, de la Liga
 El maquinado golpe no ignoraba; 3375
 Ignorarlo, no obstante, astuto finge.
 Su sagaz artificio, que con maña,
 Del crimen horroroso asir el fruto,
 Más sin comprometerse meditara,
 Cauteloso procede, y con misterio, 3380
 Deja a los más facciosos, que en el alma
 Del joven furibundo aliento inspiren.
 Mientras que de la Liga una vil banda,
 Al traidor regicida, hasta las puertas
 De París conduciendo, fomentaba, 3385
 Los Dez y seis, a un tiempo deslumbrados,
 Con sacrílego esfuerzo proyectaran,
 De la empresa fatal sobre el suceso
 La suerte consultar ¡vana observancia!
 Curiosa allá en su tiempo Catalina, 3390
 Audazmente buscó la ciencia insana
 De arcanos tan odiosos. Cavilosa,
 Aprendiera a sabor, y profundara
 Un arte tan ridículo y sombrío,
 Tan sobrenatural, y veces tantas, 3395
 Tan quimérico, y siempre delincuente.
 Todo siguió su ejemplo, y desvariada
 La imbécil muchedumbre, de los vicios
 De las cortes secuaz ciega y esclava,
 Por lo maravilloso loca siempre, 3400
 Y de la novedad siempre encantada,
 A tan torpes pueriles impiedades,
 De tropel neciamente se librara⁴⁹.
 Entre lóbregas sombras de la noche,
 Bajo una oscura bóveda, llevaba 3405
 De la mano el Silencio enderezando
 A la Asamblea estólida en su marcha.
 Allá al pálido y lúgubre reflejo
 De una mágica antorcha, una vil ara
 Sobre fúnebre tumba se erigiera, 3410
 Do con hondo rencor de ambos monarcas
 Los majestuosos bustos colocaron,
 De su terror objetos y su saña.
 Su sacrílega mano, al mismo tiempo,
 Sobre el sórdido altar mezclar osara, 3415
 A mil hórridos nombres infernales
 El sacro del Eterno, y ordenadas
 Sobre aquellas paredes tenebrosas,

Pusiéranse también funestas lanzas,
 Cuyas agudas puntas remojaron 3420
 De sangre en negros vasos; circunstancia
 Del sortilegio horrible amenazante.
 De este templo ministro se ostentaba
 Uno de esos hebreos, que proscritos
 Sobre la tierra ya, sin Rey ni Patria, 3425
 Ciudadanos del Orbe, de unos mares
 A los otros errantes, transportaran
 Su profunda miseria por el Mundo,
 Y de un cúmulo antiguo de cábalas
 Y de supersticiones harto impías, 3430
 Ya tiempo largo había, que infestaban,
 Del Universo henchían las naciones.
 De tan vil sacerdote colocada
 En contorno, y ardiendo en fieras iras,
 La junta de Ligados insensata, 3435
 Con destemplados gestos y clamores
 El torpe sacrificio comenzara.
 Su regicida brazo en sangre tiñen,
 Y a herir, sobre el altar, de Valois saltan
 Veloces y furiosos el costado. 3440
 Si con mayor temor, aún con más rabia,
 Derriban a sus pies de Enrique el busto;
 Creyendo, que a sus furias fiel, volara
 A transmitir la muerte a los dos Reyes,
 La herida de su afrenta y de su lanza. 3445
 Junta, en tanto, el hebreo a preces pías
 De la Iglesia, sacrílegas plegarias,
 Y entre la imprecación y la blasfemia,
 Invoca de consuno, con insania,
 El Infierno, los Cielos, Dios, sus Santos, 3450
 Los inmundos Espíritus, que vagan
 Y el Universo turban, de las nubes
 El rayo, y del Averno al fin las llamas.
 Tal en Gelboé fue un día el sacrificio
 Que a infernales Deidades dedicara 3455
 La ilusa y furibunda Pitonisa
 De raptó en el momento, en que evocaba
 Delante un Rey feroz, el simulacro
 De Samuel espantoso. Así tronara
 De Samaria un tiempo en las alturas, 3460
 De Judá contra el pueblo, voz profana
 De los falsos profetas. De igual modo,
 Del inflexible Ateyo dura saña,
 Allá en Roma, y a nombre de sus Dioses,
 Maldiciones de Craso echó a las armas. 3465
 A mágicos acentos del judío,
 Alcanzar temerarios esperaban
 Los Dez y seis, del Cielo la respuesta.

Por tal medio forzarle maquinaran,
 A que ya de su suerte el velo alzase. 3470
 Para castigo el Cielo de su audacia,
 Escucharles queriendo, de natura
 El orden y las leyes cesar manda;
 Y de aquellas profundas mudas cuevas
 Un lúgubre murmullo se levanta. 3475
 Redoblados relámpagos, del seno
 De noche profundísima abortaran
 Día horrible y fugaz, que por momentos
 Trémulo renacía y espiraba.
 En medio de aquel fuego, y de una llama 3480
 De deslumbrante gloria, se aparece
 A sus ojos Enrique, de la ufana
 Victoria sobre un carro. Su serena
 Noble frente laureles coronaban,
 Y el cetro de los Reyes en su mano 3485
 Majestuosa, magnífico brillaba.
 Parten de un trueno súbito centellas,
 Que el aire encienden, el altar abrasan,
 Y envuelto entre mil llamas, cae y se hunde
 De la tierra en el seno. Tiemblan, pasman 3490
 Los Dez y seis, absortos y perdidos.
 Del hebreo de horror se abisma el alma,
 Y a esconder huyen todos en tinieblas,
 El crimen y terror, que les acaba.
 Aquel trueno, aquel ruido, y aquel fuego, 3495
 Con espanto la pérdida anunciaban
 De Valois, infalible. Dios, sus días
 Del alto de su trono ya contara.
 Lejos dél retirando sus auxilios,
 Impaciente la muerte, ya esperaba 3500
 Su destinada víctima; y el Cielo,
 Por perder a Valois, y en su venganza,
 Justiciero permite un alto crimen.
 Clemente, sin pavor, a su Real marcha:
 Llega a su pabellón: pide su audiencia, 3505
 Y entre tanto, el hipócrita propala,
 Que a aquel lugar por Dios es conducido,
 Donde de la diadema soberana
 A restaurar venia sacros fueros,
 Y a revelar arcanos, que importaban 3510
 Altamente a su Rey. Por largo espacio
 Se vacila; le observan; se le indaga;
 Un funesto misterio se recela
 Bajo su hábito oculto. Sin alarma,
 Severo examen sufre. Satisface 3515
 Con simple calma a todo; finge; engaña;
 Cada cual la verdad ve en sus discursos,
 Y a los ojos del Rey, al fin, su guardia

Llega ya sin recelo a presentarle.
 Al devoto traidor, no sobresalta 3520
 De regia majestad la faz augusta.
 A sus pies su rodilla prosternada,
 Con tranquilo y humilde continente,
 El punto de su golpe atento marca;
 Y la diestra mentira, que su labio 3525
 Para empresa tan pérfida ensayara,
 Esta insidiosa arenga en aquel trance
 A Clemente dictó. «Sufrid, así habla,
 ¡O Gran Rey! que mi voz tímida y débil,
 Al poderoso Dios de las batallas, 3530
 Por quien los Reyes reinan, se enderece.
 Permitid, que ante todo, aquí humillada
 Le ensalce el alma mía por los dones,
 De que a colmaros va la mano grata
 De su excelsa justicia. De enemigos 3535
 Entre el número inmenso, que se alzara
 Contra vos, generosos y constantes,
 Impávidos, Señor, fe grande os guardan
 El virtuoso Potier, con quien ligado
 El prudente Villroá se conformaba⁵⁰, 3540
 Y Harley, el gran Harley, de cuyo celo
 La ardiente intrepidez, la virtud rara,
 Fue siempre al pueblo infiel tan formidable.
 Todos, del fondo oscuro, en que moraban
 De su estrecha prisión entre cadenas, 3545
 Los ánimos reúnen: juntan, calman
 Todos vuestros vasallos, y confunden
 Los de la Liga todos. Miras sabias
 De aquel Dios, que, tal vez por humil mano
 Llevar se digna al fin empresas altas, 3550
 Desdeñando entendidos y potentes,
 Hasta el virtuoso Harley guió mi planta;
 Y de sus luces lleno, y por un labio
 Instruido tan fiel, del celo en alas,
 En busca de mi Rey volando llevo 3555
 A entregaros, Señor, aquesta carta,
 Que el presidente Harley a mi leal mano,
 Poco ha para vos de fiar acaba».
 A recibirla incauto se apresura
 El infeliz Valois, quien por mudanza 3560
 Tan rápida, los cielos bendecía.
 «¿Cuando podré, le dice, ley, fe tanta
 Recompensar, pagar tu buen servicio
 De mi justicia a gusto?». A estas palabras,
 Los brazos le tendía, en cuyo instante, 3565
 Su asesino puñal el monstruo arranca,
 Y descargando el golpe, en el costado
 Con repentina furia se lo clava.

Sangre arroya; se asombran: corren: gritan:
 Mil brazos en un punto se levantan 3570
 A castigar del Rey el alevoso,
 Quien, sin bajar los ojos, los miraba,
 A todos con desden. Del regicidio
 Vanaglorioso, y quito con su patria,
 De rodillas la muerte aguarda en premio; 3575
 Y en la fiel y tranquila seguridad
 De ser de Roma y Francia un santo apoyo,
 Las puertas del Empíreo ver ya francas
 Para acogerle en triunfo, se imagina.
 Del martirio a su Dios la ilustre palma 3580
 Pidiéndole, al caer, los mismos golpes
 De que expira, bendice como gracias.
 ¡Terrible ceguedad, ilusión fiera,
 Digna a un tiempo de lástima y de saña!
 De la muerte del Rey menos culpable 3585
 Que la turba, tal vez, desaforada
 De los sacros Doctores, que enemigos
 Tan viles cuanto alevos del monarca,
 Por su labio, de máximas funestas
 La ponzoña vertiendo sobre el alma 3590
 De un iracundo joven solitario,
 Dejó su mente débil extraviada.
 Ya al infeliz Valois su final hora
 La mortífera herida le cercaba.
 Ya anublados sus ojos, solamente 3595
 De luz un débil resto divisaban.
 De aflicción con suspiros y lamentos,
 Sus cortesanos todos le cercaran;
 Y aunque en secreto allá por sus designios,
 Discordes entre sí, se concertaban 3600
 En el lúgubre tono de su llanto;
 Y todos, a una voz, ayes exhalan
 De dolor, ora falso, ora sincero.
 Aquí el uno, a quien dulces esperanzas
 De la pronta mejora de destino, 3605
 Que un nuevo orden le ofrece, lisonjeaba,
 Débilmente en su pecho se afligía
 Del peligro mortal de su monarca.
 Y allí el otro, que embarga un servil miedo
 De arriesgar su interés, solo lloraba 3610
 En lugar del monarca, su fortuna.
 Entre el rumor confuso de afectadas
 O ingenuas erupciones de tal duelo,
 ¡Vos, Enrique! lloráis; lágrimas sanas
 Vertéis del corazón. Vuestro enemigo 3615
 Fuera un tiempo, es verdad; más ¿que importaba?
 Sensibles corazones, como el vuestro,
 En tan horribles puntos de desgracia,

Fácilmente se afectan y enternecen.
No de antiguos agravios se acordaba, 3620
Sino de su amistad el gran Enrique:
Del Héroe generoso las ventajas
En balde con su lástima allí luchan;
Y que un diadema el Rey le traspasaba
Por su muerte, a sí mismo se escondía. 3625
Por un final esfuerzo, una mirada
De sus lánguidos ya pesados ojos,
Que la muerte a cerrar se apresuraba,
Tiende Valois y clava sobre Enrique;
Y con trémula mano, cuasi helada, 3630
La del Héroe tocando victoriosa,
«Contén lágrimas, dice, pena tanta.
El Universo, amigo, habrá, indignado,
De lamentar la muerte a tu Rey dada.
Tú, combate, ¡Borbón! Véngame, y reina. 3635
Yo muero ¡caro hermano! Entre borrascas,
Sentado ya te dejo sobre escollo,
Que cubierto, aunque altivo, todo se halla
De mis tristes despojos y naufragios.
Ya te espera mi trono. Herencia es clara 3640
De tu sangre, Borbón. Manos le gocen,
Que defendido le han. Nunca olvidada
Dejarás la verdad, de que le cerca
En todo tiempo el rayo. Cuando se alzan 3645
Al trono tus virtudes, a Dios teme,
Que es quien al trono, Enrique, te levanta;
Y del culpable dogma, que aún profesas,
Desengañado, al fin, puedan sus aras
Restablecer tus manos y su culto. 3650
A Dios. Reina felice; y de tu guardia
Ángel más poderoso salvar quiera,
Tus días de otra vil aleve daga.
De la Liga conoces la cruel furia;
Ella el rayo, que a mí de herirme acaba, 3655
Odiosa a nuestro nombre, que algún día
Hasta ti vuela eléctrico, prepara.
Quizá, Enrique, y no tarde, alguna mano
Más injusta, más bárbara, e inhumana...
Virtud tan singular ¡O justo Cielo!
Perdonad, permitid...». A estas palabras, 3660
Sobre su fría frente inexorable
Cae, y su suerte ya fija la Parca.
De su muerte al estruendo, París todo,
A transportes odiosos se entregara,
De un delincuente júbilo embriagado. 3665
Mil gritos de victoria al aire lanza.
Cesaron los trabajos. De los templos
Las puertas por do quier se observan francas.

Habitantes estólidos, sus frentes
 De floridas guirnaldas coronadas, 3670
 Al regicidio infame aniversarios
 Perpetuos y magníficos consagran.
 Borbón, no es ya a sus ojos más que un Héroe
 Sin apoyo y poder, por quien estaban
 Su ardor solo y su gloria; más ¿podría 3675
 Resistir a la Liga ya afirmada,
 De la Iglesia al enojo, y sus funestos
 Y tremebundos rayos, de la España
 Al enemigo auxilio formidable,
 Y en fin, del Nuevo-mundo a esa su plata 3680
 De mayor poderío y de más fuerza?
 Ya guerreros no pocos, que abrigaban
 Una infausta política en su pecho,
 Más malos ciudadanos, por desgracia,
 Que celosos católicos, tapando 3685
 De escrúpulos con velo sus privadas
 Ambiciosas hipócritas intrigas,
 De Enrique el campo dejan, y separan
 Del pendón de Calvino sus banderas:
 Pero inflamando al resto más honrada 3690
 Conciencia y fiel valor, su celo dobla
 De sus reyes la justa y noble causa.
 Estos a prueba amigos, estos fuertes
 Generosos guerreros, que guiara
 Ya de muy largo tiempo la Victoria, 3695
 Del imperio francés, que vacilaba,
 Al legítimo dueño reconocen,
 Y el campo todo unido, que probara
 La dignidad de Enrique para el cetro,
 De Francia, en alta voz, Rey le proclama. 3700
 Los Civrís y De Aumonts, bravos caudillos,
 Leales caballeros, que acompañan
 Los grandes Montmorencis, los Crillones,
 Y los Saussis, su fe le dan sagrada
 De seguirle del uno al otro polo. 3705
 Para el campo más bien que para el aula
 Formados sus espíritus, constantes,
 A su Dios y su Príncipe fe guardan,
 Y al hablar el honor, tras él corrían.
 «Mis amigos, Borbón así les habla, 3710
 Vos, los varones sois, cuya fiel mano,
 De héroes cien de mi sangre, a mi sien ata
 La heredada corona. Eso de Pares,
 Esa celeste Ampolla, y esa sacra
 Regia inauguración, pompas del trono, 3715
 No los derechos son. Sobre una adarga
 Vuestros reyes se vieron primitivos,
 De vuestros nobles padres la fe santa

Recibir de los pleitos homenajes.
 De la Victoria el campo, sea el ara, 3720
 Do vuestras justas y triunfantes manos,
 A las naciones den dignos monarcas».

Esto dijo: y bien presto se apresura
 El trono a merecer, y fe jurada
 Por tan bravos e ilustres campeones, 3725
 A su frente marchando a las batallas.

FIN DEL CANTO V

▽△

Canto VI

Después de la muerte de Enrique III los estados de la Liga se juntan en París para elegir Rey. Mientras ellos se ocupan en deliberaciones, Enrique IV da un asalto a la ciudad. Disuélvese la Asamblea de los estados. Sus miembros van a combatir sobre la muralla. Descripción de este combate. Aparición de S. Luis a Enrique IV.

Sacro y antiguo fuero es en la Francia,
 Que siempre que la muerte sobre el trono
 Inexorable extienda su guadaña,
 Y de la augusta sangre de sus Reyes, 3730
 Tan preciosa a los pueblos y tan cara,
 En su postrer canal llegue a mirarse
 Agotada la fuente, en sus ancianas
 Primitivas franquezas y derechos
 La Nación quede al punto reintegrada, 3735
 Pueda un jefe elegir, mudar sus leyes.
 Órganos los estados de la patria,
 Nombran entonces Rey, y libre dejan
 Tal vez su potestad o limitada.
 Así de nuestros padres, allá un día, 3740
 Soberanos decretos, a la plaza
 De Carlomagno regia, remontaron
 De los Capetos la reinante rama.
 En su ciego delirio la audaz Liga,
 Inquieta osó llamar y temeraria, 3745
 De estos patrios estados a congreso,

Derechos entendiendo que alcanzara,
 Por un abominable asesinato,
 De elegirse su Rey, variar su raza,
 Y el Estado cambiar. De esta manera, 3750
 Excluir a Borbón más bien pensaba
 De un trono imaginario al fuerte abrigo,
 Y entretener mejor así engañada
 La estolidez del vulgo. Presumía,
 Que los designios todos de sus tramas 3755
 Conciliaría un Rey, y que sus fueros
 Una sanción más sólida lograran
 Bajo tan sacro nombre, siendo mucho,
 Por más que injusta fuera y tumultaria,
 Que de un Rey la elección hecha quedase; 3760
 Pues fuese al fin quien fuese, suspiraba
 Por un dueño el Francés, y un Rey quería.
 Del famoso congreso a la asonada,
 Con estrépito acuden velozmente
 Todos aquellos jefes, que obstinara 3765
 Y un loco y fiero orgullo conducía.
 Los Nemours y Lorenas, de la España
 Con el embajador, de Roma el nuncio,
 Y un furibundo clero, al Louvre marchan,
 Con su nueva elección, de nuestros reyes 3770
 Los manes a insultar. El lujo, infausta
 Producción de las públicas miserias,
 La asamblea tiránica prepara
 Con ruidoso esplendor. No aparecían
 Allí los grandes príncipes. No estaban 3775
 Los señores en ella más notables,
 Que del sublime estado y sangre clara
 De nuestros rancios pares, majestuosos
 Potentes sucesores, del monarca
 Sentados a la par y en otros tiempos 3780
 Del Reino natos jueces, de tan alta
 Dignidad y poder, ya caducado,
 Aun rastros y reliquias blasonaban.
 De nuestros respetables parlamentos
 Los sabios diputados allí faltan, 3785
 Que nuestras ya harto febles Libertades,
 Con valor defendiesen y constancia.
 De las Lises allí ya el aparato,
 La insignia no se ve tan ordinaria.
 De un extranjero fausto todo absorto 3790
 Se mira al Louvre ya. De honor preparan
 Al legado de Roma cierta silla.
 Cerca dél a Mayenne se levanta
 Magnífico dosel. Bajo él, con pasmo,
 Grabadas lee el concurso estas palabras. 3795
 «Príncipes que juzgáis sobre la tierra,

Cuya culpable mano, con audacia
 Emprendiéndolo todo, nada ahorra,
 De Valois en la muerte desastrada
 A reinar aprended a lo adelante». 3800
 Ya se juntan al fin; ya entre cábalas
 Con infernales gritos, bandos varios,
 Retumbar del congreso hacen la estancia:
 Ya del error la venda ciega a todos;
 Y ya cierto ambicioso, de las gracias 3805
 De Roma esclavo vil, a su legado
 Lisonjas dirigiéndole, declama;
 Que llegado era el tiempo, en que las lises
 Rastrasen con terror bajo la tiara.
 Que en París al instante se erigiese 3810
 El tribunal sangriento, cuya planta,
 Invención era digna y monumento
 Del poder monacal; que allá aceptara
 El Español, y él mismo ya detesta;
 Que las aras vengando, las ultraja; 3815
 Que de sangre cubierto, y circundado
 De tormentos, de afrentas y de llamas,
 Quema, infama y degüella a los mortales⁵¹
 Con los sagrados filos de su espada;
 Como si aún tocásemos la horrible 3820
 La deplorable edad, en que adoraba
 Unos Dioses la tierra inexorables,
 Y a quienes sacerdotes de inhumanas
 Imposturas autores aún más fieros,
 De aplacar tantas veces se jactaban 3825
 Con la inocente sangre de los hombres.
 De la España también, otra vil alma,
 Por el oro comprada y corrompida,
 Con avaricia pérfida, su patria
 Al Íbero vender y entregar quiere, 3830
 A aquel Íbero mismo, a quien odiaba.
 Más ya de un poderoso y fuerte bando
 Unánimes sufragios, en voz alta,
 De nuestros viejos reyes sobre el trono,
 Al caudillo Mayenne colocara. 3835
 Solo un sacro dictado y un carácter,
 Un título tan solo le faltaba
 A su vasto poder. De osados votos
 Orgullosas y altivas esperanzas,
 En el profundo arcano de su pecho 3840
 A placer se nutrieran, se cebaran,
 Y en el supremo honor tan peligroso
 Del gran nombre de Rey, se saboreaban.
 A tal resolución, súbitamente
 Levántase Potier, y la palabra⁵² 3845
 Para hablar al congreso grave pide.

La rígida virtud, sola formaba
 Su terrible elocuencia. En unos días
 Del crimen tan infectos, se admirara
 Siempre justo a Potier, siempre por tanto 3850
 Respetado y temido. Veces varias,
 Con varonil constancia la licencia
 Reprimir se le viera de su saña;
 Y sobre ellos intacta conservando
 Su antigua autoridad, mostrar lograra 3855
 Su error impunemente y su injusticia.
 Al levantar su voz, murmullos se alzan:
 Apresúranse a oírle; le rodean;
 Y al silencio, escuchándole su plaza
 Cede el motín ruidoso. Así en la nave 3860
 Que agitaron las olas, acallada
 Del marinero ya la gritería,
 Que los aires hiriendo horrorizaba,
 Sólo el corte se siente de la proa,
 Que espumante, y en próspera bonanza, 3865
 Un mar surca calmoso y obediente;
 Así Potier, dictando leyes sabias,
 Como un justo entre el pueblo aparecía,
 Y a su voz el tumulto mudo estaba.
 «Vos destináis, les dice, el de Mayenne 3870
 Al puesto soberano. Vuestra falta
 Reconozco y la escuso a un tiempo mismo.
 Virtudes en Mayenne así resaltan,
 Que nunca por demás serán queridas.
 Yo propio le eligiera, si juzgara 3875
 Que elegirle podía; más nosotros
 Ley tenemos; debemos observarla;
 Y ese héroe tan insigne, si el imperio
 Pretende, de él indigno se declara».

Con todo el aparato, en este punto, 3880
 Y la brillante corte de un monarca,
 Entra Mayenne ya. Potier le mira
 Sin leve inmutación. «Sí; la palabra
 En tono del valor más noble lleno,
 Vuelve a tomar, «Sí, príncipe. No osara 3885
 Dirigiros mi voz contra vos propio,
 En nuestro pro común y de la patria,
 Si menos para ello os estimase.
 En vano antiguos fueros se proclaman
 Para elegir hoy Rey. Restan Borbones 3890
 Que el trono ocupar deban de la Francia.
 Nacer os hizo Dios harto bien cerca
 Del augusto lugar de su real rama,
 Sólo para con gloria sostenerle,
 Y no para usurparle con infamia. 3895
 Desde el sombrío seno de los muertos,

Ya ¡esclarecido príncipe! ya nada
 Que reclamar le queda al grande Guisa.
 Sangre, que ya corrió de su monarca,
 Muy bien a sus cenizas bastar debe. 3900
 Si el murió por un crimen, bien vengada
 Su muerte lo fue ya por otro crimen.
 Tomad con el Estado la mudanza,
 Que al Cielo plugo dar. Tan justo enojo
 Fine ya con Valois y su desgracia, 3905
 Puesto que por Borbón no fue la sangre
 De Guisa vuestro hermano derramada.
 El Cielo, el justo Cielo, que oficioso
 Tanto os honra a los dos, tanto os halaga,
 Para haceros eternos enemigos 3910
 Os dio a entrambos virtudes demasiadas;
 Mas yo el murmullo escucho; sonar oigo
 De ese pueblo los gritos, que propalan
 De hereje y de relapso horribles motes.
 De nuestros sacerdotes transportada 3915
 Observo la piedad. Su falso celo
 Viendo estoy, que empuñando mortal daga...
 Deteneos, y oídme ¡Desgraciados!
 ¿Cuál es la ley, ejemplo, o infernal rabia,
 Que vuestros homenajes al Ungido 3920
 Del Señor, así estorba y arrebatada?
 ¡Qué! ¿De San Luis el hijo, por ventura,
 A sus votos perjuro, se propasa
 A hundir o desquiciar los fundamentos,
 Do nuestro eterno altar se apoya y alza? 3925
 ¿Al pie no pide dél, que se le instruya?
 Él las leyes sanciona, observa y ama,
 Cuyo imperio insultáis vosotros mismos.
 Él, sabe entre las sectas más contrarias
 Las virtudes honrar. Él, vuestro culto 3930
 Igualmente respeta, y aun las faltas,
 Y aun los abusos vuestros, al Dios vivo,
 Cuyos ojos del hombre el fondo calan,
 El divino poder y los derechos,
 Que vuestro error se arroga o vuestra audacia 3935
 De juzgar las conciencias, reservando.
 De regiros cual Padre y cual Rey trata;
 Y aun cual mejor cristiano que vosotros,
 A perdonaros viene. Todo se halla
 En libertad con él ¿Y él solamente 3940
 Ser libre no podría? ¿Qué ordenanza,
 Qué ley pudo, o qué fuero constituiros
 De vuestro Rey jueces? ¡Turba airada
 De pastores infieles! ¡Sediciosos
 Indignos ciudadanos! cuán lejana 3945
 Se ve vuestra conducta, cuán ninguna

Vuestra conformidad y semejanza,
 De la edad primitiva a los cristianos,
 Que en medio del desprecio, con que odiaban
 De yeso y de metal ficticios dioses, 3950
 Sin murmurar jamás, en paz llevaran
 De príncipes idólatras el yugo;
 Con sufrimiento heroico y constancia,
 Sin quejarse jamás ruidosamente,
 Entre horribles suplicios dan el alma; 3955
 Y de heridas y sangre llenos todos,
 A sus mismos verdugos perdonaban,
 Los atroces martirios bendecían!
 Estos, a Cristo solos imitaran:
 Verdaderos secuaces eran suyos: 3960
 Mi razón, estos solos, otros no halla.
 Ellos morir solían por sus reyes,
 Y vosotros, ¡Franceses! con insania
 Asesináis los vuestros. Si al Dios justo,
 Cuyo implacable celo tanto exalta 3965
 Vuestra imaginación, place el castigo,
 La sangrienta venganza tanto agrada,
 Sois, en primer lugar, sí, sois vosotros
 ¡Bárbaros! de quien tiene que tomarla».

Nadie a un discurso osó tan arrojado 3970
 Dirigir su respuesta. Se quedaron
 Al escucharlo todos confundidos.
 Heridas reconocen sus entrañas
 De los dardos, que en él, tan libremente
 El ardiente orador les asestara, 3975
 Fuertes en demasía y penetrantes.
 Resistían en balde, desechaban
 En vano de su pecho, ardiendo en iras,
 El interno terror con que amilana
 La verdad al malvado; y el despecho 3980
 Revolvían y el miedo, y agitaban
 Su oculto pensamiento, cuando al Cielo,
 Mil voces de repente remontadas,
 Resonar hacen ya por todas partes,
 Entre un confuso ruido estas palabras. 3985
 «Al arma compañeros, sino somos
 Perdidos sin remedio, al arma; al arma».

Ya del alzado polvo espesas nubes,
 Del sol la clara luz turban y empañan.
 De alarmantes clarines y tambores 3990
 El estruendo marcial, de horror llenaba,
 Cual precursor acento de la muerte;
 No de distinto modo, que escapadas
 De las cuevas del Norte por la tierra,
 Precedidas de vientos en su marcha, 3995
 Y del trueno seguidas, de los aires

El espacio oscurando entre las masas
 De polvo en torbellinos, con violencia
 Levantadas del suelo en que posaban,
 Las fuertes impetuosas tempestades, 4000
 De el Universo corren por las plagas.
 Era el terrible ejército de Enrique,
 Que ya de una inacción sobrado blanda
 Desairado creyéndose, y ardiendo
 De fresca sangre en sed, se aproximaba; 4005
 Su espantosa algazara y alaridos,
 Hacía percibir a una distancia;
 E inundando los campos, a los muros
 Del rebelde París se encaminaba.
 No empleara Borbón unos momentos 4010
 De crisis tan salubre, en ordinarias
 De su finado Rey fúnebres honras;
 Ni en cuidar, que su tumba fuese ornada
 De inscripciones brillantes, que a los muertos,
 De los fieros vivientes miras vanas 4015
 De distinción y orgullo, comúnmente,
 De su raza a cadáveres consagran.
 Sus aguerridas manos, las riberas
 No cargaran del Sena desoladas
 De altivos mausoleos, do del hado, 4020
 Y del tiempo a pesar de cuanto arrasa
 La devoraz injuria, del olvido,
 Y de la atroz guadaña de la parca,
 De los Grandes fantásticos del mundo
 La vanidad frenética triunfaba. 4025
 Él solo, por su parte, a Valois piensa,
 En el lóbrego seno de su estancia,
 Más dignos de su sombra enviar tributos;
 Vencer sus enemigos en campaña;
 Castigar sus alevos asesinos; 4030
 Y hacer feliz su pueblo, ya domada
 De su audaz rebeldía la fiereza.
 Al rumor no esperado que sonara
 De los rudos asaltos, que de Enrique
 La sitiadora hueste amenazaba, 4035
 De los Estados juntos, confundido,
 Disuélvese el congreso y se separa.
 Mayenne al mismo tiempo, a lo más alto
 Corre activo y veloz de la muralla.
 El soldado, alarmándose, reunido 4040
 A sus pendones vuela, y en voz alta,
 Con indigno ademán, al Héroe ilustre,
 Que a París va avanzándose, insultaba.
 Todo a punto está ya para el asalto.
 Todo ya a la defensa pronto se halla. 4045
 No era de turbación en aquel tiempo,

Nuestro París, lo mismo, que así encanta
 Al dichoso francés en nuestros días.
 Cien fuertes, que el furor y el miedo alzarán,
 En menos anchuroso y largo espacio 4050
 Su recinto interior circunvalaban.
 Aquellos en el día tan soberbios
 Pomposos arrabales, cuya entrada,
 Cuya salida el mundo entero hoy goza
 A todas horas libre, a todas franca 4055
 De la paz por la mano, y que avenidas
 De una ciudad inmensa son ufanas,
 Do allá a perderse van entre las nubes
 Mil dorados palacios, no formaban
 Más que pobres aldeas y abatidas, 4060
 Que de sombríos muros circundadas,
 De París dividían anchos fosos.
 De Levante hacia el lado, al punto avanza
 Hasta el muro Borbón. Se acerca: llega:
 La muerte le precede. Ya entre llamas 4065
 Por el aire silbando vuela el hierro
 Del altivo bastión de la muralla
 Y de la brava mano sitiadora;
 Y las encaramadas torres altas,
 Los fuertes, que amenazan riesgos tantos, 4070
 Y los trabajos y obras que los vallan,
 De tan recia borrasca bajo el golpe
 Desplomándose todos, se aterraban.
 Enteros batallones, derrotados
 Tendidos se ven ya por la campaña, 4075
 Y aquí y allí dispersos, horrorizan
 Lejos de ellos sus miembros, sus entrañas.
 En polvo reducido cae al punto
 Todo cuanto a tocar el hierro alcanza,
 Y cada hueste lidia con el rayo. 4080
 Con menos arte, un tiempo, en las batallas,
 Los míseros mortales combatiendo,
 A su violenta muerte caminarán.
 Con menor aparato, antiguamente,
 El soldado al degüello se arrojaba. 4085
 El acero en la mano, era instrumento
 A su valor bastante, y a su saña;
 Más de la cruel industria de sus hijos
 Refinados esfuerzos, arrebatan
 De las altas esferas celestiales 4090
 Fulminadores truenos, que abrasarán,
 Y con horrendo estrépito se oyeron
 Las bombas reventar, que tanto espantan;
 Abominables furias, que de Flandes
 Las fieras turbaciones abortarán. 4095
 De bronce en duros globos inflamado,

Por el aire el salitre se dilata;
 Vuela rápidamente; se alza, y cae
 Con la misma prisión que le encerraba;
 Rómpela con estruendo, y de su fondo, 4100
 Con rábido furor la muerte escapa.
 Aún con arte mayor y más barbarie,
 Allá en profundas cuevas sepultada,
 Sabídose ha oprimir la infernal furia
 De subterráneos rayos, cuya saña 4105
 Pronta a inflamarse yace. So un camino
 De aspecto engañoso, do a la matanza
 Volando ya el soldado, a sus esfuerzos
 Librárase valiente, se reparan
 En un instante abiertos mil abismos. 4110
 Por los aires de azufre se derraman
 Denegridos torrentes. Batallones,
 Que en masa un bravo ardor adelantara,
 De la explosión al golpe sorprendidos,
 Estos nuevos Vesubios despedazan, 4115
 Volar hacen en trozos por los aires,
 O por bocas del suelo enteros tragan;
 Tan horroroso y grande era el peligro,
 Que al intrépido Enrique amenazara.
 Tanto y tan inminente el riesgo fuera, 4120
 Que arrostrar a su espíritu agradaba.
 Por medio de ellos todos, de avanzarse
 Hasta su digno trono, ardía en ansias.
 Tal tempestad, tras él, bravos desdeñan
 Sus guerreros, que entre ella, no se pasman, 4125
 Cuando bajo sus pies se abre el infierno,
 Y sobre su cabeza el rayo amaga.
 La Gloria a par del Rey, ante sus ojos
 Volando va con él. En ella clavan
 Sus soldados la vista, y por sus sendas 4130
 Trepando de ella en pos, con firme planta
 Por los riesgos caminan sin espanto.
 De este raudo torrente, que avanzaba,
 Entre furiosas ondas, por su parte,
 Con un tranquilo paso y grave calma, 4135
 Impávido no menos que sereno,
 El prudente Morné también se avanza.
 Al miedo y al furor inaccesible,
 Del cañón al estruendo y la descarga
 Constantemente sordo, y en el seno 4140
 Conservando del fuego fresca el alma,
 Con ojos mira estoicos la guerra,
 Como funesto azote, como plaga
 Del Cielo, necesaria, aunque espantosa.
 A do el honor le guía, en tono marcha 4145
 De filósofo siempre; y si condena

El sanguinario ardor de las batallas,
 A su príncipe llora, y fiel le sigue.
 Al terrible camino por fin bajan,
 Que de sangre un glacis todo regado, 4150
 Insuperable hacía. Aquí es do exalta
 Su denodado esfuerzo el gran peligro.
 De fajina y cadáveres se allana
 La vasta cavidad del hondo foso.
 De muertos y de heridos, que arrastraban, 4155
 Los montones hollando, parten, corren,
 Precipitadamente se abalanzan,
 Y a la brecha se arrojan. Solo armado
 De un acero sangriento, y de una adarga
 Cubierto, al frente va, la brecha monta 4160
 El primero Borbón. Monta; y largada
 A los vientos, sobre ella ya flotando,
 Su victorioso brazo enarbolara
 La triunfante bandera de las Lises.
 Quedan delante dél de pasmo heladas 4165
 Las huestes de la Liga, a entender dando,
 Que en su persona a un tiempo respetaban
 Su Vencedor y Rey. Ellas ya ceden;
 Más Mayenne al instante lo embaraza,
 Y su ardor animando con su ejemplo, 4170
 Nuevamente a los crímenes las llama.
 Sus fuertes y cerrados batallones,
 Por do quiera avanzándose, apretaban
 Al Rey, cuyas miradas, poco había,
 Que arrostrar no pudieran cara a cara. 4175
 Sobre el muro, a su lado, la Discordia,
 A la lid excitando encarnizada,
 De la caliente sangre en los raudales,
 Por ella ya vertidos, se bañaba.
 De los funestos muros combatiendo 4180
 Más a gusto el soldado, apunta, y lanza
 De más cerca más cierto y mortal golpe.
 Desde entonces no juegan, ya no estallan
 Los truenos no se escuchan de la guerra,
 Cuyas bocas de bronce, las campañas, 4185
 De la tierra, los pueblos, tantas veces
 Por ellos aturcidos, consternaban.
 Un feroz trabadísimo silencio,
 Hijo del cruel furor, allí reemplaza
 De una manera horrible su estampido; 4190
 Y con ojos de fuego ardiendo en brasas,
 Y un brazo decidido a todo trance,
 Por entre el enemigo abrirse alcanza
 Cada bravo una senda. Por contrarios
 Esfuerzos de ambas partes, la muralla, 4195
 De la muerte teatro, y de la sangre

De unos y otros guerreros barnizada,
 Ya se gana, se pierde y se recobra.
 En su mano fatal trémula y varia,
 Cercano de las Lises, de Lorena, 4200
 La Victoria el pendón aún tremolaba.
 Por todos puntos ya los asaltantes,
 Rechazados y rotos se notaran.
 Cien veces vencedores, y cien otras
 Vencidos, a un gran piélagos imitaban, 4205
 De fuerte tempestad cuando impelido,
 Que la playa hasta donde su ola avanza,
 En un instante inunda en otro huye.
 Jamás tan grande el Rey se demostrara
 Ni su ilustre rival, como en el día 4210
 De tan feroz asalto. De la vasta
 Mortandad y la sangre repasando
 Uno y otro por medio, de su saña,
 De su valor y espíritu cual dueños,
 Disponían, obraban, ordenaban, 4215
 Miraban todo a un tiempo, y conducían
 Con una sola ojeada, de sus masas
 Los rápidos y horribles movimientos.
 La formidable, en tanto, hermosa y brava
 Flor de las anglos huestes auxiliares, 4220
 Por Essex al asalto acaudilladas,
 Bajo nuestros pendones, a este tiempo,
 Por la primera vez se adelantaba,
 De servir en la Francia a nuestros reyes,
 Al parecer confusa y admirada. 4225
 Ellas a sostener fieras venían
 El honor y la gloria de su patria,
 De luchar y morir haciendo alarde,
 Sobre los mismos muros y campañas,
 En que ufanos el Sena a sus abuelos 4230
 Viera un tiempo reinar. La brecha ataca
 Por el punto, de Essex, en que apostado
 El intrépido Aumale la guardaba.
 Ambos rivales, jóvenes brillantes,
 A porfía compiten, y se igualan 4235
 En el marcial ardor de que están llenos;
 Así allá combatiendo nos pintaran
 En los muros de Troya semidioses.
 A los dos, de tropel, auxilio daban
 En contorno sangrientos sus amigos. 4240
 Galos, Lorenos, Anglos, que tamañas
 Ira y bravura a un tiempo allí reuniera,
 Combatían, herían, avanzaban,
 Y morían matando todos juntos.
 ¡Ángel, que su furor y brazo guiabas! 4245
 ¡Sacro Exterminador, que fuiste siempre

De estos trances el árbitro y el alma!
 ¿De qué héroe, al fin, tomaste la querella?
 ¿A favor de cuál de ellos, dí, más grata
 Del Cielo la balanza se ha inclinado? 4250
 Sitiados y sitiados de igual saña,
 Borbón, Mayenne, Essex, y el rival suyo,
 Hacen en igual tiempo igual matanza.
 El partido más justo, finalmente,
 Victorioso consigue la ventaja. 4255
 Triunfa al cabo Borbón rompiendo paso.
 Ya más no le resisten fatigadas
 De la Liga las tropas, que aturdidas,
 Ceden, y le abandonan la muralla.
 Así como caer se ve un torrente 4260
 Del Pirineo allá de cimas altas,
 Que del valle en la hondura, amenazando
 Las ninfas extravía consternadas,
 Y encontrando en su curso fuertes diques,
 Que al furor de sus olas levantarán, 4265
 El impetuoso choque un tanto enfrenan;
 Pero bien prontamente ya arrasadas
 Sus débiles barreras, más pujante,
 Ante sí y a muy lejos, lleva, arrastra
 El estruendo, la muerte, y el espanto; 4270
 De raíz, al pasar, violento arranca
 Las encinas altivas y orgullosas,
 Que cien recios inviernos desafiaron
 A los cielos tocando, y desprendiendo
 Del pendiente breñar de la montaña 4275
 Enormísimas peñas, los rebaños
 Fugitivos persigue en las campañas;
 Así, Borbón, del alto de los muros,
 Que humeando aun se apoderara,
 A paso y con furor precipitado, 4280
 Al campo de batalla se abalanza,
 Y con segur cayendo fulminante
 Sobre aquellos rebeldes, los segaba
 Cual la colmada mies siega el colono. 4285
 Los Dez y seis, temblando a justas sañas
 Del brazo vengador, ya por el miedo
 Dispersados y atónitos, se escapan.
 Manda, por fin, Mayenne, que las puertas
 Al triunfador Borbón al punto se abran. 4290
 Entra el Héroe en París con sus cohortes.
 El hacha en una mano, en otra el arma,
 Vuelan los vencedores, y de sangre
 Por tintos arrabales se derraman.
 Del soldado sin freno la bravura,
 Tornándose en brutal y feroz rabia, 4295
 Todo lo lleva a saco, sangre y fuego.

Enrique no lo ve. Raudos picaban
 Sus ímpetus la fuga, a que, a sus ojos,
 Con sobrada vergüenza se entregara
 El deshecho enemigo. Le transporta 4300
 Su valor, y su gloria le inflamaba.
 Salta los arrabales; y a la puerta
 Avanzándose airado, «¡Camaradas!
 Acá con esa llama y ese hierro.
 Venid, volad, montad esa muralla, 4305
 Que orgullosa y tenaz aún nos resiste».

Estas voces apenas pronunciadas,
 A los ojos de Enrique se presenta,
 Del fondo de una nube remontada,
 Un fúlgido fantasma, cuyo talle, 4310
 Cual majestuoso dueño, que comanda
 A todos los soberbios elementos,
 En las alas del viento se acercaba
 Bajando hacia Borbón. Vivas centellas
 De la divinidad, su frente ornaban 4315
 De una inmortal belleza. De ternura
 Sus ojos y de horror llenos resaltan.
 «Detente, al punto exclama, demasiado
 Infeliz vencedor ¿tú la morada,
 Tú la inmortal herencia de cien reyes 4320
 Tus augustos mayores, a las llamas,
 Al pillaje y la muerte entregar osas,
 Tus tesoros, mis templos, y la patria;
 Degollar tus vasallos; y sus vidas
 Por parricidas manos agotadas, 4325
 Reinan sobre cadáveres y escombros?
 Detente, le repite». A estas palabras,
 Aún más que el trueno fuertes, cae en tierra,
 Y aturdido el soldado el botín larga.

De aquel ardor Enrique todo lleno, 4330
 Con que la lid su pecho aún agitaba,
 A un proceloso mar se parecía,
 Que murmurando ruge aun cuando calma.
 ¡O fatal morador, dice, de un mundo,
 Que del hombre a la vista se recata! 4335
 Declárame, si quieres, te suplico,
 Lo que a anunciarme viene tu embajada
 En mansión tan sangrienta y horrorosa».

De una suave, entonces, dulce gracia,
 Estos llenos acentos, ha escuchado. 4340
 Yo soy el Rey feliz, a quien en aras
 Cultos la Francia rinde. Soy el Padre
 De los Borbones, tuyo, y de tu causa
 El justo protector; el Luis, que un tiempo
 Combatió como tú; cuya fe santa 4345
 Tu dócil corazón con desdén mira;

Aquel Luis, en fin, que tanto te ama,
 Y con lástima admira. Vendrá el hora
 En que a ese trono, Enrique, de la Francia,
 De Dios mismo la mano te remonte. 4350
 En París, vencedor, harás tu entrada,
 Aunque de tu clemencia en digno premio,
 No dél de tu valor y tus hazañas.
 Dios mismo es, hijo caro, si, Dios mismo
 Es quien de esto te instruye, y quien me manda». 4355
 De gozo a tales voces, aquí el héroe
 Tiernas y dulces lágrimas derrama.
 Extinguido ya el fuego de su enojo
 Deja en su corazón una paz santa.
 Suspira, exclama, adora de rodillas, 4360
 Y de un horror divino absorta el alma,
 A la sagrada sombra gratos brazos
 Tres veces con afán ardiente alarga,
 Y tres veces su padre se le huye,
 Y le burla, cual nube, que arrebatara 4365
 La impetuosa violencia de los vientos.
 De la altura, entre tanto, descollada
 Del formidable muro, en armas puesta
 Aquella inmensidad confusa y vasta
 De un pueblo alborotado y de una Liga 4370
 En que las clases todas se mezclaran
 De jefes, ciudadanos y soldados,
 Franceses y extranjeros, granizaba
 Contra el Rey, animosa, hierro y fuego.
 La virtud del Altísimo, brillaba 4375
 Derredor de su frente, y de los dardos,
 Que contra él de intento se arrojaban,
 La tempestad desvía. El riesgo entonces
 Llegó Enrique a probar, en que bajara
 De los Borbones a salvarle el Padre. 4380
 A París y sus pueblos contemplaba
 Con tan tranquilos ojos como mustios.
 «¡Franceses, exclamó, ¡ciudad infausta,
 Ciudadanos ilusos e infelices,
 Pueblo feble y sin fe! ¿cuando acabadas 4385
 Esa audacia serán y loco empeño,
 De combatir así vuestro Monarca?»
 A la manera, entonces, que el gran astro
 De las luces autor, ya completada
 Su abrasante carrera, con un fuego 4390
 Lucir se ve más dulce, allá a la raya,
 Del remoto Occidente, do más grande
 A los ojos parece, que se escapa
 Lejos ya de nosotros; así lejos
 También ya de París y sus murallas, 4395
 El Héroe se retira, el alma llena

Del Rey santo y del Dios, que le enviaba.
 Hacia Vincenes marcha, en que allá un día,
 Justas leyes al Pueblo pronunciara,
 De una encina, el Gran Luis, al pie sentado. 4400
 ¡Cuanta fue, desde entonces, tu mudanza,
 O Vincenes, paraje amable un tiempo!
 Tú, no eres hoy ya más, que abominada
 Negra prisión de Estado, viejo fuerte⁵³,
 De despecho lugar, do veces tantas, 4405
 A despeñarse vienen y sumirse,
 De cumbres del poder y la privanza,
 Arrogantes ministros y magnates,
 Que allá un día lucieran y tronaban
 Sobre nuestras cabezas, y viviendo 4410
 De la corte entre escollos y borrascas,
 Por un hado inconstante, de opresores
 A oprimidos pasar se les miraba,
 Y a humillados no menos de soberbios,
 Siendo el horror del pueblo veces varias, 4415
 Y otras, siendo su amor. Del Occidente,
 Do se forman las sombras, ya se avanza
 A desplegar la noche el negro manto
 Sobre el triste París, y así recata
 Al mísero mortal, en tan sangrienta 4420
 Horrorosa mansión, fieras batallas,
 Y tendidos cadáveres, que ha visto
 La luz de un día fúnebre turbada.

FIN DEL CANTO VI

▽△

Canto VII

San Luis transporta a Enrique IV en espíritu al cielo y a los infiernos. Le hace ver allí el palacio de los destinos, su posteridad, y los grandes hombres que debía producir la Francia.

Del divino Hacedor la providencia,
 Con piedad infinita, a males tantos, 4425
 Como esta vida amargan lastimera,
 Por aplicar consuelos que la alienten,

Dejarnos, generosa, quiso en ella
 Dos benéficos seres, para siempre
 Amables habitantes de la tierra, 4430
 Que fuesen nuestro alivio en las fatigas,
 Y tesoro insondable en la indigencia.
 El blando Sueño es uno. La Esperanza
 Consoladora es otro. Cuando llegan
 A probar los mortales, de su cuerpo 4435
 Lánguido y abatido la flaqueza;
 Luego que ya sus órganos rendidos,
 Sin tono sus resortes y sin fuerza,
 Desfallecer se sienten, con la calma
 Más saludable, entonces, y serena, 4440
 De su naturaleza acude el uno,
 Al socorro feliz, que la recrea,
 Consigo al mismo tiempo, un grato olvido
 Llevándole de cuitas que la aquejan.
 Nuestros deseos siempre, el otro, inflama. 4445
 Del hombre el corazón siempre alimenta;
 Y aun cuando nos engaña, con placeres
 Nos brinda verdaderos y sustenta;
 Sin que al mortal querido, a quien el Cielo
 Propicio se lo envía, jamás pueda 4450
 Inspirar falsos gozos. De Dios nuncio,
 Su apoyo entonces trae y sus promesas,
 Y es tan puro e infalible como él mismo.
 Requíérelos Luis. De Enrique cerca
 Al uno y otro llama. «Venid, dice, 4455
 A mi hijo acostaos, fiel pareja»;
 Y el apacible Sueño, que le escucha
 De la secreta hondura de sus cuevas,
 A las frescas umbrías blandamente
 Su paso enderezando, a Enrique encuentra, 4460
 Y del viento, a su vista, calla el silbo,
 Y el inquieto murmullo se sosiega.
 Los fortunados Sueños, hijos caros
 De la Esperanza, en torno revolean
 Del durmiente, y al Héroe en fin cubriendo 4465
 Con su amapola, oliva y laurel mezclan.
 Su diadema, Luis, tomando entonces,
 Del Vencedor, él mismo, en la cabeza
 Colócala, y le dice. «Reina, triunfa,
 Y sé en todo hijo mío. Ya en ti resta 4470
 Cifrada únicamente la esperanza
 De mi linaje todo: pero piensa
 Que el trono no es, Borbón, no es lo bastante.
 De los presentes todos, de la herencia
 De Luis, lo más leve, no lo dudes, 4475
 Lo menos importante, es su diadema.
 Es un laurel amargo y marchitable,

Una gloria es, Enrique, muy pequeña,
 La de Conquistador, de Rey, y de Héroe.

A no alumbrarte el Cielo, nada hubiera 4480
 Hecho aún en pro tuyo. Esos honores,
 Esa mundana pompa, todo queda
 En un estéril bien, que frágil premio
 A virtudes humanas sólo prestan.

Brillo arriesgado son, que pasa y huye 4485
 A par de la inquietud, su compañera,
 Y que presto, por fin, la muerte acaba.
 Otras glorias, Borbón, más duraderas,
 Otro imperio más sólido y estable,

Más para tu instrucción, que recompensa, 4490
 A descubrirte voy en este día.
 Ven: obedece, y sígueme por sendas,
 Que nuevas te serán. Al alto seno
 De la Divinidad conmigo vuela

Y llena, hijo dilecto, tus destinos». 4495
 Así dice: y con rápida presteza,
 En un carro, uno y otro, luminoso,
 Los campos de los aires atraviesan;
 No de distinto modo, que en la noche,

Del un polo hasta el otro de la tierra, 4500
 Correr se ven relámpagos y rayos,
 Que la atmósfera hienden; y a manera,
 Que muy lejos allá de su alta cima,
 Admirada y confusa vio esta esfera,

Como ardorosa nube arrebatada 4505
 De Eliseo a los ojos, la presencia
 Del Señor, elevándole en carroza
 De fuego celestial en llama envuelta.
 En el brillante centro de ese espacio,

Do en la noche la vista absorta observa 4510
 Esos etéreos globos, que matizan
 Del cielo, con su luz, la región bella,
 Globos, que ya ocultarnos no han podido
 Su curso y sus distancias, la lumbrera

Luce mayor del día, que la mano 4515
 Encendió de Dios propio, y de sí misma
 Sobre su eje inflamado en torno rota.
 Sin fin de luz torrentes parten de ella,
 Y color: al mostrarse, aliento y vida

Derrama en la común naturaleza. 4520
 Los días y estaciones de los años,
 A los diversos mundos, que le cercan,
 Flotando en su contorno, distribuye.
 Sujetos estos astros a las reglas

Que su armonía fundan, y a las leyes 4525
 Que precisan su giro y los apremian,
 Mutuamente se atraen incesantes,

Incesantes se evitan y se alejan;
 Y sirviéndose a un tiempo entre sí mismos
 De un apoyo perpetuo y norma cierta, 4530
 Recíprocos se envían y traspasan
 La clara luz que aquél a todos presta.
 Más allá de su curso, allá muy lejos,
 En espacio en que nada la materia,
 Y que Dios solo abraza, inmensos soles, 4535
 Grandes mundos, sin fin la permanencia
 De su morada fijan luminosa.
 Por un piélago tal de luz excelsa,
 De tan glorioso Padre al mortal hijo
 Franquear plugo a Dios sublime senda. 4540
 Aún más y más allá de cielos tantos,
 De ellos formó el Señor su residencia.
 Aquí ha sido, a do el Héroe fue siguiendo
 Su conductor celeste. Aquí se crean
 Los diversos espíritus que animan 4545
 Nuestros mortales cuerpos, y que pueblan
 Del universo mundo las regiones.
 De la muerte a los cortes, por fin, sueltas
 De su prisión grosera nuestras almas,
 Engolfadas aquí por siempre quedan. 4550
 Inexorable Juez e incorruptible,
 Aquí trae a sus pies, aquí congrega
 Los espíritus todos inmortales,
 Que su divino soplo a bien tuviera
 A su imagen crear. El Ser es este, 4555
 Que infinito se ignora y se confiesa,
 Y a quien bajo de nombres los más varios,
 Sirve toda nación y reverencia.
 Él desde el alto Empíreo escucha atento
 Nuestros humildes votos y querellas. 4560
 Él de nuestros errores disimula,
 Y con lástima el cúmulo contempla,
 No menos que la idea y los retratos,
 Llenos de insensatez y de indecencia,
 Que del hombre curioso, en sus delirios, 4565
 La mísera ignorancia y la soberbia,
 De su sabiduría incomprensible
 Con sobrada piedad audaz inventa.
 La Muerte, cerca dél, pensión del hombre,
 Y del Tiempo fugaz hija funesta, 4570
 De la mansión efímera y penible
 Del Universo entero, a sus pies lleva
 Los habitantes todos, no exceptando
 Clase, edad, ni nación. Él allí mezcla
 A un tiempo con los Bonzos los Bracmanes, 4575
 Discípulos profanos del sistema
 Del filósofo chino el gran Confucio.

Con ellos también trae a su presencia,
 Los fieles misteriosos sucesores
 De los antiguos sabios de la Persia, 4580
 Que aún en secreto adictos a Zoroastro,
 Con ciega obstinación siguen su escuela.
 Pálidos moradores de las frías
 Regiones, do los témpanos congelan
 Y esos piélagos sitian hiperbóreos, 4585
 Y los que allá, de América en florestas,
 Son errantes y míseros esclavos
 Del invencible error. A la derecha
 Busca en balde de Dios, con vista vaga,
 Atónito el Dervís a su profeta: 4590
 Y con ojos no menos penitentes
 Que sombríos, en vano allí se precia
 De sus votos el Bonzo y sus tormentos.
 Al instante ilustrados, allí esperan
 En silencio estos muertos y temblando, 4595
 De su eterno destino la sentencia;
 Y Dios, que a un mismo tiempo lo ve todo,
 Lo escucha y lo conoce, o los condena,
 O los absuelve de una sola ojeada.
 No se dirige Enrique, no se acerca 4600
 Hasta el lugar aquel, trono invisible,
 De donde a cada instante parten rectas
 Del tremebundo Juicio de Dios propio,
 Aquellas decisiones sempiternas,
 Que de mortales tantos preveer osa 4605
 El indiscreto orgullo y la demencia.
 «¿Cual será, Borbón diz, consigo hablando,
 Cual de Dios la balanza justiciera
 Sobre aquestos ilusos o ignorantes?
 ¿Castigarlos él, porque tuvieran 4610
 Distráidos sus ojos o cerrados
 A aquella misma luz, que le pluguiera
 De ellos tanto arredrar? ¡Qué! ¿Dios podría,
 Cual un Señor injusto, sin fin penas
 Por la ley del cristiano fulminarles, 4615
 De que nunca han podido haber conciencia?
 Pero no: Dios crionos. Él sin duda,
 Salvarnos quiere a todos. Él enseña,
 Él, por todo nos habla, y él en todo
 Humano corazón, sin diferencia, 4620
 De la naturaleza la ley graba;
 Ley siempre pura y fiel, siempre una misma.
 Por esta ley, sin duda, al gentil juzga;
 Y si un alma en su error abrigó buena,
 Cualquier gentil también cristiano ha sido». 4625
 En tanto, que del Héroe así se arriesga
 La confusa razón, sobre un misterio

A fijar sus miradas indiscretas;
 Al pié se deja oír del mismo trono
 Una voz, a la cual, el Cielo tiembla, 4630
 Y del Orbe los ejes se estremecen.
 Sus terribles acentos se asemejan
 A los del trueno aquel, que ha retumbado
 Sobre el monte Sinaí, cuando a la tierra
 Desde su cumbre un tiempo Dios hablara. 4635
 Para oírla las harpas mudas quedan
 De su coro inmortal, y a repetirla
 En su curso los astros se dan priesa.
 «Guárdate temerario, de guiarte,
 De tu sola razón por turbia estrella. 4640
 Dios para amarle sólo te ha criado,
 Y no para que osado te atrevieras
 A querer comprender sus altos juicios.
 Invisible a tus ojos, con fe ciega
 Reine en tu corazón. Él la injusticia 4645
 Confunde riguroso; y si dispensa
 Al no advertido error de los mortales,
 Con paternal dulzura su indulgencia,
 También juzga y castiga el voluntario.
 Abre mortal los ojos, cuando llegan 4650
 Los rayos de su luz a iluminarte».

En este instante, Enrique, por la fuerza
 De un recio torbellino arrebatado,
 De aquel inmenso espacio la carrera
 Veloz atravesando, a una morada 4655
 Transportado se vio la más negra,
 Más informe, selvaje, y horrorosa,
 Del caos primitivo especie horrenda,
 Impenetrable siempre, cual de hierro,
 A los brillantes rayos y centellas 4660
 De aquellos soles todos, que fulgentes,
 Del Altísimo son obras maestras,
 Y como él bienhechoras. Sobre suelo,
 Que espantoso los ángeles detestan,
 El germen no ha querido de la vida 4665
 Derramar nunca Dios. La Muerte fiera,
 Ella sola, el Horror con el Desorden
 Y eterna Confusión, la residencia
 De su lóbrego imperio allí parecen
 Haber establecido. ¡Qué querellas! 4670
 ¡Qué de aullidos, O Dios, tan espantables!
 ¡Qué torrentes de humo, y qué de hogueras!
 «¿Qué formidables monstruos, Borbón dice,
 Vuelan por estos climas? ¿Qué cavernas
 Se entreabren encendidas a mis plantas?». 4675
 «A tu vista: ¡hijo mío! están las puertas
 Del perdurable abismo, que la mano

Excavó de Dios propio justiciera,
 Para eternal estancia del Delito.
 Ven, hijo mio; sígueme. Las sendas, 4680
 Fáciles por demás, anchas y llanas,
 Están de esa mansión por siempre abiertas».

Y de súbito al pórtico caminan
 Del horroroso Infierno, do se encuentra⁵⁴
 Verdinegra la Envidia, que al obscuro, 4685
 Con torva vista de través ojea,
 Y de su horrenda boca mil venenos
 Arroja de laurel sobre diademas.
 El resplandor del día, entre las sombras,
 Sus centellantes ojos atormenta. 4690
 Triste amante de muertos, a los vivos
 Con maléfico horror mira y detesta.
 Percibe el monstruo a Enrique, y asustada,
 Se desvía y suspira. Cerca de ella,
 El Orgullo se admira y se complace. 4695
 Con mirar abatido, y faz cubierta
 De una amarilla tez, desmadejada,
 Allí renquea enclenque la Flaqueza;
 Tirana, que a los crímenes cediendo,
 Las virtudes destruye o desalienta. 4700
 Altanera, feroz, y sanguinaria
 La Ambición, deslumbrada, loca e inquieta,
 De panteones, de tronos y de esclavos
 Por do quiera rodeada, allá se ostenta.
 La blanda Hipocresía, con sus ojos 4705
 De dulzura colmados y terneza,
 El Cielo muestra en ellos, y el Infierno
 De su pecho en el fondo oculto lleva.
 Su bárbara doctrina, sus furores,
 Sus máximas impías y sangrientas 4710
 Por do quiera pregona el Celo falso;
 Y el Interés, por fin, pasión funesta,
 De los crímenes todos fatal madre,
 Por entre aquellos monstruos serpentea.
 Del mortal corrompido estos tiranos 4715
 Sin pudor y sin freno, a la presencia
 Sorpréndense de Enrique y se confunden.
 No le vieran jamás. Tan vil ralea,
 Jamás de su alma noble, que nutrida
 Fuera por la Virtud, cerca estuviera. 4720
 ¿Qué mortal, se decían, por un justo
 Del Cielo conducido, aquí se llega
 A insultarnos aún y perseguirnos
 En esta inmensa noche, de horror llena?
 De espíritus inmundos por en medio, 4725
 Avanzábase absorto a marcha lenta
 Bajo profundas bóvedas el Héroe.

Luis su paso guía. «Más... ¡que observa
 Mi vista, Cielo santo! ¡El asesino
 De Valois! ¿Monstruo tal, tan atroz fiera, 4730
 Se presenta a mi vista, excelso Padre?
 Él empuñado aún, sangriento lleva
 El parricida acero, que en su mano,
 A poner, sedicioso, se atreviera
 El villano y anárquico consejo 4735
 De aquellos Dez-y-seis ¡oh Providencia!
 Mientras que allá en París, de un clero indigno
 La piedad más sacrílega y cruenta,
 De retratos del pérfido se atreve
 A afrentar sus altares; que allá ciega 4740
 Le invoca ya la Liga, y que, al fin, Roma
 Le ensalza por su parte y loor le presta,
 Entre horrores aquí, y entre tormentos,
 El infierno, más justo, le reprueba».
 «Hijo mio, Luis dícele entonces, 4745
 Otras más justas leyes y severas,
 En el lugar, que miras, a los reyes
 Persiguen y magnates. Mira aquella
 Multitud de tiranos y opresores,
 A quienes allá en vida se les dieran 4750
 Adoraciones mil. Cuanto más fieros
 Y potentes el mundo los sufriera,
 Tanto más el Dios justo los humilla,
 Penando en este puesto la insolencia
 Ya de sus propias obras, ya de cuantas 4755
 Dejaron sin vengar, o tal vez fueran
 Por ellos permitidas. Ya la muerte
 Riquezas les ha robado pasajeras,
 Los placeres, el fausto, y del infame
 Venal adulador las complacencias, 4760
 Que a sus ojos de orgullo fascinados,
 La verdad ocultaban con destreza.
 Esta verdad, Enrique, es la que ahora
 Su suplicio aquí labra, la que expuesta
 A su vista está siempre, y que sus vicios 4765
 Y sus crímenes todos les recuerda.
 Mira como a su voz esos soberbios
 Vanos conquistadores, mudos tiemblan.
 A los ojos del pueblo fueron héroes;
 A los de Dios tiranos, plagas fieras, 4770
 Del Orbe entero azotes, que lo afligen
 Con bárbara crueldad; truenos, centellas
 Que un día fulminaron, los abisman,
 Y aquí por fin al mundo a su vez vengán».
 Oscura galería cerca de ellos 4775
 De reyes indolentes se presenta;
 Fantasmas del poder sobre unos tronos,

Que envilecen sus vicios y pereza.
 Cabe ellos, ansí mismo, el Gran Enrique
 Sus ministros despóticos contempla 4780
 Y con horror mayor, de sus delitos
 En tan digno lugar, a mirar llega,
 Siniestros y venales consejeros,
 Cuyas avaras miras e impudencia,
 Las más sagradas leyes y costumbres 4785
 Sórdidas corrompiendo, en almoneda
 Exponer las primeras atentaron,
 De Temis y de Marte, con afrenta,
 El ministerio augusto y los honores,
 Puras e inestimables recompensas 4790
 Del mérito y virtud de nuestros padres.
 «¿Y habitaréis también región tan fea,
 ¡Dulces, febles y mansos corazones,
 Que de mirto, arrayán y flores bellas
 En muelle y grato lecho recostados, 4795
 Sin hiel alguna amarga y sin fiereza,
 Entregados tan solo a los placeres,
 En el ocio pasáis y negligencia,
 Vuestros días inútiles, hilados
 Por las sensuales manos y halagüeñas 4800
 De la afeminación y la delicia?
 ¿Confundidos seréis, en esta escena,
 Con turbas de malvados ¡o vosotros,
 Benéficos mortales, de la excelsa
 Virtud fieles amigos! que de duda 4805
 Por tan solo un instante o de flaqueza
 Agostado por siempre habéis el fruto
 De años tantos de mérito y prudencia?».

No pudo el generoso y tierno Enrique
 Tener aquí sus lágrimas. «Si en esta 4810
 Del horror, exclamó, mansión opaca,
 Verdad es, que a parar a hundirse vengan
 Cada instante, sin número infelices⁵⁵
 De nuestra humana raza, y siempre llenas
 De molestia y dolor sus breves horas, 4815
 Sin recurso ni fin de pena inmensa
 Seguidas han de ser, ¿La luz del día
 No haber visto jamás mejor no fuera?
 ¡Dichosos en tal caso los mortales,
 Si de sus madres antes perecieran 4820
 En el infausto vientre; o si al Dios ese,
 Que tan severo pintan, le pluguiera
 Al hombre arrebatarse, sobrado libre
 Para no obedecerle, esa funesta
 Infeliz libertad, ese albedrío!». 4825
 «No, responde Luis, no Enrique creas,
 Que esas víctimas tristes, que así lloras,

Penas aquí jamás sufran que excedan
 Del crimen la medida; que el Dios justo,
 Que ha creado los hombres, placer tenga 4830
 En desgarrar, cruel, la inmortal obra
 De su mano y poder por excelencia.
 Si es infinito Dios, principalmente
 Eslo, Enrique, en sus premios y clemencias:
 Pródigo de sus dones, sus venganzas 4835
 Economiza blando; y si quimeras
 Le pintan de los hombres, como ejemplo
 De implacables tiranos, él se muestra
 Un Dueño aquí benigno, un Padre amante
 Que sus hijos corrige solamente. 4840
 Su mano vengadora y justiciera,
 Con piedad inefable, del castigo
 Embota dulcemente las saetas.
 Su bondad no sabría los momentos
 En que del hombre cae la miseria, 4845
 Ni sus rápidos gustos y deleites,
 Que inquietudes y tedios siempre infectan,
 Y que de leves culpas o veniales
 En limitados términos se encierran⁵⁶,
 Castigar con tormentos tan atroces, 4850
 Que, como él mismo, término no tengan».

Esto de Enrique el Padre excelso dijo:
 Y al instante, con rápida presteza,
 A los faustos lugares vuelan ambos,
 Donde feliz habita la inocencia. 4855
 Aquí no existe ya de los Infiernos
 La lobreguez horrible. De la inmensa
 Inmortal claridad día el más puro,
 En tan bellas regiones luce y reina.
 Velas Enrique apenas, y a su aspecto, 4860
 Pasar al alma siente una paz nueva,
 Una extraña alegría. Las pasiones,
 Los cuidados allí jamás inquietan
 Del hombre el corazón. Allí morando,
 Derrama liberal a manos llenas 4865
 El tranquilo Deleite, con sus gracias,
 Dulzuras mil benéficas y tiernas.
 En estos climas es ¡o Amor! en donde
 Todo tu dulce imperio experimenta.
 No es este aquel amor, que inflamar suele 4870
 La mundana molición. Es una bella,
 Una divina antorcha, y del más santo,
 Más limpio y puro fuego sacra tea.
 El hijo es de los cielos noble y puro,
 Que a conocer no alcanza acá la tierra. 4875
 Dél solo sin hastío para siempre
 Aquí las almas todas están llenas,

Que gozando incesantes de las dichas,
 Incesantes, a un tiempo, las desean.
 De un eternal ardor en suaves llamas, 4880
 Delicias sin pesares las afectan,
 Gozan sin inquietudes del reposo.
 Reinando aquí con gloria verse dejan
 Los príncipes virtuosos, que del mundo
 Produjeron, tal vez, felices eras. 4885
 Los héroes verdaderos aquí moran.
 Los verdaderos sabios aquí alientan.
 Sobre un trono sentados de oro puro
 Del Cielo en lo más alto de la esfera,
 El grande Clodoveo y Carlomagno, 4890
 Con oficioso amor atentos velan
 Del sagrado oriflama de la Francia
 Sobre el ilustre imperio. Los que fueran
 Más émulos y fieros adversarios,
 Como amantes hermanos se contemplan, 4895
 Desque reunidos son en tal morada.
 Luis doce, el Prudente, en la floresta
 Descuella de los reyes, cual el cedro,
 Y le impone su ley. La Providencia,
 Propicia a nuestros padres, de los Cielos 4900
 Les regaló este Rey, que acata y sienta
 Consigo sobre el solio la justicia.
 Él dispensó benigno su indulgencia;
 Sobre los corazones ha reinado;
 Y del pueblo las lágrimas, que riegan 4905
 Sus míseros hogares, pío enjuga.
 De Ambois a sus pies su gloria eleva⁵⁷:
 Fiel ministro, que amó la Francia solo,
 Y que solo también fue amado de ella.
 De su Rey tierno amigo, en su alto puesto, 4910
 Jamás sus puras manos se le viera,
 De los pueblos en sangre ni en rapiñas
 Manchar con injusticia ni vileza.
 ¡Oh no imitados tiempos! ¡o costumbres
 Dignas de un acordar, que al tiempo exceda! 4915
 El Pueblo era feliz. Su Rey dilecto,
 De la más alta gloria se cubriera.
 De sus amables leyes, dulces frutos
 Gozaba el ciudadano. ¡Ah! Vuelvan, vuelvan
 Bajo un otro Luis días tan faustos! 4920
 Guerreros, a lo lejos, se le ostentan,
 Pródigos generosos de sus vidas,
 Cuyos valientes pechos encendiera
 El sagrado deber y no la furia.
 Tales De Foix, Tremvill, y Clison eran⁵⁸. 4925
 Tal era Montmorenci; y el que un día
 Osado destructor de reyes fuera

E ilustre vengador, Gueselin: y el fiero⁵⁹
 El virtuoso Bayardo; y tú, ¡o afrenta
 Del Britano, bravísima Amazona⁶⁰, 4930
 Que del trono francés sostén hicieran!
 «A estos fuertes varones, dice el Padre,
 A estos héroes, que aquí de cerca observas
 Ya en el Cielo morando, y que allá ilustres
 Habitantes un día de la tierra, 4935
 Sus ojos deslumbraron, fueles cara
 La virtud cual a ti; más de la Iglesia
 Hijos fieles, la amaron como madre.
 Su dócil corazón, con fe sincera
 Buscó siempre, Borbón, la verdad santa. 4940
 El mío fue su culto. ¿Porque dejas
 De seguir sus heroicos ejemplos?».
 Con lastimosa voz a Enrique apenas
 Esto de amonestar Luis acaba,
 Cuando delante de ambos, con sorpresa, 4945
 Los celestes palacios del Destino
 Súbito se aparecen. Luis ordena,
 Que a sus sagrados muros marche Enrique;
 Y al momento de bronce sus cien puertas
 A sus absortos ojos quedan francas. 4950
 Sobre rápidas alas, nunca quietas,
 Con insensible vuelo, el fugaz Tiempo
 De aquel alcázar huye, y en él entra,
 Y sin cesar un punto, a sembrar parte
 Sobre el suelo mortal, a manos llenas, 4955
 El cúmulo de males y de bienes,
 Que asignar al Destino le pluguiera.
 Sobre un altar de duro y bronco hierro,
 Un libro indescifrable allí se muestra,
 Do de lo porvenir constantemente 4960
 La irrevocable historia se escribiera.
 Con presciencia infinita, del Eterno
 La mano en él cifró las ansias nuestras,
 Y los graves pesares, con los leves
 Placeres de la vida. A esa soberbia 4965
 Esclava Libertad, vese allí mismo
 Por invisibles lazos prisionera.
 Bajo un yugo escondido a los humanos,
 Y que nada jamás habrá que pueda
 Romper ni sacudir, a su alto arbitrio 4970
 Sabe su autor divino someterla;
 Más sin tiranizarla, asida estando
 Y a su suprema ley tanto más presa,
 Cuanto perpetuamente está a sus ojos
 Con misterio escondida su cadena, 4975
 Y cuanto aun ella misma, obedeciendo,
 Por su elección procede, delibera,

Y a los propios destinos, veces varias
 Ella misma su ley dictarles piensa.

«¡Hijo mío Borbón! el Padre dice, 4980
 La morada estás viendo, do dispensa
 A los hombres, la Gracia, y sentir hace
 Eficaces auxilios. De esta esfera,
 De esta celeste estancia, es de do un día,
 De su triunfante luz una centella, 4985
 Descenderá a abrasarte, a herirte el alma.
 Dar no puedes, Enrique, prisa o tregua
 A este precioso instante, que tú ignoras,
 Y del cual, solo Dios, cual dueño, ordena;
 Más ¡cuán lejos aún está ese día, 4990
 Ese dichoso día, en que Dios quiera
 En la lista inscribirte de sus hijos!
 ¡Cuántas debilidades, con vergüenza
 Te restan que sufrir! ¡cuán largo trecho
 Que caminar aún por falsas sendas! 4995
 De la serie de días ¡o Dios mío!
 Corte de este gran Rey, vuestra clemencia,
 Todos los lamentables y menguados,
 Que de vos distrayéndole le alejan».

«¿Más que tropel aquí recorre aprisa 5000
 Esta vasta mansión? Él sale, él entra,
 Y sin cesar deslízase al momento».

De esas sacras paredes, ves, que cuelgan,
 Le responde Luis, fieles retratos
 De los hombres, que en épocas diversas 5005
 Nacer deben al mundo. De los siglos,
 Que aún están por venir, esas perfectas
 Esas vivas imágenes, que miras
 Reducidas a un punto, aquí congregan
 De los lugares todos las distancias, 5010
 Y sin orden de tiempos, a las eras
 Se adelantan futuras. De los días
 Llevan del hombre ya fija la cuenta,
 Que anterior a los tiempos, a los ojos
 Del Eterno, ab eterno está completa. 5015
 Los instantes aquí marca el destino
 De su natal al uno y su potencia;
 De otro allá la opresión y abatimiento,
 Y de todos acá las diferencias
 A cada suerte adictas, sus mudanzas, 5020
 Sus virtudes, sus vicios, sus proezas,
 Su fortuna, y por último su muerte.

«Acerquémonos más; pues te dispensan
 Generosos los Cielos, que conozcas
 Y los monarcas y héroes aquí veas, 5025
 Que de tu augusta stirpe y de ti propio
 Un tiempo nacerán. De ellos, se ostenta

El primero, Borbón, tu digno hijo⁶¹,
 Que en la paz igualmente que en la guerra
 La gloria sostendrá de nuestras lises, 5030
 Largo tiempo del Íbero y del Belga
 Feliz triunfador; más sin que al padre
 Ni al hijo todavía igualar pueda».
 Sobre flores de lis, en este punto,
 Sentados ve Borbón, del trono cerca, 5035
 Dos altivos mortales, que tenían
 Todo un pueblo a sus pies entre cadenas.
 De púrpura romana revestidos,
 Rodeados de guardias ambos eran
 De soldados y corte. Los cree reyes; 5040
 «No te engañas, Borbón, en tus sospechas.
 Reyes son, sin el título de tales.
 Del estado y del príncipe se ostentan,
 Árbitros uno y otro. Mazarino,
 Richelieu, de memoria y fama eternas 5045
 Ministros de la Francia, de la sombra
 De las aras humilde, hasta la misma
 Alta cumbre del solio, felizmente
 Se dirigen los dos, los dos se elevan.
 Hijos de la política y fortuna, 5050
 Al despótico imperio con firmeza
 Entrambos volarán sin detenerse.
 Sublime Richelieu, de un alma fiera,
 Y enemigo en sus odios implacable;
 Flexible Mazarino, de alma diestra, 5055
 Y amigo solapado y peligroso,
 Contrarios caracteres ambos llevan.
 Huye el uno con arte, y las borrascas
 Doblándose paciente, pasar deja.
 A las airadas olas, su coraje 5060
 Opone siempre el otro en la tormenta.
 De los príncipes todos de mi casa
 Enemigos los dos, a su manera,
 El pueblo por un lado los admira,
 Y por otro los odia y los execra. 5065
 De ambos serán, en fin, la fina industria
 Los osados esfuerzos y destreza,
 Útiles a su Rey y a su Patria
 Funestos su poder y su influencia».

¡O tú menos que aquellos poderoso, 5070
 Menos vasto también en tus empresas;
 Tú, en la segunda clase de los hombres
 El primero, Colbert! de tu carrera⁶²
 Viene bajo los pasos, la abundancia,
 Hija fiel y feliz de tus tareas, 5075
 A sembrar de riqueza el franco suelo.
 Bienhechor generoso, tú desprecias

Los insultos de un pueblo, que pagarte
 Con ultrajes tus dones vil intenta, 5080
 Sin dél saber tomar otra venganza,
 Que el empeñarte más en que florezca
 De fortuna colmado; semejante
 Al héroe, a quien Dios mismo se eligiera
 Por digno confidente, que nutría, 5085
 En premio de dicterios y blasfemias,
 Al siempre de Israel ingrato pueblo.
 «¡Qué escena allí a mis ojos se presenta!
 Más bien ¡O Dios! de siervos, que vasallos,
 ¿Qué pomposa y magnífica caterva,
 De rodillas, de un Rey tiembla a la vista⁶³, 5090
 Y a sus pies humillada le venera?
 ¡Qué respetos, qué honor, qué adoraciones!
 Jamás otro algún Rey, cual este, hubiera
 Sus súbditos en Francia acostumbrado 5095
 A marcas de homenaje tan extremas.
 Yo le veo, cual tú, de fama y gloria
 Animado al igual, otra obediencia
 Más rígida exigiendo; más temido,
 Y menos quizá amado. Si diversas
 Mudanzas de fortuna soportando, 5100
 Le considero Enrique, de soberbia
 Sus excesos repruebo en las felices,
 Y su constancia aplaudo en las adversas.
 De veinte vastos pueblos la alianza
 Y el formidable resto de las fuerzas 5105
 Desafiando él solo, si es que en vida
 El renombre de Grande se adquiriera,
 Aún más grande sin duda ha sido en muerte.
 ¡O gran siglo de Luis! ¡Época excelsa!
 Siglo, que de sus gracias, de sus dones, 5110
 Y sus brillantes luces y riquezas,
 Sin límites un día colmar debe
 Natura liberal. Tú, de las bellas,
 De las útiles artes el decoro
 Llevarás a la Francia. Con sorpresa, 5115
 Sobre ti van a fijarse las miradas
 De las edades todas venideras.
 Del coro de las Musas el imperio,
 A fijar corre en ti su residencia.
 El lienzo por do quier se anima y habla, 5120
 Y los bronces y mármoles alientan.
 ¡Cuantos sabios, en cónclaves augustos⁶⁴
 Asociando su esfuerzo, en las esferas
 Del gran Orbe a estudiar vuelan celestes,
 A medir su distancia y masa inmensa, 5125
 Y atrayendo la luz entre la noche,
 A pesar de sus lóbregas tinieblas,

Con audacia sondar lo más arcano,
 Que en su seno escondió naturaleza!
 El presuntuoso Error huye a su vista, 5130
 Y en pos de la Verdad, dudas los llevan.
 Y tú ¡feliz también hija del Cielo,
 Poderosa Harmonía y hechicera,
 Arte, que así puliste a Grecia y Roma!
 Yo por do quier escucho de tu lengua 5135
 Encantadores tonos, soberanos
 De nuestro corazón y nuestra oreja.
 Vosotros ¡o franceses animosos!
 Vencer sabéis, y ledos, de la guerra
 Las hazañas cantar. Ya no hay laureles 5140
 Que no ciñan de honor las sienes vuestras.
 En vuestro feliz clima, nacer veo
 De héroes un pueblo vasto. Cuales vuelan
 A los combates noto los Borbones.
 Al través de mil fuegos, cual penetra, 5145
 Miro al fiero Condé, que en lances varios⁶⁵,
 El terror y el apoyo se demuestra
 De su Rey y señor. De Condé, admiro
 Generoso rival al de Turena⁶⁶,
 Menos brillante que él, si más prudente, 5150
 Y su igual cuando menos en grandeza.
 A Catinat contemplo, que unir sabe⁶⁷,
 Por un cúmulo raro, a nobles prendas
 Del guerrero, del sabio las virtudes.
 El compás en la mano, verse deja 5155
 Riéndose Vauban, sobre aquel muro⁶⁸
 Que su ingenio trazó, de la impotencia
 De ese horrísono estruendo con que baten
 De bronce rayos cien; y si en la guerra
 Invencible, en la Corte desgraciado, 5160
 Del Austria y gran Bretaña las potencias,
 A un tiempo temblar hace Luxemburgo.
 «Repara allá en Denén, con qué braveza,
 Con qué audacia, Villars, el trueno horrible⁶⁹
 Disputando a la augusta y altanera 5165
 Águila de los Césares, es dueño
 Y árbitro de la paz, que tras sí lleva
 De la Victoria el carro a las naciones
 Y que, con gloria tanta, se presenta
 Apoyo de su Rey no menos digno, 5170
 Que de Eugenio rival... ¿Qué joven llega,
 Qué Príncipe se acerca, en cuyo rostro⁷⁰
 Brilla la majestad sin la aspereza,
 Y que el honor del solio está mirando
 Con ojos de desdén o indiferencia? 5175
 ¡Cielos! ¿qué noche rápida a mis ojos
 Este Príncipe encubre, envuelto deja?

Incesante la muerte, dél en giro,
 Sin detenerse un punto revolea.
 Él cae al pie del trono, en el momento 5180
 De instalarse sobre él. En él observa,
 De todos los franceses, hijo mío,
 El Príncipe más justo. La clemencia
 Algún día del Cielo, de tu sangre
 Le hará nacer augusta. ¿Y flor tan bella, 5185
 Obra tan digna ¡o Dios! de vuestras manos,
 No haréis más que mostrar, para esconderla
 De golpe a los mortales? ¡Cuánto un alma
 Tan virtuosa, en su bien obrado hubiera!
 ¡Cuán feliz fuera Francia en su reinado! 5190
 ¡Cuál su paz, su abundancia y su riqueza!
 Él, por sus solas gracias y sus dones,
 Llevara de sus días grata cuenta.
 Él su pueblo amaría. ¡O día infausto 5195
 De alarma y de dolor! A los franceses,
 ¡Cuántas verter harás lágrimas tiernas,
 Cuando en la misma tumba, amontonados,
 Hijo, padre, mujer y esposo vean!».

Sale un vástago débil de las ruinas⁷¹
 De aquel árbol fecundo, que así fuera 5200
 Cortado por el pie. De Luis los hijos,
 Que al sepulcro veloces descendieran,
 Dejaron solamente a nuestra Francia
 Un Monarca en la cuna, tan expuesta
 Como dulce esperanza de un Estado, 5205
 En vacilante y trémula existencia.
 Cuida ¡Fleuri prudente! de sus días.
 Sobre su tierna infancia atento vela,
 Y sus primeros pasos fiel conduce.
 Dignamente instituye y aconseja, 5210
 De lo más noble y puro de mi sangre,
 El precioso depósito, que resta.
 Aunque haya Rey nacido, a conocerse
 A sí mismo, filósofo, le enseña.
 Que aunque hombre, soberano y poderoso, 5215
 Hombre es al fin mortal, harás que sepa;
 Y que al verse Señor, ame a su Pueblo,
 Porque amado también ser dél merezca.
 Inspírale, que justo reflexione,
 Que no es Rey, ni ha nacido, ni gobierna 5220
 Sino para su Pueblo. Y tú, tú ¡o Francia!
 La gloria y dignidad cobra primera
 Bajo su fausto imperio; y esa noche,
 Que de sombras tu luz dejó cubierta
 Acaba de romper. A coronarte 5225
 Otra vez con decoro y gracia vuelva
 La mano de las Artes provechosa,

Que a abandonarte ya se daban priesa.
 De su profundo piélago en las grutas,
 Se pregunta el Océano y lamenta, 5230
 ¿Do existen en el día, qué se hicieron
 Tus pabellones ¡Francia! que solieran
 Flotar sobre estas ondas? Del Euxino,
 De la India, y del Nilo y sus riberas
 Y sus puntos, te llama allí el comercio, 5235
 Y te abre sus tesoros. Guarda, observa
 El orden y la paz, y la victoria
 No busques con afán. En las querellas
 De los reyes, ser árbitro le basta
 A tu honor y tu gloria ¡Cuán funesta, 5240
 Cuán cara te costó la de haber sido
 El espanto y terror de sus Potencias!
 De este Monarca joven en seguida,
 Con esplendor un héroe se le ostenta⁷²,
 A quien la atroz calumnia, allá a lo lejos, 5245
 De rabia ardiendo, ladra, y sigue inquieta.
 Príncipe blando y fácil, más no débil,
 Lleno a un tiempo de genio y de vehemencia,
 Amigo con exceso de placeres,
 Y no menos también de cosas nuevas; 5250
 Del seno del deleite, revolviendo
 La redondez inmensa de la Tierra,
 Con su diestra política y resortes
 Siempre nuevos y fértiles, suspensa,
 Dividida la Europa y en paz tiene; 5255
 Al paso que a las Artes, que fomenta,
 Sus vigilantes ojos convirtiendo,
 De gloria, de vigor y de luz llena.
 Para todos los cargos y destinos
 Nacido felizmente, en sí concentra 5260
 Los talentos de todos: de soldado,
 De jefe y ciudadano. «Él un Rey no era;
 Más con todo, hijo mío, enseña a serlo».
 De una borrasca entonces turbulenta
 En medio de relámpagos, de Francia, 5265
 A los aires flotando, se despliega
 El insigne estandarte. De españoles
 Las huestes precediéndole guerreras,
 Del Águila germana quebrantaban,
 En los de sus Castillas, las cabezas. 5270
 Absorto Enrique, exclama: «¡Padre mío!
 ¿Qué espectáculo nuevo se presenta?».
 «Todo cambia ¡hijo mío! le responde.
 Todo Enrique a su ocaso, por fin, llega.
 Del Muy Alto adoremos y aplaudamos 5275
 El arcano saber y providencia.
 Del fuerte y poderoso Carlos Quinto

Extinguida la raza, ya la Iberia
 Reyes viene a pedirnos de rodillas⁷³;
 Ya a la España da leyes, ya allí reina 5280
 Uno de nuestros nietos. Ya Felipe...»⁷⁴.
 A tan glorioso objeto, Enrique queda
 De júbilo arrobado, y de su mente
 Una dulce sorpresa se apodera.
 «Mitiga de ese gozo, el Padre dice, 5285
 El ímpetu primero, y la grandeza
 Teme, hijo mío, aun de tal suceso:
 Teme, repito, sí; Madrid acepta,
 Del seno de París un dueño aclama;
 Más quizá tanto honor, gloria es tan bella, 5290
 No poco para entrambos peligrosa.
 ¡O Reyes de mi casa y sangre regia!
 ¡O Felipe Borbón! o ¡caros hijos!
 ¡O España y Francia mía! El Cielo quiera
 Podáis vivir unidas. ¿Hasta cuando 5295
 ¡Políticos funestos! la cruel tea
 De las discordias públicas querría⁷⁵
 Encender vuestro bárbaro sistema?»⁷⁶.
 Dice: y desde el momento, el Héroe nada
 Ve más de lo pasado, que una envuelta 5300
 Quimérica mixtión de objetos varios
 Confusos entre sí. Las puertas cierran
 Del templo del Destino; y de los cielos
 A sus ojos se eclipsan las esferas.
 Ya con rosada faz la fresca Aurora, 5305
 Las puertas en Oriente a abrir empieza
 Del palacio del Sol. Su negro velo
 La noche va a tender sobre otras tierras.
 Los Sueños volteadores y medrosos,
 Húyense con las sombras y se alejan. 5310
 El Príncipe adormido, en este instante
 De su arrobado dulcísimo despierta;
 Y en el fondo del alma un nuevo esfuerzo,
 Un divinal ardor experimenta.
 Inspiraban a todos sus miradas, 5315
 Respetuoso terror y reverencia.
 Había Dios su frente, de su misma
 Majestad sacrosanta con diadema
 De esplandecientes rayos coronado;
 No de distinto modo que lo hiciera 5320
 Con aquel de Israel santo caudillo,
 Ilustre vengador, cuando de vuelta
 Del tonante Sinaí, donde las tablas
 De la Ley del Eterno recibiera,
 De tal lleno de luz cercó su rostro, 5325
 Que de sus resplandores con la fuerza
 Trastornados al verle los hebreos,

Envueltos entre el polvo, sus pies besan,
Sin que mirarle osaran, ni sus ojos,
De su cara el fulgor sufrir pudieran. 5330

FIN DEL CANTO VII

▽△

Canto VIII

*El Conde de Egmond viene de parte del Rey de España al
socorro de Mayenne, y de los Ligados. Batalla de Ivry,
en que es deshecho Mayenne, y muerto de Egmond.
Valor y clemencia de Enrique el Grande.*

De los Estados en París reunidos,
Atónita y confusa la Asamblea,
Aquel orgullo, de que inflada estaba
Al principio, a este tiempo ya perdiera.
De Enrique al solo nombre, los Ligados, 5335
De horror y espanto llenos, que quisieran
Un Monarca elegirse, ya en olvido
Parecían poner. Nada pudiera
De su furor fijar la incertidumbre;
Y en medio del temor y la flaqueza, 5340
No osando coronar, y aún mucho menos
Destituir al tirano, se abatieran
A confirmar, en tanto, por edictos
De la más vergonzosa complacencia,
El poder y lugar de que gozaba, 5345
Sin que de los Estados le vinieran.
De Teniente del Reino, aunque sin jefe⁷⁷
El que nombre usurpó, Rey sin diadema,
Conservado hubo siempre en su partido,
Del poder más supremo la influencia. 5350
Un obediente pueblo, de que, astuto,
Ser apoyo afectaba con destreza,
Gustoso, combatir y dar la vida
Por su causa y persona, le ofreciera.
De nuevas esperanzas, de este modo, 5355
El pecho rebozando de Mayenne,
A Consejo convoca, y congregados
Rápidamente en él a contar llega,

Cuantos bravos caudillos, orgullosos,
 Vengar resuelto habían sus querellas. 5360
 Los Canillacs, los Chatres y San-Poles,
 Los Brisacs, los Nemours, y los Lorenas
 Y aun Joyeuse, el voluble, acuden prontos.
 La venganza, la rabia y la braveza,
 La desesperación, y el fiero orgullo, 5365
 En sus rostros pintados se demuestran.
 Con un trémulo paso, algunos de ellos,
 Exhaustos de la sangre que vertieran
 En mortales peleas, caminaban:
 Pero esta sangre misma que corriera, 5370
 Estas mismas batallas y derrotas,
 Estas heridas mismas, aún abiertas,
 Los excitaban más, y enfurecían
 Al vengador desquite de su afrenta.
 Cada cual, de Mayenne, como un rayo, 5375
 A colocarse al lado parte apriesa,
 Y dél, espada en mano, en torno puestos,
 Vengar juraron todos sus ofensas;
 Así sobre las cumbres del Olimpo,
 Y de Tesalia en campos, se fingiera 5380
 Allá un tiempo, la impía y audaz tropa
 De los soberbios hijos de la Tierra
 Amontonando rocas sobre rocas,
 Y a los Cielos braveando, en su demencia,
 Con la esperanza estólida embriagados, 5385
 De destronar los Dioses de su esfera.
 Al momento, entreabriéndose una nube,
 La Discordia a la vista se le ostenta,
 Sobre un carro flamígero montada.
 Ánimo, sus, les dice, que ya llegan 5390
 A auxiliarnos, franceses. Ya es forzoso
 El vencer o morir. Voz halagüeña,
 A la cual, el primero se levanta
 Parte corriendo Aumale, y al ver cerca
 Las relumbrantes lanzas españolas, 5395
 «Ahí tenéis, exclamó, ved de la Iberia
 El auxilio rogado largo tiempo,
 Y siempre diferido al ansia nuestra.
 El Austria al fin, amigos, sus falanges,
 Su socorro a la Francia le franquea». 5400
 Dice: y Mayenne, entonces, afanoso
 A las puertas se avanza. Verse deja
 El extranjero auxilio de aquel lado,
 Do el fúnebre lugar se reverencia,
 Que de nuestros monarcas, ya de antiguo, 5405
 Consagrara la muerte a tumbas regias.
 La formidable masa de las armas,
 Que blandientes al aire centellean,

El oro refulgente, el lucio acero,
 Las picas, que afiladas reverberan, 5410
 Los cascos, los penachos, los arneses,
 De la pompa el atruendo y la soberbia,
 Del sol los mismos rayos parecían
 En el campo retar a competencia.
 De tropel a su encuentro el pueblo acorre; 5415
 Y con una algazara y grita fiera,
 Al jefe, que en su auxilio Madrid manda,
 Colma de bendiciones, y festeja.
 Era el joven Egmond, tenaz guerrero:
 De un padre generoso e infeliz, era 5420
 El hijo más indigno y ambicioso⁷⁸.
 De Bruselas los muros nacer vieran
 Al hijo de Egmond, a quien cegara
 De la patria el amor, y la cabeza
 Perdiera en un cadalso, sosteniendo 5425
 Los sagrados derechos de los belgas,
 Sus míseros patriotas, de los Reyes
 Vejados y oprimidos por la fuerza.
 Ruin hijo de Egmond, procaz soldado,
 Áulico vil, al fin, adula y besa 5430
 Largo tiempo la mano que a su padre
 De un tirano poder víctima hiciera.
 A destructores males de su patria,
 Por política, infiel, servicios presta;
 Y al paso que a París lleva socorro, 5435
 Cruel persecución trae a Bruselas.
 Como a un Dios tutelar, el rey Felipe,
 Del Sena le enviara a las riberas
 Con auxilio al rebelde, quien creía,
 Del Rey llevar con él hasta las tiendas, 5440
 A su vez los terrores y la muerte.
 Del temerario orgullo va las huellas
 El impetuoso joven ocupando.
 ¡Con qué placer, gran Rey, de cerca observas
 Su fantástica audacia! ¡Con qué anhelo, 5445
 Tus ansias el instante agujijonean
 De un combate, del Cual, altos destinos
 Del Estado pendientes consideras!
 Del Iton bien cercano a las orillas,
 Y del Euro a las márgenes amenas, 5450
 Un campo afortunado deja verse,
 De la madre natura amor y prenda;
 Largo espacio de tiempo, por fortuna
 Supieran respetar furiosas guerras,
 Los preciosos tesoros de que Flora, 5455
 Y el Céfiro halagüeño embellecieran
 Su dichoso distrito. Entre furores
 De civiles discordias y contiendas,

Los sencillos pastores del contorno,
 Correr vieran en calma y paz serena 5460
 Sus días y sus años, protegidos
 Por la piedad del Cielo y su pobreza.
 De bálago al abrigo de sus techos,
 De la desaforada soldadesca
 Desdeñar parecían la codicia. 5465
 A cubierto de alarmas, aún no oyeran
 Del tambor y las armas el estruendo.
 Los campos enemigos allí llegan,
 Y la desolación por todas partes
 Delante de ellos marcha. Se consternan 5470
 Las riberas del Iton y del Euro.
 Lleno el pastor de espanto, allá en las selvas,
 Amilanado todo, va a esconderse;
 Y su dulce mitad, y madre tierna,
 Arrebatando en brazos y llorando 5475
 Sus queridos hijuelos tras él lleva.
 De esos valles de encantos y gracias llenos
 ¡Infeliz habitante! no tus quejas,
 No a tu Rey esas lágrimas imputes.
 Si él las batallas busca o las acepta, 5480
 Para darte la paz es solamente.
 Dones y beneficios con largueza
 Derramará su mano, en mejor tiempo,
 Sobre vuestros hogares que hoy molesta.
 Terminar vuestros males solo quiere. 5485
 Él os ama cual padre, y os lamenta;
 Y en esta, en esta misma atroz jornada,
 Por vuestro solo amor y bien pelea.
 Siéndole tan preciosos los instantes,
 Ya por todas las filas Borbón vuela 5490
 Sobre un fogoso corcel, más que el viento
 Rápido y adiestrado en la carrera,
 Que embravecido todo y orgulloso
 De aquel augusto peso que en sí lleva,
 Hinchando la nariz, y con pie corvo 5495
 Excavando arrogante el ancha arena,
 Llamando estar parece los peligros,
 Y el fuego respirando de la guerra.
 Ya brillan, cabe el Rey, cuantos campeones
 De su honor y su gloria socios fueran, 5500
 Y de sus mismos lauros ya ceñidos.
 El anciano de Aumont, que las banderas⁷⁹
 Siguiera con honor de cinco Reyes;
 Biron, de cuyo nombre el eco siembra⁸⁰
 En la enemiga hueste mil alarmas; 5505
 Su entonces joven hijo, de harto inquieta
 Ardorosa y violenta bizarría,
 Que después... más entonces Biron era⁸¹

Virtuoso aún. Allá más lejos vienen
 Los que al crimen tenían guerra abierta 5510
 Y declarado horror, y que la Liga
 La misma Liga atónita respeta,
 Por más que los malquiera y los deteste,
 Sully, Nangí, Crillon, y el de Turena⁸²,
 El que en Sedan, después, la mano, el nombre, 5515
 Y la soberanía mereciera
 De la joven Buillón; soberanía
 Infeliz, mal guardada, y bien apriesa
 Por Armando oprimida y derrocada,
 Apenas erigida a su grandeza. 5520
 Vese con esplendor alzarse entre ellos
 Cual palma, Essex, airosa y altanera⁸³,
 Que del país mezclando en los jardines
 A los frondosos olmos, que se elevan,
 Su noble y grave frente, envanecida 5525
 De su extranjero tronco gallardea.
 Su engalanado casco centellaba
 Con el rojo fulgor de que le cercan
 Adornos mil preciosos de oro fino,
 Y el sartal de diamantes y preseas, 5530
 A porfía brillantes caros dones,
 Con que de su Señora a la fiereza
 Del de Essex el valor, o la ternura
 Más bien, supremamente honrar pluguiera.
 ¡Ambicioso de Essex! Tú, ser a un tiempo, 5535
 Un día conseguiste de tu Reina
 Tierno objeto de amor, y el firme apoyo
 De tus Reyes, también, y la defensa.
 Algo allá más distante los Tremvilles⁸⁴,
 Los Clermons y Feuquieres, se presentan, 5540
 Y el infeliz De Nesle, y Lesdiguières,
 De condición y estrella bien diversas;
 Y el anciano De Elly, a quien ha sido
 Esta ilustre jornada tan funesta. 5545
 De heroicos varones tropa tanta,
 Corre a apostarse, ufana, del Rey cerca,
 Y la seña aguardando, en su semblante,
 De la victoria ya gloriosa y cierta
 Presagios mil felices divinaba. 5550
 En situación tan turbida, Mayenne,
 Su corazón sintiendo desmayado,
 A hallar en él su esfuerzo en vano anhela,
 Ora fuese, que al cabo, de la causa
 La injusticia advirtiendo su conciencia,
 Recele gravemente, que propicio 5555
 Sus armas proteger el Cielo quiera;
 Ora, que el alma, en fin, presentimientos,
 Verdaderos anuncios tal vez tenga,

De los grandes reveses precursores.
 Dueño no obstante aún de su flaqueza, 5560
 Con simulado gozo, sabe el héroe
 Encubrir de su pecho duras penas.
 Se reanima, se escita, y la esperanza,
 Que ya él mismo, marchita, no sustenta,
 Inspirar al soldado conseguía. 5565
 Junto a él, lleno Egmond de la soberbia,
 Del confiado orgullo, y la arrogancia
 Que de ordinario influye la imprudencia
 En juveniles años, impaciente
 De ejercer su valor; la marcha lenta 5570
 Del perplejo Mayenne acriminaba.
 Hervía su coraje; a la manera,
 Que escapado del ancho y verde seno
 De amenas praderías y risueñas,
 Al eco retumbante de la trompa, 5575
 Que anima el fiero ardor de su braveza,
 En los fértiles campos de la Tracia,
 Inquieto e indócil bruto, en quien humea
 Un belicioso fuego, suelta al aire
 De su altanero cuello la crin crespada, 5580
 Con anheloso aliento, por el campo
 Trepada, galopa, corre, a la lid vuela,
 De la rienda impaciente el freno tasca,
 La oreja eriza, y brinca por la hierba;
 Así Egmond parecía. Un furor noble 5585
 Por sus ojos brillando, llamas echa,
 Y en su animoso pecho late y arde.
 Lisonjéase ya, ya se recrea
 En sus próximas glorias, y presume,
 Que su altivo destino al triunfo impera. 5590
 ¡Ha infeliz! Él no sabe que el orgullo,
 La presunción fatal, y la impaciencia
 De su guerrero ardor y su osadía,
 Iban de Ivri en los campos, con presteza
 La tumba funeral a prepararle. 5595
 De la Liga a las bélicas hileras
 Avanza el gran Enrique, y a las suyas;
 Que inflamaba su heroica presencia
 Tornándose: «Nacido habéis franceses,
 Y Yo soy vuestro Rey. Ved allí cerca 5600
 Al pérfido enemigo. A él; seguidme.
 Vuestros ojos jamás de vista pierdan
 En lo más empeñado y formidable
 De la atroz tempestad que nos espera,
 Este blanco penacho que resalta 5605
 Flotando al aire, sobre mi cabeza.
 Vosotros le veréis, a todo trance,
 Del honor volar siempre por las sendas».

A estas bellas palabras, que ya en tono
 De vencedor, el Rey les dirigiera, 5610
 Advirtiéndolo, con júbilo, inflamada
 De un nuevo ardor su tropa, al frente de ella
 Marcha ya, de las huestes al Dios grande
 Religioso invocando. Tras las huellas
 De ambos jefes a un tiempo, velozmente 5615
 A la sangrienta lid correr se observa
 De uno y otro partido los guerreros;
 Así cuando violentos se despliegan,
 Y con rápido vuelo precipitan
 De los montes que Alcides dividiera, 5620
 Furiosos Aquilones, al momento,
 De dos profundos mares contrapuestas
 Las encrespadas olas, a los aires
 Con espumoso choque se sublevan;
 A lo lejos allá la Tierra gime, 5625
 Huye el día; del Cielo el trueno suena;
 Y de susto temblando el Africano,
 Que desplomado se hunde el mundo, piensa.
 Ya en uno y otro campo, dobles muertes,
 Al mosquete reunida, feroz siembra 5630
 La mortal y fendiente cimitarra.
 Aquel arma, que un día, de la guerra
 Al mal Genio inventar plugo en Bayona⁸⁵,
 Para que estragos suyos más pudieran
 Del suelo exterminar la raza humana, 5635
 Reúne a un mismo tiempo, invención negra
 Y del Infierno mismo digno fruto,
 Cuanto en manos maléficas encierran
 Hierro y fuego, de bárbaro y horrible.
 Ya se baten y mezclan. La destreza 5640
 Asociada al valor, la horrible grita,
 El gemido, el terror, la rabia ciega,
 La implacable y ferviente sed de sangre,
 De ceder al contrario la vergüenza,
 La desesperación, y en fin, la muerte, 5645
 De fila en fila corren y se ceban.
 Aquí persigue el uno al propio padre.
 Huyendo allí un hermano, muerto queda
 Por el impío brazo de otro hermano.
 Se estremece a tal ver naturaleza, 5650
 Y de su triste sangre, a pesar suyo,
 Se hinche aquella fatal turbia ribera.
 Por entre picas tantas que erizadas
 Parecían formar espesas selvas;
 Por medio de sangrientos batallones, 5655
 Y de enemigos cuerpos, que atropella,
 Penetra, Enrique, avanza, y un camino
 A sus valientes tropas a abrir llega.

Seguale Morné con su frescura,
 Con su calma de espíritu perpetua, 5660
 Y cual un Genio excelso y poderoso,
 En torno de su Rey gira y le vela:
 Al modo, que allá un tiempo, de la Frigia
 En los guerreros campos, se fingieran
 Los móviles eternos e invisibles 5665
 De los etéreos Orbes, por la tierra
 En traje de mortales disfrazados,
 Mezclarse y combatir en las peleas;
 Y del Dios verdadero, al mismo modo,
 Que severos ministros, y tremendas 5670
 Celestes e impasibles potestades,
 Del oraje el relámpago y centella,
 En medio de los aires circundados,
 Con faz siempre impertérrita y serena,
 El Universo agitan y estremecen. 5675
 Él de Enrique recibe, a do quier lleva
 Las órdenes supremas, que emociones
 Repentinas, intrépidas y fieras
 Del alma de los héroes, al momento
 Cambian una batalla, y fijo dejan 5680
 Su triunfante destino. Él a los jefes
 A trasladarlas corre con presteza.
 El caudillo las toma, y velozmente
 Al eco de su voz, con impaciencia,
 Las bien disciplinadas prontas haces 5685
 Su obediente furor mueven y arreglan.
 Despliéganse ya raudos, se dividen
 Los trozos de las huestes, ya se cierran,
 Ya marchan en columnas diferentes.
 Un espíritu solo, un plan gobierna 5690
 La acción de cada trozo y movimientos.
 Morné yendo y tornando, hacia el Rey vuela.
 Él le sigue y le escolta; y golpes varios,
 Que contra su persona el campo asesta,
 Más de una vez, hablándole, le para. 5695
 Por lo demás, Morné, nunca en la guerra,
 A sus manos estoicas, en sangre
 De sus tristes hermanos permitiera
 Que crueles e impías se mancharan.
 De su Rey solamente toda llena, 5700
 Toda ocupada el alma, si su acero
 Desenvainó, fue sólo en su defensa.
 Su singular valor, de los combates
 Declarado enemigo, no recela
 El arrostrar la muerte, más sin darla. 5705
 Ya el ánimo indomable de Turena,
 Rechaza de Nemur, las huestes turba.
 El de Elly, por do quier arrastra y siembra

La muerte y el terror. Elly, orgulloso
 Con treinta años de lides, recupera, 5710
 De marciales combates entre horrores,
 A pesar de sus canas, nuevas fuerzas:
 Un guerrero tan solo, a la amenaza
 De sus golpes se opone en la palestra.
 Un héroe joven es, que de sus días 5715
 A la amena y florida primavera,
 En funciones de Marte se estrenaba,
 Con tan célebre acción como sangrienta.
 Del más grato himeneo el dulce cebo,
 Venía de gustar el mozo apenas. 5720
 Del amor favorito, de sus brazos
 De partir acababa. La vergüenza
 De no ser hasta entonces sino solo
 Célebre por sus prendas, y la fiera
 Ambición de otra gloria, le arrojaba 5725
 A los fieros peligros de la guerra.
 Su joven bella esposa, en aquel día,
 Los Cielos acusando, y la crueldad
 De la batalla y Liga maldiciendo,
 Su tierno esposo armó triste y violenta. 5730
 Con un trémulo pulso e incierta mano
 La pesada coraza le prendiera,
 Y con amargas lágrimas dejara
 De un casco preciosísimo cubierta,
 Una frente de gracias tan ceñida 5735
 Y a sus amantes ojos hechicera.
 Con cólera marcial, del novel fiero
 El juvenil orgullo se endereza
 Contra el anciano Elly. De polvo y humo
 Por entre torbellinos, que los ciegan, 5740
 De muertos, moribundos, y heridos,
 Uno y otro al través, baten y aprietan
 De sus fogosos brutos los ijares.
 Apostados los dos sobre la hierba,
 Con la sangre teñida y aplanada, 5745
 Lejos de do campean sus banderas,
 Se lanzan, y se buscan a seguro
 Y arrogante galope los atletas.
 De sus cotas cubiertos y su sangre,
 Enristradas las lanzas, ya se encuentran, 5750
 Y con choque espantoso, de repente
 Se arremeten entrambos y golpean.
 La tierra retembló del bote al ruido;
 Y las astas al golpe en trozos quiebran;
 Al modo que en cargado, ardiente cielo, 5755
 Dos formidables nubes, que acarrear
 En su seno los truenos y la muerte,
 Chocándose en los aires, corren, vuelan

Sobre el furioso viento; de su horrible
 Conmoción los relámpagos revientan; 5760
 De allí se forma el rayo, y los mortales,
 A su vista y estruendo de horror tiemblan.
 Ya sus brutos dejando lejos de ellos,
 Por un súbito esfuerzo, se conciertan.
 En bajarse a buscar muerte distinta. 5765
 Ya pie en tierra, se vibran, ya centellan
 Los funestos aceros en sus manos.
 Acorre la Discordia turbulenta,
 Y con ella ligados de consuno,
 El rabioso Demonio de la guerra, 5770
 Y la pálida parca ensangrentada,
 Al lado de ambos héroes se presentan.
 ¡O míseros, o ilusos combatientes!
 Suspended de esa lucha, de esa ciega
 Precipitada cólera los golpes: 5775
 Pero la irresistible oculta fuerza
 De fatales decretos del destino,
 Más su furor enciende y los obceca.
 En el contrario pecho, abrir al alma
 Intenta cada cual fúnebre puerta, 5780
 En el pecho, que entrambos no conocen.
 A los aires resalta, en cascos vuela
 La acerada armadura que les cubre.
 A redoblados tajos de su diestra,
 Lumbres al viento arrojan las corazas. 5785
 Sangre, que a borbotones corre suelta
 De sus hondas heridas, rebotando,
 Su fiera mano mancha y bermejea.
 Los formidables filos deteniendo
 Sus cascos y broqueles con destreza, 5790
 Golpes mil aún le paran y le cubren,
 De una muerte más pronta los libertan.
 De resistencia tanta absortos ambos,
 Admira, cada cual, honra y respeta
 De su rival el ánimo y esfuerzo. 5795
 De Elly mano más firme, y más certera,
 Al joven generoso al fin derriba,
 De un malhadado golpe a sus pies echa.
 Sus vivos bellos ojos, para siempre
 De la luz a los rayos ya se cierran. 5800
 Sobre el sangriento polvo ya su casco
 Arrastrando y rodando va dél cerca.
 Ya de Elly ve su rostro ¡Qué lamentos!
 Le ve, le abraza, ¡ay Dios! ¡...su hijo era.
 Inundados en lágrimas los ojos, 5805
 El desdichado padre ya la horrenda,
 La parricida espada vuelto habría
 Contra su corazón, si a tan extremas

Muestras de su dolor, su brazo alzado
Deteniendo, el suceso no impidieran. 5810
Parte trémulo todo; corre huyendo
De una playa de horror y espanto llena.
Su criminal victoria abominando,
Llórala eternamente, la detesta.
A la Corte, a los hombres, y a la gloria 5815
Para siempre renuncia, y solo anhela,
Prófugo de sí mismo, al fin del Orbe
Ir a esconder su tedio y dura pena
En un triste desierto. Allí, del punto,
En que su luz el sol torna a la tierra, 5820
Hasta que de las ondas cristalinas
En el piélago a hundirla tibia llega,
A los enternecidos dobles ecos
De los montes, los valles y las selvas,
Hacían repetir acentos tristes 5825
De su acerbo dolor y su querella,
El nombre, el triste nombre de su hijo.
Del héroe en la agonía postrimera,
Guiada del terror la nueva esposa,
Con una errante vista y planta incierta 5830
Se acerca y llega, en fin, al campo infausto,
Do pavorosa busca, y ve... ¡Qué escena!
Entre el montón de muertos,... ve a su esposo.
¿Eres tú caro amante?... más sus tiernas
Cariñosas palabras, que interrumpen 5835
Sollozos mil, tristísimas endechas,
Que al viento el labio arroja mal formadas,
Del esposo adorado ya no afectan
El exánime oído. Ella aún sus ojos
Ver quiere, y vuelve a abrir. Ella aún aprieta 5840
Con sus últimos ósculos su boca,
Aquella boca, que idolatra aun yerta;
Ella el cadáver pálido y sangriento
Entre sus brazos trémulos sustenta;
Los ojos clava en él; sobre él suspira; 5845
Estréchale a su seno, y muerta queda.
¡Padre, esposa y familia deplorables!
¡Ejemplo lastimero, que amedrenta,
Y la imagen ofrece de unos tiempos
De tal ferocidad y tanta mengua! 5850
Pueda el recuerdo triste y espantoso
De tan mísera y trágica pelea,
De todos nuestros nietos más remotos
Lástimas excitar. Lágrimas pueda
Arrancar de sus ojos saludables, 5855
Porque crímenes tales y fierezas
De sus padres, jamás a imitar lleguen.
Más ¿quién cielos la Liga así dispersa?

Qué héroe puede, o qué Dios, darle tal rota?
 Biron el joven es, cuya braveza, 5860
 Por entre atropellados batallones
 Denodado consigue abrirse senda.
 Y el orgulloso Aumale, que la fuga
 De los suyos infame a mirar llega,
 De cólera bramando, «Deteneos; 5865
 ¿Do, cobardes, corréis? Parad: dad vuelta.
 ¡Huir! ¡Huir, vosotros, los famosos
 Compañeros de Guisa y de Mayena!
 ¡Vosotros los valientes, que hoy de Roma
 La causa, de París, Francia, y la Iglesia 5870
 Con tanto honor debéis dejar vengadas!
 Del antiguo valor y virtud vuestra
 Acordaos, amigos, y seguidme
 Con aliento mayor a la refriega.
 Batíos bajo Aumale, e ya vencisteis»; 5875
 Volando a su socorro, gente llevan
 El feroz de Saint-Pol, Beauveau, y Foyussa
 Con Joyeuse. Las haces ya dispersas
 A este refresco junta. Con miradas
 Enciéndelas de fuego. Las ordena, 5880
 Y a su frente revuelve a un nuevo ataque.
 Tras él con paso rápido regresa
 De su parte a ponerse la fortuna.
 De Biron el valor y la firmeza,
 Con rara intrepidez, paran en vano 5885
 El impetuoso curso y la violencia
 Del torrente de huestes, que furioso,
 En sus ondas hundirle, ahogarle intenta.
 Parabére expirando ve a su lado.
 Entre el montón de muertos, ya por tierra 5890
 Mira a Fouquier, Clermont, Angenne y Nésle,
 Entre el polvo tendidos ya no alientan.
 De exhalar sus suspiros postrimeros
 Lleno él mismo de heridas, se halla cerca.
 Así Biron, así finar debiste. 5895
 En campos del honor muerte tan bella
 Tan célebre caída, la memoria
 De tu primer virtud eterna hicieran.
 El extremado trance, a que un exceso
 Del valor de Biron, su vida arriesga, 5900
 De Enrique el corazón inquieto advierte.
 Le amaba, no cual Rey, no a la manera
 De un severo señor, que sólo sufre
 Se aspire al alto honor, a la suprema
 Ventura de agradarle, y cuyo duro 5905
 Corazón, inflexible en su soberbia,
 La sangre de un vasallo, bien pagada
 Con sola una mirada considera.

La noble llama, Enrique, conocía
 De la amistad; de la amistad; la prenda 5910
 El don del alto Cielo, y de almas grandes
 Dulce placer y encanto; de la tierna
 Oficiosa amistad, que allá los Reyes,
 Los ilustres ingratos, de su esfera
 Por bastante desgracia no conocen. 5915
 A socorrerle al punto Enrique vuela;
 Y el mismo activo ardor, que fino guía,
 Que al socorro sus pasos veloz lleva,
 Más vigor a su brazo, y a su vuelo
 Impulsiones prestaba más violentas. 5920
 Biron, a quien ya asaltan, ya circundan
 De una prójima muerte sombras negras,
 De su valiente Rey y augusto amigo,
 Confortado a la súbita presencia,
 Hace un postrer esfuerzo; e incontinente, 5925
 De Borbón a la voz, llama y releva
 De su vida los restos. Huye todo,
 De Borbón al desnudo todo ceja.
 Tu Rey ¡joven Biron! tu Rey te arranca
 Al tropel de enemigos, que fin dieran 5930
 Con redoblados golpes a tu aliento,
 Sin darte de su amor tan fina prueba.
 Vives, Biron. La vida a tu Rey debes.
 Vivirle siempre fiel, al menos, piensa.
 ¿Qué estrépito espantoso deja oírse? 5935
 La Discordia es, maligna y turbulenta,
 Que del héroe oponiendo a las virtudes
 Su implacable furor, de un ira nueva
 Los ligados enciende. Al frente de ellos
 Pónese el monstruo horrible, y la trompeta 5940
 Del infierno, a lo lejos, por el soplo
 De su boca fatal, hórrida suena.
 A sus acentos bárbaros, de Aumale
 Harto bien conocidos, se subleva
 Su cólera, se inflama, se embravece; 5945
 Y repentinamente, a la manera
 Que va del arco elástico impelida
 Por los aires silbando una saeta,
 Busca al héroe, y sobre él solo se arroja.
 En tumulto una tropa se descuelga 5950
 De ligados allí; del modo mismo
 Que en hondos matorrales de florestas,
 Con ojo ensangrentado, hasta su fondo
 Precipitados corren y penetran
 El alano y lebre, fieros esclavos 5955
 Del amo que los nutre y los arriesga
 A ensangrentadas luchas, cual nacidos
 Para presas y muertes carniceras,

A un jabalí valiente en torno acosan;
 Sus bravíos furoros exacerban, 5960
 Y con cólera ciega encarnizados,
 Los riesgos no advirtiéndolo, la corneta
 Su belicoso instinto irrita al lejos,
 Y las rocas, los montes y las cuevas,
 De alaridos retumban y ladridos: 5965
 Así enemigos mil a Enrique cercan,
 Y él solo contra todos, de la suerte
 Impía abandonado: de una espesa
 Muchedumbre entre abismos, y sitiado
 De la muerte en tal trance, se contempla. 5970
 Del alto de los cielos, en peligro
 Tan horrible y extremo, invicta fuerza
 Presta Luis al héroe a quien amaba,
 Y que a modo de roca, que altanera,
 Amenaza las nubes, de los vientos 5975
 El ímpetu rechaza, y la violencia
 De las olas quebranta, que le embisten.
 ¡Quién fielmente narrar aquí pudiera
 La sangre y mortandad, de que vio entonces
 Cubrir el Euro triste sus riberas! 5980
 ¡O vosotros sangrientos sacros manes
 Del más valiente Rey que el mundo cuenta!
 Mi espíritu ilustrad y mi memoria;
 Por el eco explicaos de mi lengua.
 Él ve como al socorro velozmente 5985
 Acude de su Rey su fiel nobleza;
 Cual muere por su Rey, al mismo paso,
 Que por ella, también, su Rey se arriesga.
 El terror y el espanto le preceden. 5990
 De sus golpes en pos la muerte vuela;
 Cuando a su indignación y fiera saña,
 A exponerse el de Egmond osado llega.
 Había este extranjero, en lo más fuerte
 De batalla tan hórrida y sangrienta,
 De su valor iluso, largo tiempo 5995
 Del Rey andado en busca. Su soberbia,
 Irritaba el honor de combatirle,
 Por más que a extrema costa tal vez fuera,
 De que su temerario y loco orgullo,
 A la tumba fatal le condujeran. 6000
 «Ven, Borbón, le gritaba, a alzar tu gloria.
 Combatamos los dos. Acción es nuestra
 La victoria fijar». A estas palabras,
 Un relámpago, al punto, augural seña,
 Frecuente mensajero del destino, 6005
 Iluminando, hiende y atraviesa
 Los espacios del aire. Que su trueno
 Retumbe sobre el campo, al punto ordena

El árbitro y señor de los combates.
 Bajo sus pies temblar siente la tierra 6010
 Atónito el soldado. Que su apoyo
 Los Cielos le debían, Egmond piensa;
 Que su causa defienden, y en pro suyo,
 A combatir de lo alto se dan priesa;
 Que la naturaleza atenta toda 6015
 Al grandioso interés de tal palestra,
 Celosa de su gloria, por las voces
 De aquel trueno, su triunfo a entender diera.
 De Egmond logra alcanzar, y en el costado
 Hierre por fin al héroe. Se contempla⁸⁶ 6020
 Con derramar su sangre ya triunfante.
 El Rey, que se halla herido, y de ver echa
 Sin turbarse el peligro, su ardor noble
 A medida del riesgo activo aumenta. 6025
 Su grande corazón, de haber hallado
 Del honor en los campos, competencia
 De rivales tan fieros, y tan dignos
 De su insigne valor, se lisonjea.
 De entorpecerle lejos, más le aviva
 La herida que recibe; y con braveza, 6030
 Con impetuoso ardor, incontinente
 Sobre el rival ufano, se despeña.
 De un golpe más seguro derribado,
 De repente el De Egmond tendido queda. 6035
 Del centellante acero fue en un punto
 Su pecho traspasado. Sobre él trepan,
 Con sus teñidos pies en fresca sangre,
 Los inquietos caballos. Las tinieblas
 De la parca, sus ojos eclipsaron;
 Y entre rabiosas furias toda envuelta, 6040
 De los muertos, volando parte su alma
 A la región obscura, do en presencia
 De su padre, remuerdos la devoran.
 Españoles tan fieros, hueste íbera,
 Terrible tanto un tiempo y decantada! 6045
 La muerte del de Egmond, vuestras guerreras
 Virtudes abismó. Vosotros visteis
 La faz al miedo allí, por vez primera.
 De helada turbación y mustio espanto
 Sobrecoge el espíritu, y aterra 6050
 Al alarmado ejército. En un vuelo
 Pasa de fila en fila y al fin, llena
 Todo el confuso campo. El tino pierden;
 Embárganse los jefes, y se encuentran
 Perdidos los soldados. Los primeros, 6055
 No aciertan a ordenar, de mandar cesan;
 Y a su vez, los segundos no obedecen;
 Sus banderas arrojan; grita horrenda

A los vientos despiden; y entregados
 A una afrentosa fuga, en medio de ella, 6060
 Y del ciego pavor, unos con otros
 Tropezando, chocando, y dando en tierra,
 Se dispersan confusos y extraviados.
 Ríndense al Vencedor sin resistencia,
 Sus cadenas, los unos, de rodillas 6065
 Pidiéndole por gracia. Otros, intentan
 El alcance evitar en rauda fuga,
 Y del Euro ganando las riberas,
 Estúpido terror los precipita
 En su profundo abismo, y con la misma 6070
 Muerte, de que huir quieren, al fin topan.
 Las ondas de cadáveres cubiertas,
 Del río interceptando la corriente,
 Retrocede espantado, y se nivela
 De su frente a la altura originaria 6075
 Mayenne, que de espanto incapaz era,
 Sereno, aunque afligido, en tal desorden
 De su espíritu dueño, aún firme observa
 Su fortuna cruel; y a sus reveses
 En jornada cediendo tan funesta, 6080
 En otra más propicia a lo adelante,
 Aún aguarda, animoso, triunfar de ella.
 Cerca dél, al contrario, Aumale fiero,
 Con un mirar rabioso, acusa, execra
 Los Flamencos, el Cielo y la Fortuna. 6085
 «Todo perdido se ha ¿Qué es lo que resta?
 Morir ¡bravo Mayenne! morir solo».
 Dejad de tal furor tan vanas muestras,
 El caudillo responde. No, de Aumale.
 Vivid para un partido que os aprecia 6090
 Tanto como le honráis, para que un día
 La derrota del de hoy reparar pueda,
 Y el daño redimir, en mejor tiempo,
 De la suerte que en este nos fue adversa.
 Vivid, valiente Aumale, y con constancia, 6095
 De este revés en hora tan funesta,
 Junto con Rois-Dauphin, los tristes restos
 Aplegad de la rota soldadesca,
 Y de París seguidme hasta los muros.
 Las reliquias batidas y dispersas 6100
 De la Liga reunid. Así, excedemos
 Del vencido Coliñi la fiereza».
 Al oírle el de Aumale, se enfurece,
 Y de cólera llora. No sin pena,
 Parte a cumplir un orden que abomina; 6105
 Cual el fiero león, que mano experta
 Domar de un moro supo, al dueño dócil,
 Más feroz y terrible a otro cualquiera,

A la frecuente mano que conoce,
 Somete horriblemente su cabeza; 6110
 Le sigue aunque con aire formidable;
 Feroz, rugiendo aún, le lisonjea,
 Y amenazar parece obedeciendo.
 El caudillo, entre tanto, se acelera
 A dejar escondidas, con su fuga, 6115
 De París entre muros sus afrentas.
 Victorioso Borbón, por todas partes
 Correr ve los ligados, sin defensa,
 A implorar sus piedades. Al momento,
 Las bóvedas del Cielo allí entreabiertas, 6120
 Los Manes visto se han de los Borbones,
 Que desde él a los aires descendieran,
 Y el inmortal Luis, rodeado todo
 De la augusta celícola Asamblea,
 Por mejor contemplar a su hijo Enrique, 6125
 Bajó del firmamento a tanta escena.
 De los Borbones vino el jefe excelso,
 A observar como el héroe usar supiera
 De sus ilustres triunfos, y acabara
 De merecer la gloria que le cerca. 6130
 Cabe el Rey, sus soldados, los vencidos,
 Que a su golpe mortal huir pudieran,
 Con ojos de furor miran, y rabian.
 Los prisioneros trémulos, que llevan
 De Enrique a la presencia, absortos, mudos, 6135
 De su suerte final el fallo esperan.
 En sus errantes y turbados ojos,
 Con el mortal despecho, y la vil mengua,
 Pintaban, y el espanto, su desastre.
 Sus miradas, Borbón, de gracia llenas, 6140
 Y en que a un tiempo reinaban la dulzura
 Y la audacia, sobre ellos caer deja.
 «Libres estáis, les dice. De hoy más quede
 Sólo a la voluntad y elección vuestra,
 El ser mis enemigos o vasallos. 6145
 Entre mí ya podéis y el de Mayena
 Reconocer un dueño. Ved, franceses,
 Quién de los dos más bien serlo merezca.
 O esclavos de la Liga, o, de un Rey socios;
 Id, si os place, a gemir bajo de aquélla, 6150
 O a triunfar bajo de éste. Elegid digo».

A estas palabras, que de un Rey salieran
 Ya de gloria cubierto, sobre un campo
 De batalla, en el seno de la misma
 Victoria, desvariados, sorprendidos 6155
 Vense los prisioneros: se demuestran
 Contentos de su rota; y a gran dicha
 Teniendo el ser vencidos, se clarean

Sus anublados ojos, y en su pecho,
 Muere todo el rencor, que en él viviera. 6160
 De Borbón el valor los ha vencido;
 Y tanto su virtud los encadena,
 Que ya del mero nombre de soldados
 Del Rey, alarde haciendo, solo anhelan
 Su crimen a expiar, con ley ardiente 6165
 Marchando, a lo adelante, tras sus huellas
 Benigno el vencedor, y generoso,
 Que cese ya el degüello presto ordena.
 Dueño de sus guerreros, su coraje
 Cede a su regia voz, y se sosiega. 6170
 Ya no es Enrique el León, bañado todo
 En sangre de la lid, que fiero lleva
 La muerte y el terror de fila en fila.
 Un Dios es, que benéfico, ya suelta
 De su potente mano el rayo horrible, 6175
 Y que la tempestad calma y enfrena,
 Consuelos dando al mundo. Dulces rasgos
 De la benignidad, la paz ya sella
 Sobre aquella terrible, amenazante,
 Y ensangrentada frente. Vida nueva, 6180
 Por sus humanas órdenes recobran,
 Los que la luz del día ven apenas;
 Y sobre sus peligros, sus trabajos,
 Y sus necesidades y miserias,
 Sus cuidados extiende, y cual un padre, 6185
 Atento y oficioso se desvela.
 De lo veraz lo mismo que lo falso,
 La peregrina rápida y parlera,
 Que a medida que avanza, abulta y crece,
 Y más leve que el viento, en alas vuela 6190
 Hasta allá mucho más de inmensos mares,
 De un polo al otro pasa de la tierra,
 Y el Universo ocupa. De este monstruo,
 De ojos lleno, de bocas y de orejas,
 Que igualmente celebra de los reyes 6195
 Los prodigiosos hechos, que las menguas;
 Que bajo sí reúne con el miedo
 Duda y credulidad, y que concierta
 Con el afán curioso, la esperanza,
 La retumbante voz, fue cual trompeta, 6200
 Del héroe de la Francia, de sus glorias,
 Y sus ilustres triunfos pregonera.
 Del Tajo al Eridano, vuela al golpe
 El grandioso y sonoro ruido de ella.
 Espántase el soberbio Vaticano. 6205
 Salta el Norte a tal voz de complacencia:
 Y Madrid, por su parte, entristecido,
 Tiembla de espanto, al fin, y de vergüenza.

¡O infelice París! ¡o ciudadanos,
 Que engañados vivís en lid tan terca! 6210
 ¡Falaces sacerdotes! ¡Infiel Liga!
 ¡De dolor con que gritos, con que quejas
 Vuestros templos entonces resonaron!
 Allí, desmelenadas las cabezas
 De ceniza cubristeis. ¿Y aún maquina 6215
 Adular vuestro espíritu Mayena?
 Él de esperanzas lleno, aunque vencido,
 Del retiro afrentoso en que se encierra,
 Con sagaz artificio disfrazaba
 A la atónita Liga, ya perpleja, 6220
 Lo irreparable y cruel de su derrota.
 Contra una suerte de armas tan adversa,
 De nuevo asegurarle pretendía.
 Su desgracia ocultándole, aún espera
 Repararla tal vez, y quiere en tanto, 6225
 Por mil falsos rumores que audaz siembra,
 Su celo reanimar y antiguo orgullo.
 A pesar, entretanto, de consejas,
 Y de invenciones tantas y artificios,
 La Verdad, siempre clara, siempre fiera, 6230
 La Verdad a sus ojos le desmiente,
 Su impostura confunde, y al fin vuela,
 De boca en boca, helando y abatiendo
 Los corazones todos que imbuyera.
 Obstinada y astuta la Discordia, 6235
 De ello por fin se aflige, de ello tiembla,
 Y su furiosa rabia redoblando,
 «Yo no he de ver jamás, dice, que sean
 Arruinadas mis obras; que en los muros
 De este mi Pueblo fiel, ya se vertieran 6240
 Por mí ponzoñas tantas; que encendida
 Fuese tanta voraz horrible hoguera;
 Y que de sangre, al fin, por tantas olas,
 Cimentada tuviese mi potencia,
 Para dejar a Enrique el vasto imperio 6245
 De la Francia, que al mio vi sujeta.
 Por más que formidable, fuerte e invicto
 Ese glorioso Príncipe ser pueda,
 El arte todavía no me falta
 De enflaquecer su ardor. Si con la fuerza 6250
 Vencerle no he podido, afeminarle
 Podré al menos bien pronto. A su braveza,
 A su excelsa virtud, esfuerzos vanos
 No opongamos de hoy más. Probado queda,
 Que al indomable Enrique, con suceso 6255
 Jamás podrá oponerse, en competencia,
 Otro algún vencedor; que Enrique mismo,
 Sólo a su corazón es a quien deba

Ese Borbón temblar. Por él hoy quiero
Solamente asaltarle, y de sorpresa 6260
Mal herirle y vencerle». Dijo; y pronto
Del Euro abandonando las riberas,
Sobre un carro teñido en sangre humana,
Y del odio tirado en nubes densas,
Que el día tornan pálido, ya parte, 6265
Y en busca del Amor rápida vuela.

FIN DEL CANTO VIII

▽△

Canto IX

Descripción del templo del Amor. La Discordia implora su poder para afeminar el valor de Enrique IV. Este héroe es retenido algún tiempo cerca de Mma. De Estrée, tan célebre bajo el nombre de la bella Gabriela. Morné le arranca a su amor y el Rey vuelve a su ejército.

Del país, que el antiguo llamó Idalia,
Sobre aquellos confines venturosos,
Señalados lugares, donde el Asia
Su principio, y la Europa su fin tienen, 6270
Un vetusto palacio se levanta,
Que el tiempo respetó. Naturaleza,
Sus primordiales bases allí labra;
Y su rústica y simple arquitectura,
Ornando en pos del arte mano sabia, 6275
Por atrevidos rasgos de su genio,
A la naturaleza se adelanta.
De su alegre distrito las campiñas,
Todas de verde mirto allí pobladas,
De sañudos inviernos los ultrajes 6280
No sufrieron jamás. Especies varias
Nacen allí y maduran por do quiera,
De frutos de Pomona, entre mil galas
Y dones aromáticos de Flora.
Oficiosa la tierra, allí no aguarda, 6285
Para ofrecer copiosas ricas mieses,
Ni del hombre los votos, ni ordinarias

Estaciones fructíferas del año.
 En la paz más profunda, ledos hallan,
 Gozan allí los hombres cuantos gustos 6290
 En la primera edad del mundo fausta,
 De la naturaleza le ofreciera
 La bienhechora mano. Eterna calma,
 Días puros, serenos y apacibles,
 La dulzura y placer, que la abundancia 6295
 Suele ofrecer risueña a los mortales,
 Los bienes, en fin, todos, y las gracias
 De la edad primitiva, de ellas sólo
 La cándida inocencia exceptuada.
 Otro estrépito allí jamás se escucha, 6300
 Que el de conciertos músicos, que encantan,
 Y con dulce armonía, languideces
 Por las voces inspiran y palabras
 De mil amantes, y mil tiernos tonos
 Con que les corresponden sus amadas, 6305
 Y en que, a veces, celebran su vergüenza,
 Y hacen de sus flaquezas, gloria vana.
 Véseles cada día, con sus frentes
 De floridas guirnaldas coronadas,
 Implorar de sus dueños los favores; 6310
 Y en la maña y las artes poco cautas
 De imponer y agradar, ir en su templo
 A ensayarse a porfía y afanadas.
 Del Amor, por la mano, a los altares,
 Con faz siempre serena, la Esperanza 6315
 Plácida y lisonjera las conduce.
 Del sacro templo aquel, siempre cercanas
 Las Gracias, al desdén, medio desnudas,
 A su melosa voz, ingenuas danzas
 Con donaire entrelazan y conciertan. 6320
 Allí el muelle Deleite, en quietud blanda,
 Sobre un lecho de céspedes tendido,
 Sus canciones escucha, y se solaza.
 Oficiosas le asisten a sus lados,
 La dócil Complacencia, la Confianza, 6325
 Los amantes Cuidados, los Placeres,
 Los Suspiros, en fin, y tiernas Ansias,
 Aún de más dulce llama y seductora
 Que los placeres mismos. Tal la entrada
 Es del célebre templo, y tan amable; 6330
 Más cuando del mortal liviana planta,
 Bajo la sacra bóveda, hasta el fondo
 Del santuario mismo, audaz avanza,
 ¡Qué espectáculo, entonces, tan funesto,
 Los ojos de sorpresa en él espanta! 6335
 De Placeres, allí, ya no aparece
 Aquella tropa, un tiempo, tierna y cara,

Ni sus suaves conciertos amorosos,
 Los oídos patéticos halagan.

Las Querellas, tan solo, y el Fastidio, 6340
 El Temor e Imprudencia temeraria,
 En un lugar transforman de horror lleno,
 Tan hermosa mansión y afortunada.
 De tez pálida y lívida, sombríos,
 Con pie trémulo, allí, los Celos andan, 6345
 Tras la inquieta Sospecha, que los guía.
 La Cólera y el Odio, ante ella marchan
 Vomitando venenos y blandiendo
 Un matador puñal. De vista zaina
 La Malicia, los ve, y al paso aplaude, 6350
 Con maligna sonrisa y afectada,
 La comparsa frenética y odiosa.
 De su error, cerca de ella, y de su rabia,
 El Arrepentimiento, aunque harto tarde,
 Los bárbaros furores detestaba, 6355
 Y aquel horrible séquito cerrando,
 Confundido suspira, y mustio baja
 Bañados en mil lágrimas los ojos.
 Aquí en medio de corte tan infausta,
 Siempre ingrata e infelice compañera 6360
 Del humano gozar, su eterna estancia
 El Amor escogiera. De este niño,
 Tan tierno como cruel, la mano flaca,
 Los destinos pendientes de la tierra
 Lleva siempre a placer. Guerra o paz manda 6365
 Con sólo un simple gesto, y derramando
 Por todo lo criado, en abundancia
 Su dulzura falaz, anima el mundo,
 Y en todo corazón albergue alcanza.
 Sobre un fúlgido trono, sus conquistas 6370
 Contemplando, a sus pies fiero arrojaba
 Las más soberbias testas, y engreído
 Más bien de las crueldades de su llama,
 Que de sus beneficios, daba señas
 De holgarse de los males que causaba. 6375
 Guiada por la rabia, la Discordia,
 Los placeres de allí desvía airada.
 Ábrese un libre paso, y agitando
 Las encendidas hachas que empuñaba,
 Con ojos brasas hechos, y con frente 6380
 Iracunda y teñida en sangre humana,
 «¡Hermano mío! dice ¿Qué se hicieron
 Las terribles saetas de tu aljaba?
 ¿Para quién esas flechas invencibles
 Conservaras, Amor, así guardadas? 6385
 Si de tu fiel hermana la Discordia
 Las teas encendiendo, a crudas sañas

De tus locos furores, siempre ansiaste
 La ponzoña mezclar de sus entrañas;
 Si a la madre común Naturaleza, 6390
 Con horrible trastorno perturbada
 Dejé en obsequio tuyo, tantas veces,
 Ven: y sobre mis huellas, la venganza
 Vuela al punto a tomar de mis injurias.
 De un victorioso Rey la fuerte planta, 6395
 Mis serpientes aprensa. Su audaz mano,
 De la guerra al laurel, terrible enlaza
 De la paz la agradable y mansa oliva.
 La Clemencia, que asidua le acompaña,
 Con un tranquilo paso, generosa, 6400
 De su guerrero impulso el ardor calma,
 Y en el túrbido seno y desgarrado
 De la guerra civil, por mí excitada,
 Ya bajo sus banderas victoriosas,
 Flotando por do quier, todas las almas 6405
 Por mí sola discordes, va a reunirse.
 Una victoria más, en polvo, a nada
 Reducido será mi altivo trono.
 Del rebelde París a las murallas
 El rayo lleva Enrique, y a batirle, 6410
 Vencerle y perdonarle se adelanta.
 Con cien grillos de bronce aprisionarme
 Su brazo premedita. A ti, la hazaña
 Toca ya de enfrenar ese torrente
 En su curso feroz. Sus, parte, marcha 6415
 La fuente a emponzoñar de tan sublimes
 Y valerosos hechos. Ya postrada,
 Bajo tu yugo ¡Amor! su gloria gima.
 Haz que a tu tierno halago y dulce magia,
 De la misma virtud quede en el seno, 6420
 De su esfuerzo rendida la constancia.
 Tú has sido ¡Amor! tú has sido, acordaraste,
 Cuya mano fatal urdió la trama
 De hacer caer de un Hércules las fuerzas,
 A los pies arrastrándolas de Omphala. 6425
 ¿Y no se viera a Antonio entre tus hierros
 Cautivo y quebrantado, abandonada
 La pretensión por ti del Orbe entero,
 Delante huir de Augusto con infamia,
 Y tras tus huellas solo, de Neptuno 6430
 A la región librándose salada,
 Del universo mundo al alto imperio,
 Anteponer gustoso a su Cleopatra?
 Vencer te resta a Enrique, además de tantos
 Orgullosos guerreros de alta fama. 6435
 En sus soberbias manos, ve de un vuelo
 A marchitar laureles, que las cargan.

De mirto y de arrayan, su sien altiva
 Parte al punto a dejar tan solo ornada.
 Entre el mimo y arrullo de tus brazos, 6440
 Adormece su bélica arrogancia.
 A mi trono en peligro y vacilante,
 Corre a servir de apoyo. Ven: mi causa
 Es la tuya, y también tu reino el mío». 6445
 Así dijo aquel monstruo: y retembladas
 Las bóvedas del templo, repetían
 Los ecos de su voz, que espanto daban.
 Amor, que allí entre flores recostado,
 A su sabor la plática escuchara,
 Al tono respondió de sus furores, 6450
 Con sola una sonrisa fiera y grata:
 De sus doradas flechas se arma, en tanto,
 Y del Cielo la bóveda azulada,
 En un punto, cual rayo, veloz hiende.
 De Placeres, de Juegos, y de Gracias 6455
 Guiado por los aires, y traído
 De los céfiros blandos en las alas,
 A los franceses campos raudo vuela.
 Del mezquino Simois presto las aguas
 En su carrera avista, con los campos 6460
 Donde un tiempo fue Troya. En estas playas,
 Tan célebres un día, el rapaz fiero
 Ríese al contemplar de torres altas,
 De suntuosos palacios las cenizas,
 A que las redujeron torpes llamas 6465
 De su adúltera tea. Allá a lo lejos,
 Fábricas ve soberbias, ve murallas,
 Que sobre un golfo erguidas, parecía,
 Que entre sus ondas móviles bogaban.
 Venecia es la que ve, del mundo asombro, 6470
 Cuyo destino al ver Neptuno pasma,
 Y que a las vagas ondas encerrando
 Con su seno esposadas, fiera manda.
 Desciende a descansar, y alto Amor hace,
 De la fértil Sicilia en las aisladas 6475
 Fructíferas campiñas, donde un tiempo
 A Virgilio y Teócrito inspiraba;
 Y do también se cuenta, que allá un día,
 De su poder la fuerza arrebatara
 Del amoroso Alfeo los raudales 6480
 Por ocultos caminos. Se levanta:
 Y las orillas plácidas dejando
 Del amable Aretusa, veloz pasa
 En campos de Provenza hacia Voclusa,
 Más dulce asilo aún y suave estancia, 6485
 Donde en sus bellos días, sus amores
 Suspirara, y sus versos el Petrarca.

Las paredes de Anet ve remontarse
 Del Euro a las riberas, cuya magna
 Elegante estructura trazó él mismo 6490
 Y do por diestras manos aún grabadas,
 Visibles hasta el día se conservan,
 Las amorosas cifras de Diana⁸⁷.
 Las Gracias, al pasar, y los Placeres,
 Sobre su tumba, flores, que brotaran 6495
 Bajo sus lindas huellas, derramaron.
 Termina ya el Amor su veloz marcha,
 Y a Ivri llega por fin; do a partir pronto
 Para empresas mayores el monarca,
 Aún en medio del ocio, activo y bravo, 6500
 Útil y dulcemente conciliaba
 La laboriosa imagen de la guerra,
 Con los regios solaces de la caza,
 Y en tan marcial recreo, algún instante
 Su trueno reposar en paz dejaba. 6505
 Mil jóvenes guerreros, a su lado,
 Y al través de los campos, acosaban
 Diestramente los huéspedes del bosque.
 Una alegría bárbara e inhumana
 Siente a su vista Amor: aguza flechas; 6510
 Sus cadenas apresta; lazos arma;
 Y los aires agita y alborota,
 Que a proposito él mismo serenara.
 Habla: y súbitamente vense armados
 Los elementos todos. De la plaga 6515
 Más remota del mundo, hasta la opuesta,
 La tempestad llamando, su voz manda
 Que congreguen los vientos mil nublados;
 Que desprendan al pronto, de las aguas
 Los torrentes suspensos en el aire; 6520
 Y que sobre aquel suelo al punto traigan
 Con la noche relámpagos y rayos.
 A sus órdenes fieles e irritadas
 Del Aquilón las furias, en los cielos
 Despliegan anublados, fieras alas. 6525
 La más horrible noche, a un día hermoso
 Suceder se ve ya. Gime, se espanta,
 Y la Naturaleza a Amor conoce.
 De aquella vasta y húmeda campaña
 Por entre cenagosos y hondos surcos, 6530
 Un pie incierto, Borbón, encaminaba
 Sin guía y sin escolta. Amor, entonces,
 De su antorcha excitando la cruel llama,
 Hace delante dél ir alumbrando
 Este nuevo prodigio. En la intrincada 6535
 Umbría de las selvas, de los suyos
 Abandonado el Rey, tras la luz marcha

De aquel astro enemigo, que entre sombras
 Brillando de la noche, le guiadaba.
 Cual se vieran, a veces, los viajeros 6540
 Ir, errantes, siguiendo en sus jornadas
 Varios ardientes fuegos, que la tierra
 De sus senos recónditos exhala,
 Pasajeros vapores, cuyas luces
 Maléficas los llevan, deslumbrada 6545
 La vista, al precipicio, hasta el momento,
 En que ellas le iluminan, y él los traga.
 Hacía poco tiempo, que fortuna,
 De una ilustre mortal la bella planta
 A estos lúgubres climas condujera. 6550
 De una tranquila quinta solitaria
 En el fondo apacible, allá bien lejos
 Del horroroso estruendo de las armas,
 Esperaba la joven a su padre,
 Que a sus príncipes fiel, y honrosas canas 6555
 De la guerra adquiriendo entre los riesgos,
 Nunca del Gran Enrique abandonara
 Los gloriosos y regios estandartes.
 Era de Estrée su nombre. Mano franca⁸⁸
 De la naturaleza, sin medida, 6560
 De sus amables dones la colmara.
 No con tanto esplendor, a las riberas
 Del Eurotas, un día, rutilaba
 La criminal belleza, que a su esposo
 Menelao, la fe, torpe violara. 6565
 Menos por cierto hermosa e interesante,
 Ostentar viera Tarsis en sus playas,
 La suprema beldad, que del Romano
 Al formidable dueño esclavizara,
 Cuando mortales razas de habitantes, 6570
 Que allá a orillas del Cidano moraban,
 Por la Diosa acatándola de Chipre,
 En su culto incensarios manejaran.
 Ella en la edad rayaba... ¡Edad terrible!
 Que hace de las pasiones más tiranas 6575
 Inevitable y grato el dulce yugo.
 Su corazón naciera, y se formaba
 Para el amor más fino: pero votos,
 Aún, fiero y generoso, no aceptara
 De algún ansioso amante; parecida 6580
 A la mimosa rosa, en la mañana
 De su fresca apacible primavera,
 Que su natal belleza al nacer guarda,
 Y en sus primeros días, recatando
 De los vientos de amor a las oleadas, 6585
 Los preciosos tesoros de su seno,
 Ábrelos a su tiempo, y los regala

Sólo a los rayos dulces y suaves,
 De un día de serena y pura calma.
 Entre tanto, el Amor, que a sorprenderla, 6590
 Bajo un supuesto nombre se aprestara,
 Cerca de ella de súbito aparece
 Sin su antorcha, sus flechas, y su aljaba.
 La voz de un simple niño y la figura
 Toma, y esto le cuenta. «En las cercanas 6595
 Riberas dejó verse ese famoso
 Vencedor de Mayenne, que se avanza
 Hacia aquestos lugares»; y al decirlo,
 Allá en su corazón un ansia extraña,
 Un deseo ignorado introducía 6600
 De agradar a aquel héroe, y animada
 Viose de nuevas gracias su tez bella.
 Aplaudíase Amor, al contemplarla
 Hermosa tanto entonces, y ayudado
 Del tropel de atractivos, que la agracian, 6605
 ¿Qué no debió esperar? él, de Estrée, lleva
 Al encuentro del Rey, la linda planta.
 El arte, con que él mismo, simplemente
 Su traje y sus adornos preparara,
 A seducidos ojos parecían 6610
 De la naturaleza propia gala.
 De sus blondos cabellos oro fino,
 Que del viento a merced, en él flotaba,
 Ora, revoleando, los nacientes
 Tesoros va a cubrir de su garganta, 6615
 Ora expone a los ojos sus encantos,
 Sus inefables y picantes gracias,
 Que aún más preciosas hacen su modestia:
 No aquella austeridad feroz y opaca,
 Que a la misma beldad, que al amor mismo 6620
 De sí lejos arredra, y los espanta,
 Sino el pudor, que dulce, que inocente,
 Que aniñado, colora, enciende, esmalta,
 De un divino sonrojo los semblantes;
 Que inspirando respeto, aviva e inflama 6625
 Mucho más el deseo, y los placeres
 Del que puede vencerlo, más exalta.
 Aún hace más Amor, a quien milagro
 No es imposible alguno; pues encanta
 Por invisible hechizo estos lugares. 6630
 Mirtos entrelazados por sus ramas,
 Que sumisa la tierra, en un momento
 Abortó de sus pródigas entrañas,
 Sobre el suelo extendían del contorno,
 Verde frondosidad embovedada. 6635
 Bajo su fatal sombra, incautamente,
 Cualquier mortal apenas su pie estampa,

Cuando por mil secretos blandos lazos
 Siéntese detener. Allí le agrada;
 Estarse allí le place. Allí se turba: 6640
 Salir de allí no puede. Un onda clara,
 Bajo estas sombras plácidas huyendo,
 Embelesa la vista, y la arrebata.
 Los dichosos amantes, embargados
 De una embriaguez allí tan dulce y cara, 6645
 De todo su deber un pleno olvido
 A vasos llenos beben y sin tasa.
 En todo aquel recinto delicioso,
 Triunfa y reina el Amor. En él alcanza,
 Y un poder probar hace irresistible. 6650
 Todo parece allí que el Amor cambia,
 Y todo corazón allí suspira.
 Todos embelesados allí se hallan,
 Del encanto que inspiran y resuellan.
 Todo allí de Amor habla. Amores cantan, 6655
 Y aves gorjean mil, y mil redoblan
 Por los amenos campos y enramadas,
 Sus ósculos, sus trinos, y caricias.
 El segador activo, que se avanza
 A la Aurora, y cantando, a segar corre 6660
 La que espiga le ofrece ya dorada,
 La estación ardorosa del Estío,
 Cual trabado en su marcha, allí se embarga;
 Allí se inquieta todo; allí se agita;
 Y de ayes puebla mil aquellas auras. 6665
 Su corazón se admira, se sorprende
 De tan nuevos deseos. Él, su estancia
 Embebecido, fija, y encantado
 En tan bello retiro, y empezada
 Deja su mies preciosa. El que apacienta 6670
 Cabe dél, hato rico, la zagala
 Olvidando, y temblándole la mano,
 Ya de ella, sin sentir, se le resbalan
 Los bolillos al suelo. De este hechizo
 A poderío tal, a fuerza tanta, 6675
 ¿Qué hacer pudo de Estrée, cuando atraída
 De un invencible encanto es la cuitada?
 Ella que combatir tenía, a un tiempo,
 En ocasión y en horas tan menguadas,
 Su edad, su corazón, su amor, y un héroe. 6680
 De Enrique, por un tiempo, la gran alma,
 La inmortal valentía, allá en secreto
 Su inacción reprobando, le llamaran
 De su glorioso campo a las banderas:
 Pero mano invisible le ligaba 6685
 A su pesar allí. Apoyo, en vano,
 En su primer virtud Borbón buscara.

Su virtud le abandona; y su alma absorta,
 No conoce, no ve, no escucha, no ama
 Más deber que su Estrée, más gloria y dicha. 6690
 De Enrique, en este tiempo, la morada
 Sus jefes ignorando, de él distantes,
 ¡Con qué afán por su Rey se preguntaban
 Los unos a los otros! ¡qué confusos,
 Cuán sin ánimo y mustios todos andan! 6695
 Por sus días solícitos y ansiosos,
 Agitábanse todos y temblaban:
 Creer, empero, alguno no pudiera,
 Que en tan fatal ausencia, sin infamia
 Temblar también debiese por su gloria. 6700
 En balde por do quier se le buscaba;
 Y sus bravos guerreros, desmayados,
 No llevándole al frente, que quedaran
 Parecía dispersos y vencidos.
 Pero el Genio feliz, que de la Francia 6705
 Preside a los destinos, tiempo largo
 Ausencia no sufrió tan arriesgada.
 A la voz de Luis baja del Cielo;
 Y con vuelo veloz, sobre sus alas,
 De su hijo al socorro parte al punto. 6710
 Luego que, descendiendo, el pie descansa
 Sobre nuestro hemisferio, por que pueda
 Con un sabio encontrarse, atenta ojeada
 Por la tierra tendió; más sin buscarle
 En aquellas mansiones veneradas, 6715
 Que al estudio los hombres, al silencio,
 Y al penitente ayuno consagraran,
 A encontrarle en Ivri rápido vuela.
 Entre aquella licencia relajada,
 Donde de los soldados victoriosos, 6720
 La arrogante insolencia se desata,
 Fija el ángel feliz de los franceses
 Su vuelo celestial. Allí se para;
 Y en medio de los fieros estandartes,
 De los que de Calvino hijos se llaman, 6725
 Se dirige a Morné, por enseñarnos,
 Que la sola razón, mil veces basta
 A conducirnos bien: de la manera,
 Que, entre paganas gentes, ya guiara
 A los Marcos Aurelios y Platones, 6730
 Vergüenza y confusión de las cristianas.
 Morné, prudente amigo, nada menos
 Que filósofo austero, no ignorara
 El arte tan discreto como raro
 De agradar reprehendiendo. Él enseñaba 6735
 Más que con el discurso con su ejemplo.
 Las virtudes más sólidas, del alma

De Morné, los amores fueran todos.
 Ávido de trabajos, sin más ansias,
 Y a los blandos placeres insensible, 6740
 Al borde, con pie firme, caminaba
 Del mayor precipicio. Nunca el tono
 De la corte, ni su aura envenenada,
 La pura austeridad de su constante
 Corazón, corrompiera ni alterara. 6745
 Así ¡bella Aretusa! de Amfitrite,
 A tu inviolado tránsito, pasmada,
 Hasta el seno feroz y borrascoso,
 Rodar hacen tus ondas dulces aguas,
 Limpios cristales claros, a que nunca, 6750
 De los piélagos vicia, ni contagia
 La salobre amargura, por do corren.
 Generoso Morné, cuyas pisadas
 La Prudencia dirige, a su par vuela
 En alas del afecto a la morada, 6755
 En que la femenil dulce molicie,
 En sus brazos prendiendo, esclavizaba
 Al vencedor terrible de los hombres,
 Y con él los destinos de la Patria:
 Multiplicando Amor sus tiernos triunfos, 6760
 Sus dichas cada instante acrecentaba,
 Por desmenuar más bien sus altas glorias.
 Los deleites, que rápida duranza
 Suelen sólo lograr, embelesando
 Sus momentos, sus días renovaban. 6765
 Colérico el Amor, en medio de ellos,
 La severa Prudencia, colocada
 Del virtuoso Morné descubre al lado.
 Transpórtase furioso; y en venganza,
 Contra el sabio guerrero una saeta 6770
 Lanzar quiere cruel, con que pensaba
 Hechizar sus sentidos, y creía
 Herir su corazón: pero se engaña.
 Su cólera, Morné y agudas flechas,
 Sus encantos, Morné, menospreciaba. 6775
 Impotentes sus puntas, se rompían
 En su armadura todas, o embotaban.
 Con circunspecto acuerdo, que a sus ojos
 Se le ofreciese el Rey, modesto aguarda;
 Y entre tanto, con vista y ceño airado, 6780
 Aquel hermoso sitio contemplaba.
 Del sombrío jardín allá en el fondo,
 Y a orillas de un raudal de limpias aguas,
 Bajo un mirto amoroso, del misterio
 Verde y ameno asilo, prodigaba 6785
 A su amante la Estrée sus gracias todas.
 Unido el uno al otro, cual pegada

Suele al laurel la hiedra, entre los brazos
 De su Estrée nuestro Enrique se abrasaba, 6790
 De amor desfallecía. De los tiernos
 Suavísimos coloquios, que alternaban,
 Nada, en tales momentos, capaz fuera
 De alterar el hechizo. Se llenaran
 De lágrimas sus ojos y desmayo,
 De aquellas dulces lágrimas, que labran 6795
 La gloria y el placer de los amantes.
 Ellos allí sentían, y gustaban
 Aquella embriaguez, aquel arrobó,
 Aquel muelle transporte y furia mansa,
 Que solo un amor tierno gustar hace, 6800
 Y que explicar también él solo alcanza.
 Juguetones placeres y festivos,
 Amores mil de un índole aniñada,
 De su dulce reposo allá en el seno,
 Aquel fuerte guerrero desarmaran. 6805
 Aquí, el uno, agarraba y revolvía
 Aún teñida de sangre su coraza.
 Al héroe manoseando y desciiendo
 Otro, allí, la terrible cimitarra,
 Se reía a placer, y entre sus manos 6810
 Débiles e infantiles, jugueteaba
 Con el hierro, que apoyo era del trono,
 Y a los hombres horror y espanto causa.
 La Discordia, a lo lejos, acechando
 Sus humanas flaquezas, le insultaba; 6815
 Y el afecto cruel de su contento,
 Exprimía con pérfidas risadas.
 Su actividad aleve, no prodiga
 Tan críticos momentos. Sin tardanza,
 Las sierpes de la Liga a irritar corre; 6820
 Y mientras que a los brazos se entregara
 Del reposo Borbón, del bando opuesto
 Las infernales furias despertaba.
 Por fin en los jardines, do yacía
 Su virtud en el ocio aletargada, 6825
 Parecer ve Morné. Vele, y se afrenta.
 Uno de otro, en secreto, recelaba
 La presencia al igual. Se acerca el sabio,
 Y un sombrío silencio grave guarda;
 Más su silencio mismo, el mirar triste 6830
 De su abatida vista ¡Cuánto daban
 Que entender a Borbón! Sobre aquel rostro
 Humildemente severo, en que reinaba
 La dura pesadumbre, su flaqueza
 Fácilmente y rubor Borbón repara. 6835
 Odia Amor sus sorpresas. Raras veces,
 Suele amarse al testigo de sus faltas.

De Morné, cualquier otro, los cuidados
 No hubiera agradecido, a mal llevara⁸⁹.
 «¡Caro amigo! el Rey dice, mis enojos 6840
 Temer no debes, no. Quien me señala,
 Quien mi deber me advierte, de agradarme
 Seguro puede estar. Ven: llega. Aún se halla
 Digno de ti tu Rey, y su alma dócil.
 No más, no más, Morné; te he visto, y basta. 6845
 Tú me has vuelto a mí mismo ¡caro amigo!
 Ya la virtud antigua, que robara
 De mi pecho el amor, a cobrar vuelvo.
 De esta inacción tan torpe y desairada
 Los males evitemos. De este estado 6850
 La afrenta huyamos ya, la torpe infamia.
 De este lugar huyamos tan funesto,
 Donde mi corazón aún quiere, aún ama,
 Aún pide, amotinado, el dulce grillo,
 Con que el Amor en él le aprisionaba. 6855
 De hoy más, de mi pasión la fiera fuga,
 Mi victoria será más noble y cara.
 En los brazos partamos de la gloria,
 A retar del Amor las asechanzas.
 De la guerra, al momento, los terrores, 6860
 Las rápidas sorpresas, las alarmas
 Hacia París, intrépidos, llevando,
 Lave ya de mi error obscuras manchas,
 En la española sangre nuestro acero».

De un valor generoso, a estas palabras, 6865
 A su dueño, Morné, ya reconoce;
 Y de alborozo lleno: «El mismo, exclama,
 El mismo sois, Enrique, que hoy mis ojos
 Tornan de nuevo a ver. ¡Vos, de la Francia
 Augusto defensor! ¡Vos, de vos mismo 6870
 El vencedor ilustre, y el monarca
 De vuestro corazón! Las glorias vuestras,
 Con nuevo brillo, Amor, hoy día esmalta.
 Feliz hombre es aquel que Amor ignora,
 Y héroe más raro aquel que le avasalla». 6875
 Dijo: y de tales sitios a alejarse
 Ya se apresura el Rey ¡Qué pena amarga!
 ¡Cuánto dolor! ¡o Cielo! ha enternecido
 Aquel último adiós! Absorta el alma
 De tan gracioso objeto y tan amable, 6880
 De quien huyendo va, y aun adoraba,
 Condenando sus lágrimas, a un tiempo
 Sin libertad Enrique las derrama.
 Del Amor a una parte arrebatado,
 De Morné conducido a la contraria, 6885
 Ya se aleja, ya torna, ya en fin parte,
 Parte desesperado. Desmayada

Cae al punto de Estrée, sin movimiento,
 Sin color y sin vida. Subitánea
 Negra y fúnebre sombra, a eclipsar llega 6890
 De sus hermosos ojos la luz clara.
 Amor, que lo percibe, se estremece,
 Y a los aires, furioso, un grito lanza.
 Recelaba el aleve, y se afligía,
 De que una noche eterna le robara 6895
 Una ninfa, a su imperio, tan hermosa;
 Y el dulce hechizo aquel, aquella llama
 De unos hermosos ojos, que debían
 En la Francia encender hogueras tantas,
 Para siempre apagase inexorable. 6900
 Él la toma en sus brazos: él la halaga:
 Él la fomenta; y presto a su voz dulce,
 Vélese de la amante desolada
 Los párpados a abrir amortiguados.
 A su querido nombra veces varias; 6905
 Por él pregunta a Amor, do quiere le buscan
 Solícitos sus ojos, y se apagan,
 Se cierran al no hallarle. Cerca de ella,
 El Amor en mil lágrimas se baña.
 Del día a la luz bella, que aborrece, 6910
 Tiernamente una vez y otra la llama.
 Con esperanzas mil consoladoras,
 Sagazmente procura confortarla,
 Y a males, de que sólo el autor era,
 Alivios y consuelos aplicaba. 6915
 Morné, siempre inflexible, siempre austero,
 A su Señor, en tanto, que notara
 Demasiado sensible, sostenía.
 La virtud y la fuerza, les mostraban
 Del honor los caminos. Con laureles 6920
 En las manos, la gloria les guiaba;
 Y el indignado Amor, como vencido
 Por el justo deber, de Anet escapa
 A esconder, de allí lejos, con su pena,
 Su furor, su vergüenza, y su desgracia. 6925

FIN DEL CANTO IX

▽△

Canto X

Vuelve el Rey a su ejército. Renuévase el sitio. Combate singular del vizconde de Turena y el caballero de Aumale. Hambre horrible, que consume la ciudad. El Rey alimenta a los mismos sitiados. El Cielo recompensa, por fin, sus virtudes. La Verdad viene a iluminarle. París le abre sus puertas, y acábase la guerra.

Tan peligrosas horas prodigadas
En la afeminación y la pereza,
Su flaca situación a los vencidos
Hicieran olvidar. Ya el de Mayena,
Preparádose había, a punto estaba 6930
De otra lid arrostrar, otras empresas,
Y de esperanzas nuevas embriagado,
Era el pueblo infeliz víctima de ellas.
Más nada al impaciente Enrique embarga,
Que a poner alta cima se acelera 6935
De su infiel capital a la conquista.
Y París espantado, con sorpresa,
Del campo de Borbón, que se acercaba,
Flotantes a ver vuelve las banderas.
Al pie de sus murallas nuevamente, 6940
El héroe formidable se presenta;
Murallas, do su rayo aún humo exhala,
Murallas, que en cenizas no pudieran
Resolverse a dejar, en aquel día,
En que de la feliz nación Francesa 6945
El Ángel tutelar, aparecido,
Su indignación calmando, suspendiera
De su triunfante brazo los rigores.
Todo el campo, del Rey a la presencia,
De gritos de alegría puebla el viento. 6950
Y hacia París mirando, cual su presa,
Ya con ávidos ojos le devora.
Los de la Liga, en tanto, que consterna
El más justo terror, en torno todos
Del prudente Mayenne a unirse vuelan, 6955
Allí el audaz Aumale la palabra
El primero tomando, con fiereza
De todo acuerdo tímido enemiga,
Del general Consejo a la Asamblea,
Este lenguaje impávido dirige. 6960
«Hasta el día, a escondernos con vergüenza
Aprendido no hubimos. A nosotros
Ese enemigo viene. Que allá afuera
A encontrarle marchemos, nos importa.
Allá es do llevar nos interesa 6965

Un dichoso furor. De los franceses
 El ímpetu conozco en las refriegas.
 Su arremetiente ardor, la obscura sombra
 De los muros entibia, y es a medias
 Vencido ya el francés que es atacado. 6970
 La desesperación, veces diversas
 Victorias consiguió. Todo lo espero
 Del activo vigor de nuestra fuerza,
 Y nada de la inerte de esos muros.
 ¡Héroes que me escucháis, almas guerreras! 6975
 A los campos volad del fiero Marte.
 ¡Pueblos que me seguís en su carrera!
 Vuestros jefes serán vuestras murallas».

Y calló; más de audacia tan extrema,
 Claramente indicando los ligados, 6980
 Acusar en silencio la imprudencia,
 De rubor encendido, lee con rabia
 En sus confusos ojos la respuesta,
 Que a su arenga el temor dictado había.

«Y bien, Franceses, dice, pues mis huellas 6985
 A seguir no se atreven vuestros pechos,
 Sobrevivir no quiero a tal afrenta.
 Vos teméis los peligros; más yo solo
 A provocarlos salgo. De mí aprendan
 A vencer vuestros ánimos, o al menos, 6990
 A morir con honor en la palestra».

Pronto una puerta abrir de París hace;
 Y del inmenso pueblo que lo cerca
 Arredrando la escolta, al campo avanza. 6995
 Cual de duelos ministro, a la pelea
 En su marcha un heraldo le precede,
 Que del Rey penetrando hasta las tiendas,
 En alta y hostil voz, así pregona.

«Cualquiera que la gloria en algo aprecia,
 En singular batalla, salga al punto 7000
 Al campo del honor; al punto venga
 El lauro a disputar de la victoria.
 Aquí el de Aumale os llama, y aquí os reta.
 Pareced caballeros enemigos».

De tan osado bando a la voz fiera, 7005
 Cada Jefe, a porfía, aspira ardiente,
 De su celo impelido, nuevas pruebas
 Contra de Aumale a dar de sus esfuerzos,
 Tan ilustre elección, tal preferencia,
 Todos cerca del Rey con ansia intrigan. 7010
 Todos de su valor tan bella prenda,
 Tenían de antemano bien ganada,
 Más de todos, al fin, en competencia,
 Ventaja tan preciosa, blasón tanto,
 Se arrebató el intrépido, Turena. 7015

En sus manos, el Rey, el nombre todo,
 La gloria de la Francia deja puesta.
 «Ve Turenne, le dice, presto corre
 A abatir de un soberbio la insolencia.

Por tu Patria, este día, por ti mismo, 7020
 Y a un tiempo por tu Príncipe pelea.
 Sus armas en efecto dél recibe».

Y su espada al decírselo, le entrega.
 «No, sin duda, gran Rey, así responde,

Su rodilla abrazando, el noble atleta, 7025
 Jamás vuestra esperanza saldrá vana.
 Este acero, señor, por mí lo atesta.
 Yo lo juro por vos». Dijo; en sus brazos,
 Al punto de partir, el Rey le estrecha,

Y hacia el puesto se arroja velozmente, 7030
 Donde de Aumale ya, con impaciencia,
 Que un campeón pareciese ufano aguarda.
 Del pueblo de París la turba inmensa
 Sus muros coronaba. Los soldados

De Borbón, cerca dél, el duelo observan. 7035
 Sobre el uno y el otro combatiente,
 Todos sus ojos fijan en la escena;
 Y cada cual de entrambos, en el uno,
 Viendo a su defensor, coraje intenta

Con su gesto inspirarle y con sus gritos. 7040
 Sobre París, entonces, verse deja
 Una nube pendiente, que en su seno,
 Conducir parecía entre la recia
 Tempestad, el relámpago y el rayo.

Sus fogosas entrañas rubinegras 7045
 Allí al golpe estallando fuera arrojan
 De monstruos del infierno una caterva.
 El Fanatismo horrible, la Discordia
 Sanguinaria, feroz, y turbulenta,

De falso corazón y vista zaina 7050
 La Política umbría, y de la guerra
 Respirando el mal Genio sus furores,
 De sangre finalmente, que bebieran,
 Embeodados Dioses, Dioses dignos

De los Ligados, caen, y se sientan 7055
 De la ciudad rebelde sobre el muro.
 Por Aumale a luchar todos se aprestan;
 Cuando allí sobre el campo, a un mismo tiempo;
 A los cielos la bóveda entreabierta,

En la región del aire, sobre un trono, 7060
 Descender se ve un ángel, con diadema
 De rayos mil ceñido, que flotando,
 Y entre llamas hendiendo su carrera
 Sobre fúlgidas alas, tras sí lejos,

De surcos de la luz, que le rodea, 7065

El Occidente deja iluminado.
 En una mano, sacra oliva lleva,
 De la paz siempre amable y suspirada
 Consolador presagio. En otra, ostenta,
 Y de un Dios vengador hace que brille 7070
 Aquel horrible acero, que blandiera
 Del exterminador la fiera mano,
 Cuando a la indignación de Dios tremenda
 Plugo un tiempo librar a voraz muerte,
 De una indómita raza altiva y necia, 7075
 Los hijos primogénitos. De espada
 Tan terrible al aspecto, se consternan
 Los infernales monstruos, desarmados,
 Atónitos y estúpidos se quedan.
 El terror en cadenas los envuelve; 7080
 Y un poder invencible, las saetas
 De su inflexible tropa abate todas.
 Al modo, que otra vez, caer hiciera
 En sangre humana tintas, de sus aras,
 Aquel fiero Dagon, deidad horrenda 7085
 Del fuerte filisteo; cuando un día,
 Del Gran Dios de los Dioses, ya traspuesta,
 En su templo, a sus ojos espantados,
 Del Testamento el Arca se expusiera.
 El Ejército, el Rey, París entero, 7090
 El Cielo y el Infierno, a fijar llegan
 En combate tan célebre sus ojos.
 Al punto ambos guerreros en ley entran
 De la terrible lid a la estacada;
 Y del campo de honor ya la barrera 7095
 Abre a la usanza el Rey. El peso enorme
 De la adarga, sus brazos no molesta,
 Ni sus pechos intrépidos ocultan,
 De una intrincada malla cotas recias,
 Duros bustos de acero, que ornamento 7100
 De antiguos caballeros ser soliera,
 Refulgente a la vista, y a los golpes
 Impenetrable a un tiempo. Ellos desprecian
 Arreos que pesada más harían
 Y menos peligrosa la palestra. 7105
 Era su arma una espada. No les cubre
 Otra defensa más; y toda expuesta
 Al riesgo la persona, el uno al otro
 Mutuamente avanzándose se acerca.
 «¡Gran Dios, Turena exclama, Árbitro eterno 7110
 De mi Príncipe! baja, y su querella,
 Su causa juzga ya. Por él combate,
 Y pelee conmigo tu alta diestra:
 ¿Qué importará el valor, que de tu brazo
 La protección divina no sostenga? 7115

Es bien poco, Señor, lo que este día,
 Confiado en ti sólo el de Turena,
 Espera de sí mismo; pero todo
 Del poder de tu mano justiciera».

«Yo, responde de Aumale, yo lo espero 7120
 Únicamente todo, de la fuerza
 De mi propio valor y de este brazo.
 De las luchas la suerte fausta o adversa,
 De nosotros depende solamente.

A la Deidad suprema, en vano apela, 7125
 En vano el hombre tímido la implora.
 Tranquila allá en el Cielo, acá nos deja
 Sólo a nosotros mismos entregados.
 El partido más justo en las contiendas
 De poder a poder entre los hombres, 7130
 Es el del que triunfante sale de ellas.
 El esfuerzo, Turena, el valor sólo,
 El Árbitro y el Dios son de la guerra».

Dijo: y con una ojeada, que de furia
 Y altanera arrogancia centellea, 7135
 De su rival insulta la confianza,
 No menos grave y digna que modesta.
 Ya resuena el clarín. Ya velozmente
 Parten los dos campeones a su seña.

Ya a arremeterse llegan, y los riesgos 7140
 Del combate por fin, ambos comienzan.
 Todo cuanto pudieran hasta entonces
 El brío y el valor, con la firmeza,
 El ardid y constancia combinados,
 De ambas partes campaba en tal pelea. 7145
 Si cien golpes se tiran, cien se paran,
 Y se cubren con rápida presteza.
 Tan pronto, con furor, el uno de ellos
 Veloz se precipita, y con la misma
 Rapidez, el contrario quita el golpe. 7150
 Tan pronto, aproximándose, que llegan
 A abrazarse parece. Su peligro,
 Que renace inminente, y se acrecienta
 Cada instante, un placer presta horroroso.

Gusto daba el mirar cómo se observan, 7155
 Cómo los dos se temen mutuamente:
 Cómo se avanzan ambos, y repliegan;
 Cómo entrambos se miden, y se aguardan.
 El centellante acero, con destreza
 Desviado, la vista ilude y turba 7160
 Con fintas, que aquí encaran, y allí asestan.
 Tal se mira del sol la luz fulgente,
 Que sus rayos de fuego dobla y quiebra
 En el onda diáfana, en que rotos,
 Y más y más dispersos por mil sendas 7165

Del paso en que refringen, a los aires,
 De donde ya partieran, dan la vuelta
 Desde el móvil cristal. Sobresaltada
 La espectadora turba, y sin que pueda
 Comprender lo que ve, perpleja toda, 7170
 Por momentos su triunfo o ruina espera.
 Es el joven Aumale más ardiente,
 Fuerte más y furioso. No es Turena
 Tan impetuoso, no; pero más diestro,
 Dueño de sus sentidos, no le obceca 7175
 La cólera jamás, sólo le anima,
 Y a placer su rival cansa y molesta.
 En mil vanos esfuerzos empeñado
 Del de Aumale el vigor, exhausto queda;
 Y bien presto su brazo, inútilmente 7180
 Quebrantado y rendido, ya no presta
 Servicio a su valor. Notando, entonces
 Turena, que lo mira, su flaqueza,
 Se reanima, le acosa, le comprime,
 Le persigue, y al fin, hiere y penetra 7185
 De una mortal herida su costado.
 Tendido ya de Aumale, se revuelca
 Entre olas de su sangre. Del Infierno
 Todos aquellos monstruos, braman, tiemblan,
 Y estos acentos lúgubres se oyeron 7190
 En los aires sonar: «Cayó por tierra
 El trono de la Liga para siempre.
 Has vencido Borbón. Nuestra potencia,
 Nuestro Reino pasó». A estos acentos 7195
 Su lamentable grito el pueblo mezcla.
 Exánime de Aumale, ya postrado
 Sin aliento y vigor sobre la arena,
 Que aún su rival retaba parecía;
 Pero ¡o vano furor! Ya se le suelta 7200
 El formidable acero de la mano;
 Y aun todavía, bravo, a hablar se esfuerza;
 Más su voz entre el labio opresa expira.
 De verse así vencido la vergüenza,
 Dábale con horror más fiero aspecto.
 Quiere alzarse: recae. Entreabre apenas 7205
 Un ojo moribundo: a París mira,
 Y suspirando muere. Tú le vieras,
 Desgraciado Mayenne, agonizando;
 Tú le viste y temblaste ¡audaz Mayena!
 Y en momento tan mísero y horrible, 7210
 La imagen funestísima ya cerca
 Presentose a tu espíritu turbado,
 De tu infalible pérdida completa.
 De París entre tanto, hacia los muros,
 El cadáver de Aumale, a marcha lenta 7215

Taciturnos soldados devolvían.
 Tan funeraria pompa y lastimera,
 Por medio de un gran pueblo consternado
 Atónito y confuso, avanza y entra.

Temblando, cada cual, mira aquel cuerpo 7220
 Desfigurado todo: macilenta,
 Manchada observa en sangre aquella frente;
 Aquella boca advierte medio abierta;
 La cabeza hacia un lado descolgada,
 Suelta y de polvo sucia la melena; 7225
 Ve por fin unos ojos, en que todos
 Sus estragos y horror la muerte ostenta.
 Ya no corren más lágrimas. Se embargan
 Los públicos lamentos. La vil mengua,
 La lástima, el pavor y abatimiento, 7230
 Los sollozos ahogan, y las quejas
 Reprimen populares. Todo calla.
 Todo ya compungido solo tiembla;
 Cuando un ruidoso son, de horror colmado,
 Sobreviene de súbito, y aumenta 7235
 El lúgubre terror de aquel silencio.
 Hasta el Cielo lanzándose, se elevan
 Del fiero sitiador hórridos gritos.
 Caudillos y soldados, se reunieran
 Del Rey cerca, pidiéndole el asalto; 7240
 Más el augusto Luis, que el ángel era
 De la Francia custodio, y de su hijo,
 La cólera de Enrique, el ardor templa;
 Así suele, mil veces, de aquilones,
 Pendientes en los aires, la braveza, 7245
 Domeñar de los fieros elementos
 El invisible Móvil. Él barreras
 A los mares fijó, donde las olas
 A estrellar sus furores siempre vengan.
 Él ciudades abisma, y en ruinas 7250
 Las convierte su enojo, y las dispersa.
 Del hombre el corazón tiene en su mano.
 Enrique, cuyo fuego reprimiera
 El compasivo Cielo, los furores
 De sus triunfantes huestes encadena. 7255
 Sentía al fin, Borbón, cuánto aún ingrata,
 De su Patria el amor su pecho afecta.
 Quiérela redimir: Salvarla quiere
 Del calor de su cólera guerrera.
 De sus vasallos propios execrado, 7260
 De su Pueblo ofendido, sólo anhela
 A darles su perdón. Ellos son solos
 Los que perderse quieren, cuando él piensa
 Solamente en ganarles. Por felice
 Tendríase, si audacia tan proterva 7265

Solo a fuerza venciendo de bondades,
A aquellos infelices redujera,
Y a pedirle su gracia les forzara.
Arrastrarlos pudiendo entre cadenas,
Benigno y generoso, su bloqueo 7270
A formar se limita; y así deja
De arrepentirse tiempo a sus delirios.
Creyó, que sin batallas más, sangrientas,
Sin alarmas, ni asaltos, ni degüellos,
El hambre solamente y la miseria, 7275
Más fuertes y apremiantes que sus armas,
Le entregarían ya, sin resistencia,
Y sin desastres más, ni más fatigas,
Un exánime pueblo, a la laceria
Del lujo trasladado y la abundancia, 7280
En que nutrido y avezado fuera;
Y que vencido al cabo de sus males,
Y flexible por fin a la indigencia,
En venir no tardase, de rodillas
A implorar sin recurso su clemencia; 7285
Más ¡ay! el falso celo, que no puede
Ceder en ningún caso, cruel enseña
A aventurarlo todo y resistirlo.
La ignara multitud, la turba necia
De los amotinados, cuya vida 7290
Perdonar, conservar, piadoso intenta
La vengadora mano que ultrajaran,
Por flaqueza del Príncipe interpreta
Su virtud generosa, y más altiva
Con sus raras piedades, sus proezas, 7295
Su valor olvidando, tan buen Dueño,
Tan benéfico Rey aún más desprecia,
Su ilustre Vencedor más desafía,
Y la ociosa venganza de su ofensa,
Bárbara y obstinada más insulta, 7300
Como un mísero indicio de impotencia.
Más cuando de las aguas, finalmente,
El curso cautivado ya del Sena,
De transportar cesara a tan gran pueblo
Los copiosos tributos, que le pechan 7305
De ordinario, las mieses abundosas
De su vasta y feraz circunferencia,
Y pálida y cruel fue en París vista
El hambre, que la Muerte le presenta⁹⁰
Marchando de ella en pos, entonces se oyen 7310
Horribles alaridos y querellas.
La soberbia París, viose bien pronto
De desgraciados seres toda llena,
Que una trémula mano y desecada,
A la piedad tender pueden apenas; 7315

Cuya transida voz agonizante,
 En vano mendigaba, por do quiera
 El sustento y la vida; cuando en medio
 De sus mismos tesoros, la opulencia
 Después de esfuerzos mil, en balde todos, 7320
 Presto el rigor sufrió del hambre negra.
 Pavorosos de allí ya huido habían
 Los convites, los juegos y las fiestas,
 En que de mirto y rosa coronadas
 Por Venus y por Baco las cabezas, 7325
 Donde, en medio de gustos y delicias,
 Siempre de duración harto ligera,
 Vinos mil perfumados, mil viandas
 De las más decantadas y selectas,
 Bajo dorados techos, donde habita 7330
 La lúbrica molicie y se recrea,
 Del hastiado gusto melindroso,
 Irritaban la lánguida pereza.
 Horror y espanto daban las figuras
 De tantos voluptuosos, ya desechas, 7335
 Lívidas y amarillas, que llevando
 En sus ojos la muerte, y de riquezas,
 Y de un lujo magnífico en el seno,
 Acorando, muriendo ya de inedia,
 De su fortuna y bienes detestaban 7340
 La inútil abundancia. En medio de ella,
 Aquí un anciano padre, cuyos días
 A finir iba el hambre, el hijo observa,
 Que sin pecho en la cuna gime y muere.
 Una familia, allí, perece entera 7345
 Entre accesos furiosos de la rabia.
 Tendidos, más allá, yacen por tierra
 Y entre el polvo se vuelcan, miserables,
 Que en medio de agonías, aún pelean
 Por desechos del suelo los más viles. 7350
 Al impulso del hambre impía y fiera,
 Ultrajando estos hórridos espectros,
 A la humana común naturaleza,
 En la fétida hondura de las tumbas
 A buscar su sustento se enderezan. 7355
 Los huesos de los muertos espantados,
 Cual si trigo el más limpio y puro fueran,
 Por aquellos hambrientos se preparan
 Y con ansia devoran. ¿Qué no atentan
 Las extremas miserias? Se le ha visto, 7360
 Por postrimer recurso, de las mismas
 Cenizas de sus padres sustentarse.
 Manjar tan detestable, le acarrea
 Anticipada muerte, y su comida,
 Ha sido para ellos la postrera. 7365

Los Doctores fanáticos, en tanto,
 Que lejos, por su parte, de que en estas
 Calamidades públicas sufriesen,
 A sus necesidades redujeran
 Todas sus paternales atenciones, 7370
 Nadan entre la copia, que reservan⁹¹
 A la sagrada sombra de las aras,
 Y del Dios, que así ofenden, la paciencia
 Atestando, y corriendo todo el pueblo,
 Su constancia animaban y firmeza. 7375
 A los unos, a quienes ya los ojos
 La muerte a cerrar iba, en recompensa,
 Sus liberales manos, del empíreo
 Las puertas les abrían. A otros muestran,
 Con proféticos ojos, ya pendientes, 7380
 Y del trueno encendidas las centellas
 Sobre el Príncipe hereje. En breve espacio,
 Por inmensos socorros, que ya llegan,
 Salvo a París anuncian, y del Cielo
 Pronto a caer maná que les provea. 7385
 Atractivos tan huecos ¡ah! tan vanos
 Estériles anuncios y promesas,
 A aquellos desdichados encantaban
 Fáciles de engañar. Por la caterva
 De insidiosos ministros, seducidos, 7390
 Y de los Dez-y-seis por la asamblea
 De terror embargados, obedientes,
 Y aún más, cuasi contentos, ya se dejan
 A sus plantas morir. ¡Harto felices,
 En dejar de una vez tal existencia! 7395
 De un tropel de extranjeros habitantes,
 La rebelde ciudad llena se viera;
 Tigres, que nuestros padres, allá un tiempo
 En su seno abrigaran y nutrieran;
 Más crueles, sin duda, que la muerte, 7400
 Y más fieros que el hambre y que la guerra.
 De estas extrañas gentes, una parte,
 De las campiñas belgicas viniera.
 De los montes y rocas escarpadas
 De la Helvecia, las otras descendieran; 7405
 Bárbaros por oficio, cuya industria
 Y única ocupación, la guerra hiciera,
 Y que su sangre venden al primero,
 Que acomoda comprársela y verterla.
 De estos nuevos tiranos advenidos, 7410
 Licenciosas cohortes y avarientas,
 Los hogares pacíficos violando,
 De tropel abatiéndole sus puertas,
 Mil variadas muertes a sus dueños
 Asustados y atónitos presentan; 7415

No por ir a robar tesoro inútil;
 Ni menos, todavía, por que quieran,
 Con adúltera mano, arrebatarle
 A la trémula madre una doncella. 7420
 Necesidad voraz del hambre sola,
 Es la que sufocada inerte deja
 Cualquier otra pasión en su vil alma.
 Su atroz requisición, sólo el fin lleva
 De descubrir, do quiera, algún sustento,
 Cuya más vil porción y más pequeña, 7425
 Por dichosa conquista se apreciaba.
 No hubo horror ni suplicio ni fiereza,
 Que para haber los míseros de hallarle,
 Su extremado furor no discurriera.
 En medio de horror tanto, mujer hubo⁹², 7430
 Mujer hubo ¡o gran Dios! (¿qué fuerza sea,
 Guarde nuestra memoria de un suceso
 Tan horroroso, el cuadro?) hubo un hembra,
 Que de sus manos viera por los propios
 Impíos corazones, con violencia 7435
 Un residuo arrancar de su sustento.
 A perecer tan próximo como ella,
 Todo el resto, era un hijo, de los bienes,
 Que le robara ya fortuna adversa.
 Un agudo puñal coge furiosa, 7440
 Y cual fuera de sí, parte, y se acerca
 Al niño angelical, que sus bracitos
 Le tendía famélicos. Su inedia
 Su flébil voz, sus mimos a la madre
 Mil lágrimas arrancan. Hacia él vuelta 7445
 Su horrorizada cara, de cariño
 De lástima, dolor, y rabia llena,
 De la rebelde mano, por tres veces,
 El hierro parricida se le suelta.
 Más que el hambre, por fin, vence la rabia, 7450
 Y con trémula voz, la cruel estrella
 De su fecundidad y su himeneo
 Maldiciendo, colmando de blasfemias,
 «¡Hijo mio querido y desgraciado!».
 Su frenético labio así se expresa; 7455
 «¡Hijo que mis entrañas han traído,
 Cuán en vano, a una edad de horror cubierta,
 La vida recibiste! O los tiranos,
 O ya el hambre, a robártela se aprestan.
 ¿Porqué has pues de vivir? Para que errante 7460
 Desdichado en París, lágrimas puedas
 Derramar sobre el resto de sus ruinas.
 Muere, sin que mi mal y tu miseria
 Llegues a conocer. Vuelve a tu madre,
 El triste día y sangre que te diera. 7465

Mi desgraciado seno, de sepulcro
 Te servirá, infelice. París vea
 Un nuevo crimen». Dijo: y furibunda,
 Con despechado brazo, loca, ciega,
 Toda de horror convulsa, en su costado 7470
 El puñal parricida enclava fiera.
 A cerca del hogar, vertiendo sangre,
 A aquel tierno cadáver veloz lleva,
 Y su temblona mano, que impelía
 Del hambre inexorable impía fuerza, 7475
 Con un ansia voraz, a prepararle
 Tan horrible manjar, se daba priesa;
 Cuando también del hambre allí atraída,
 La misma desalmada soldadesca
 En aquellos hogares delincuentes, 7480
 Otra horrible incursión de nuevo empieza.
 De aquellos forajidos el transporte,
 Al cruel alborozo se asemeja,
 Con que al oso voraz y león hambriento,
 Arrojar se les ve sobre su presa. 7485
 Furiosos, y a porfía, el uno al otro
 Empujando, a romper corren la puerta.
 ¡Qué terror! ¡qué sorpresa! De un cadáver,
 Ensangrentado todo, y puesto en piezas,
 Al lado, una mujer, que aún su caliente 7490
 Sangre chorreando está, se les acerca.
 «Sí, les dice, sí; ¡monstruos inhumanos!
 Mi hijo es el que veis. Barbaries vuestras,
 Estas manos mancharon en su sangre.
 De agradable vianda en vuestra mesa 7495
 El hijo y madre sirvan. ¿Temeríais,
 A la naturaleza tal afrenta
 Más que yo propia hacer? ¿Qué horror, qué pasmo,
 A tal aspecto, tigres, os congelan?
 Para vosotros solos prevenidos 7500
 Están festines tales». A estas fieras
 Insensatas razones, que su labio
 Vierte con saña atroz, clavado deja
 En su pecho un puñal. De horror y miedo
 Agitados los monstruos, se dispersan, 7505
 Huyendo pavorosos, sin que el rostro
 A tan funesto hogar volver se atrevan.
 Sobre sí, cada paso, ardiente fuego
 Caer del Cielo airado todos piensan;
 Y el pueblo, del rigor de su destino 7510
 Despechado, por fin, manos eleva
 A los Cielos, pidiéndoles la muerte.
 De horror tanto corriendo van las nuevas
 Al pabellón del Rey, que compasivo,
 Su corazón sintió tocado de ellas. 7515

A lástima se mueven sus entrañas;
 Y sobre el pueblo infiel lágrimas suelta.
 «Tú, ¡Omnipotente Dios! exclama Enrique;
 Tú que leyendo estás, y que sondeas
 Del hombre el corazón, tú que conoces 7520
 Cuanto puedo y emprendo, tú no mezclas,
 Tú sin duda distingues, de mi causa
 La injusta de la Liga. Mis sinceras,
 Mis inocentes manos muy bien puedo
 Levantar hacia ti. Tú lo penetras, 7525
 Tú lo sabes Señor; yo ya mis brazos
 A los amotinados les tendiera.
 No me imputes ¡O Dios! ni sus desgracias,
 Ni sus crímenes, no. Que allá se avenga
 Mayenne, con las víctimas que impío, 7530
 A su ambición inmola. O como quiera,
 Impute tanto mal, tanto desastre,
 A la necesidad, la excusa honesta,
 El pretexto común de los tiranos.
 De mis ilusos pueblos la miseria 7535
 Lleve el caudillo pérfido hasta el colmo.
 Él solo es su enemigo. Que lo sea.
 Yo debo ser, y soy su amante padre.
 A mí por tanto toca, a mí interesa
 Alimentar mis hijos, y mis pueblos 7540
 Arrancar de las garras carniceras
 De esos voraces lobos, aunque armados
 Contra mí mismo acaso se les vea
 De mis propias bondades y socorros,
 Y más que por salvarles, mi diadema 7545
 A perder yo llegase. A cualquier costa,
 Que se rediman quiero. No perezca
 Mi amado Pueblo, no. Quiero que viva.
 No me importa a qué precio. Yo le vea
 De esas sus plagas libre, que le pierden, 7550
 Y protegerle pérfidas afectan.
 A su pesar salvémosle. Y si acaso,
 Una excesiva lástima me cuesta
 Mi hereditario trono, que a lo menos,
 Sobre mi tumba un día leerse pueda: 7555
 EL ENEMIGO, Enrique, GENEROSO
 DE SUS PROPIOS VASALLOS, NO DESEA
 REINAR TANTO SOBRE ELLOS, COMO QUIERE
 SALVARLOS DE LA MUERTE Y LA MISERIA».

Dice; y que sin estrépito su tropa 7560
 A la hambrienta ciudad se acerque, ordena;
 Que pláticas se lleven al momento
 De paz al ciudadano, y se le ofrezcan
 En lugar de venganzas beneficios.
 A tan divina orden, obediencia 7565

Presta pronto el soldado, y al instante,
 Mil gentes de París los muros llenan.
 Allí avanzar se ven a paso lento,
 Cuerpos trémulos, lívidos, que apenas
 Animados parecen: semejantes 7570
 A las sombras, que un tiempo, se fingiera
 Hacer aparecer, a su albedrío,
 De los Tartáreos reinos y cavernas
 Los Magos a su voz, cuando furiosa,
 Del profundo Cocito en su carrera 7575
 Los rápidos torrentes deteniendo,
 De los errantes manes las catervas
 Del infierno evocaba. ¡Qué extremadas
 De aquellos moribundos la sorpresa,
 La confusión no fueron! ¡Su enemigo, 7580
 Su cruel enemigo, a nutrir llega,
 La vida a sustentar al que le injuria!
 ¡De división de horrores y de penas
 Llenos, por los que el nombre dulce y grato
 De amigos y de apoyos falsos llevan, 7585
 Sólo en sus pretendidos opresores
 Hallan por fin socorros y clemencia!
 Rasgo tan singular, tan desusado,
 Increíble a su mente se presenta.
 Delante de ellos ven aquellas picas, 7590
 Aquellos fieros dardos y ballestas,
 Que de crueldades varias de fortuna
 Instrumento hasta entonces sólo fueran,
 Aquellas lanzas ven, que de la muerte
 Las conductoras eran más funestas, 7595
 Del generoso Enrique obedeciendo
 El paternal amor y bondad regia,
 En las extremidades de sus puntas,
 Que aún en sangre teñidas amedrentan,
 La vida transportarles. «¿Y son, dicen, 7600
 Y son estos los monstruos, son las fieras,
 Que malignas y horribles nos contaban?
 ¿Y es este aquél que pintan y exageran
 Cual tirano terrible a los mortales,
 Enemigo de Dios, y un alma llena 7605
 De rabioso furor? ¡Ah! Del Dios vivo
 La imagen es más fúlgida y más bella.
 Un Rey es bienhechor. Es de monarcas
 El más cabal modelo de la tierra.
 De sus leyes y mano generosa 7610
 Bajo el próspero auspicio y la tutela,
 Vivir no merecemos. Él triunfante,
 Perdona, y libra, y ama, y hasta premia
 Al mismo que le ofende ¡Ojalá a costa
 De nuestra sangre toda, un día pueda 7615

Su soberano imperio cimentarse!
 De la calamidad y muerte horrenda,
 De que padre nos salva, ya harto dignos,
 Los días, que piadoso nos conserva,
 Consagrémosle gratos y obedientes». 7620
 Tal en París entonces la voz era
 De aquellos ya ablandados corazones.
 Tal el común sufragio y la respuesta.
 Más ¿quien podrá jamás asegurarse
 En la turba de un pueblo novelera? 7625
 Cuya feble amistad en aspavientos
 Exhalándose toda, y hablas huecas,
 Si tal vez sobre sí, breves instantes,
 Contra el orden común, justa, se eleva,
 Siempre recae al fin? Los sacerdotes, 7630
 Cuyo fatal influjo y elocuencia,
 Los fuegos que la Francia devoraban,
 Cien veces atizaran y encendieran,
 Van a mostrarse en pompa al mustio pueblo,
 Y tales inectivas le enderezan. 7635
 «¡Sin valor combatientes y cristianos,
 Sin celo, sin virtud, sin fe sincera!
 ¿De qué atractivos bajos y terrenos
 Seduciros dejabais por flaqueza?
 ¿Os haría del mundo un bien caduco, 7640
 Del martirio olvidar palmas perpetuas?
 Soldados del Dios vivo ¿será acaso,
 Honra será, decidnos, y acción vuestra,
 Vivir para ultrajarle con infamia,
 Cuando por él morir glorioso os fuera? 7645
 ¿Cuándo ya de la cumbre de los Cielos,
 La corona ese Dios grato nos muestra?
 No esperemos, católicos, que gracia
 Nos dispense un tirano. A su infiel secta
 Por tal medio asociarnos solicita. 7650
 La intención de ese pérfido siniestra,
 Por sus favores mismos castigemos.
 Así la majestad de nuestra Iglesia,
 Así la santidad de nuestras aras,
 De su herético culto salvas sean». 7655
 Del altar los ministros así hablaban;
 Así la paz de Cristo recomiendan;
 Y el fanático acento de su labio,
 Dueño del bajo pueblo por do quiera,
 Y aun también por do quiera formidable 7660
 A las más altas clases y diademas,
 Tanto oprime, sufoca y amortigua
 El elevado grito de las proezas
 De Borbón, y sus grandes beneficios,
 Que no pocos, tornándose a su terca 7665

Furiosa rebeldía, ya en secreto
 Se acriminan deber a su clemencia
 Aun el vital aliento que respiran.
 De tan odiosos gritos y querellas,
 Al través finalmente se abre paso, 7670
 De la tierra remóntase y penetra
 De Enrique la virtud hasta el empíreo;
 Y el augusto Luis, que atento vela,
 De la celeste bóveda en la altura,
 Sobre la perseguida rama regia 7675
 De los Borbones, de la que era tronco,
 De los tiempos notando que se acerca
 El feliz complemento, en que a su hijo,
 De los reyes al Rey ya le pluguiera
 Por último adoptar entre los suyos, 7680
 Incontinente aparta, al punto aleja
 De corazón tan dócil las alarmas;
 Y de lágrimas tiernas, que vertieran,
 Bañados, a enjugar sus ojos viene
 La sacrosanta fe. Sus pasos llevan 7685
 Del Eterno a los pies, dulce Esperanza,
 Y paternal Amor. De luz excelsa
 Entre abismos de fuego eterno y puro,
 Colocar al Altísimo pluguiera
 Anterior a los tiempos e inmutable, 7690
 Su majestuoso trono. Las inmensas
 Rutilantes esferas de los Cielos,
 De su creador poder la planta huella;
 Y de mil astros varios el perenne
 Siempre reglado curso, manifiestan 7695
 Su grandeza y su gloria al Universo.
 Poder, saber, y amor forman su esencia
 Unidos y distintos, y sus santos,
 De paz entre dulzuras sempiternas,
 En un torrente absortos de delicias, 7700
 De su gloria por siempre, y de la misma
 Increada sustancia penetrados,
 Llenos y poseídos, su suprema
 Majestad, a cual más, todos adoran.
 De su querer la voz, ante él esperan 7705
 Ardientes serafines, semidioses,
 A quienes subordina y encomienda
 Del Universo entero los destinos.
 Él habla: y al momento, de la tierra
 A cambiar van volando la faz toda. 7710
 Ellos, de un golpe extinguen de esta esfera
 Las coronas, los cetros y las razas,
 Que imperaran altivas largas eras;
 En tanto que los hombres, vil juguete
 Del error e ignorancia, que los cercan, 7715

De consejos eternos del muy-Alto,
 Acusan la profunda arcana ciencia.
 Los agentes son estos invisibles,
 Cuya potente mano subalterna,
 Con el servil azote hiriendo a Roma, 7720
 Del Norte helado al hijo, Italia deja.
 Jerusalén somete al otomano,
 De España al africano abre la puerta.
 Cae al fin todo imperio, y todo pueblo
 Arrastra de tiranos las cadenas: 7725
 Del Altísimo, empero, la insondable
 La justísima y sabia providencia,
 No por siempre tolera, que prosperen
 De los hombres la audacia y la soberbia.
 Favorables tal vez a los mortales, 7730
 Se dignan su justicia y su clemencia,
 En inocentes manos, de los Reyes
 El cetro colocar. Ya se presenta,
 El padre y protector de los Borbones,
 Ante la majestad de Dios eterna; 7735
 Y con doliente voz y acatamiento,
 Esta eficaz plegaria le endereza.
 «¡Del Universo Padre! si tus ojos,
 A bien tienen, a veces, no desdeñan
 Honrar de una mirada compasiva 7740
 De los reyes y pueblos las flaquezas,
 Mira al pueblo francés, rebelde e ingrato
 A su Rey bienhechor. Si él atropella
 Tus sacrosantas leyes, es tan solo,
 Porque serte leal, erróneo piensa. 7745
 Su celo es quien le ciega, y quien le arrastra
 De tu ley al desprecio e inobediencia;
 Y cuando más te falta, es cuando, iluso,
 Vengarte y obsequiarte más intenta.
 Dígnate ¡O Dios! mirar a ese Monarca 7750
 Triunfador generoso. Grato observa
 De la guerra ese rayo, ese brillante
 Terror, amor, y ejemplo de la tierra.
 ¿Su corazón, Señor, formado habrías,
 De virtudes tan lleno, con la idea 7755
 De abandonarle solo a astutos lazos
 Del miserable error? ¿Y será fuerza,
 Que de tu misma mano omnipotente
 La obra más magnífica y perfecta,
 Al Dios a quien adora, un homenaje, 7760
 Un incienso culpable e impuro ofrezca?
 ¡Ah! Si del Gran Enrique, que ignorado
 Siempre tu culto fuese permitieras,
 ¿Por quién el Rey querría de los Reyes,
 Que adoración condigna se le diera? 7765

Ten a bien ilustrar alma que ha sido
 Para reconocerte tan dispuesta.
 Un hijo insigne en él, que la decore,
 Dígnate ya, Señor, dar a tu Iglesia,
 Y a la discorde Francia y perturbada, 7770
 Un Señor, bajo el cual, en paz florezca.
 Restituye a su Príncipe el vasallo,
 Y al vasallo su Príncipe le entrega.
 Todos los corazones, tu justicia
 Adoren en unión acorde y recta. 7775
 Y en París, todos juntos, sobre un ara
 La misma te consagren pura ofrenda».

De estos votos de Luis, ya del Eterno
 La divina piedad tocar se deja,
 Y una sola palabra de su boca, 7780
 Le asegura el suceso por que anhela.
 De su tremenda voz al eco excelso,
 De la Tierra, agitado el eje, tiembla;
 Del Cielo las esferas se estremecen,
 Y confusa la Liga se consterna. 7785

El Rey, que en sólo el Cielo apoyo busca,
 A estas señas, conoce, a sentir llega,
 Que por él finalmente y por su causa,
 Se declara el muy Alto y se interesa.
 Súbito la Verdad, por largo tiempo 7790
 Esperada de Enrique, y siempre prenda
 De los hombres amada, aunque mil veces
 Harto desconocida, de la esfera
 Desciende de los Cielos, penetrando
 Del magnánimo Rey hasta las tiendas. 7795

Velo espeso al principio a los mortales
 Su semblante hermosísimo reserva;
 Más de instante en instante, densas sombras,
 Que la cubren, cediendo, ya se alejan
 De la luz al fulgor que las entreabre; 7800
 Y bien pronto, triunfante, se demuestra
 Del Príncipe a la vista ya tranquila,
 Con un brillo luciendo, cuya fuerza
 No desvanece nunca ni deslumbra.
 De Enrique el alma grande, que naciera 7805
 Para gozarla, ve, conoce, y ama
 Por fin su inmortal luz. Su fe confiesa
 La sacra Religión tan sobre el hombre,
 Que su razón confunde. Acá en la tierra,
 La Iglesia reconoce combatida, 7810
 Una siempre en el suelo, y de él extensa
 Por el ámbito todo. Iglesia libre;
 Bajo de un Jefe empero. Donde quiera,
 Y en la perenne dicha de los santos,
 De su Dios adorando la grandeza. 7815

El Cristo renaciente y viva hostia
 De los pecados nuestros, que alimenta
 Sus caros escogidos, sobre el ara
 Desciende, y a su vista absorta y ciega,
 Bajo un pan, que no existe, un Dios descubre. 7820
 Su corazón sumiso, ya se entrega
 A tan altos misterios, de que absorto
 Y asombrado su espíritu, al fin, queda.
 El celestial Luis, de Enrique el Padre,
 Cuya ilustrada mente conociera 7825
 Llegado ya el momento en que los votos
 De su amor se coronan y completan;
 Luis rápidamente enarbolando
 La oliva, de la paz sereno emblema,
 De la altura desciende del empíreo, 7830
 Hacia el Héroe que objeto digno fuera
 De su místico amor y santo celo,
 Y de guía sirviéndole, le lleva
 Él mismo de París a las murallas.
 A su voz retembladas y entreabiertas 7835
 Las murallas quedaron, y en el nombre
 Del Dios Grande, por quien los Reyes reinan,
 Entra en París. La Liga, confundida,
 Y rindiendo las armas, humil, se echa
 De Borbón a las plantas, y de afecto 7840
 Con abundosas lágrimas las riega.
 Los sacerdotes todos, reprimidos,
 Su sedicioso labio por fin sellan.
 Los Dez-y-seis confusos y aterrados,
 En vano por do quiera buscan cuevas, 7845
 En que huir a esconderse; y todo el Pueblo,
 Trocándose este día, en que granjea
 Salud tanta, se postra, y homenajes
 A su Rey, Vencedor y Padre presta.
 Se admiró desde entonces dignamente 7850
 Reinado tan dichoso, que así fuera
 Empezado harto tarde, y harto presto
 Concluido también. El Austria tiembla.
 Feliz y justamente desarmada
 Roma, adopta a Borbón; y Roma empieza 7855
 A verse de este amada. La Discordia,
 A sumergirse vuelve en noche eterna.
 De su Rey, últimamente a quedar viene
 Reducido Mayenne a la obediencia;
 Y sometiendo ya con sus Provincias 7860
 Su corazón a un tiempo, al cabo llega
 A ser el más leal y buen vasallo,
 Del Monarca más justo de la tierra.

FIN

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

